



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Facultad de Filosofía y Letras

IRONÍA Y CINISMO EN EL PERIODISMO CRÍTICO DE
JORGE IBARGÜENGOITIA

TESIS

Que presenta

Rodrigo Ruiz Spitalier

Para obtener el título de

LICENCIADO

En Lengua y Literaturas Hispánicas

DIRECTOR DE TESIS:

Dr. Fernando Adolfo Morales Orozco



Ciudad Universitaria, CDMX, 2019



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

El novelista irónico, pues, se menosprecia a sí mismo y, al igual que Sócrates, pretende no saber nada, ni siquiera que es irónico. Una objetividad total y la supresión de todo juicio moral son esenciales a su método [...] La ironía, en cuanto estilo, surge del mimetismo más grosero: capta la vida tal como la encuentra.
Northrop Frye

Mi interés nunca ha sido hacer reír a la gente, en lo más mínimo. No creo que la risa sea sana ni interesante ni que llene ninguna función literaria. Lo que a mí me interesa es presentar una visión de la realidad como yo la veo.
Jorge Ibarguengoitia

El principal sello de la narrativa de Ibarguengoitia es el humor puesto al servicio de otras inquisiciones.
Ignacio Trejo Fuentes

Índice

Introducción.....	7
Capítulo I: Jorge Ibargüengoitia y la crítica.....	13
Trayectoria literaria.....	13
Perspectivas aplicadas a su obra.....	16
Jorge Ibargüengoitia <i>contra</i> la crítica.....	18
Capítulo II: El humor literario.....	23
El chiste.....	23
La ironía.....	25
El cinismo.....	29
Interrelaciones.....	32
Capítulo III: El humor de Jorge Ibargüengoitia.....	38
Lo que nos hace reír.....	38
Ibargüengoitia y los vicios mexicanos.....	46
Ibargüengoitia y el D. F.....	66
Capítulo IV: El fondo del humor.....	83
La mexicanidad.....	83
Lo humorístico.....	92
Conclusiones.....	95
Bibliografía.....	101

Introducción

Sobre mis razones para escoger como tema de tesis a Jorge Ibargüengoitia, a la más obvia (predilección por el autor) se suman otras relacionadas con la forma como la Academia ha tratado con él. En primer lugar, ya sea por prejuicio, por incomprensión o por la absoluta irreverencia del mismo hacia el canon (aspectos todos que serán vistos más adelante), Ibargüengoitia ha sido históricamente dejado de lado; en su momento fue muy poco trabajado y los críticos que sí se dedicaron a él muchas veces lo malentendieron o incluso lo minimizaron (esto también será tratado más adelante). Es notable, por otra parte, cómo el interés por Ibargüengoitia ha ido aumentando exponencialmente en años recientes; aun así, me parece que falta mucho por decir.

Al mismo tiempo, considero que en los trabajos académicos existentes sobre Ibargüengoitia hay ciertas deficiencias. En las tesis sobre él, los autores lo abordan como ironista pero reducen en su estudio la ironía a su versión más común, la que Wayne C. Booth llama “ironía verbal”, o séase el recurso discursivo de decir una cosa para dar a entender lo contrario. La verdad es que la ironía, y ciertamente la ironía de Ibargüengoitia, es algo mucho más amplio y complejo. Además, los tesisistas hasta ahora han pasado por alto otro recurso a mi parecer característico, junto con la ironía, del estilo de este autor: el cinismo. Escribo esta tesis en parte con el deseo de cubrir tales huecos.

Jorge Ibargüengoitia es un escritor que se distingue por ser “gracioso”, es decir hace reír a sus lectores; sin embargo, el título de “humorista” lo molestaba mucho y siempre manifestó con envidia que él no pretendía hacer reír a la gente, que la risa era algo accesorio y accidental y que su único propósito era retratar la realidad tal como la veía. Esto hace surgir en este tesisista una primera pregunta: ya que no *intenta* hacernos reír ¿Cómo es que

nos hace reír? ¿Qué mecanismo entra en funciones para despertar nuestra risa? Una segunda pregunta: ¿Qué origina un estilo “humorístico” en un hombre que no quiere reírse? Una tercera pregunta: si el verdadero propósito es retratar fielmente la realidad ¿Cómo ve él la realidad para que su retrato nos cause risa? Con respecto a la primera pregunta, es mi opinión que la ironía y el cinismo entran en un juego con el humor no del autor sino del lector; estos son recursos que no tienen el objetivo de divertir, pero funcionan de tal manera que pueden resultar graciosos para quien los presencia. Con respecto a la segunda, se volverá claro que el nacimiento de la ironía se da en un desencanto austero, mientras que su realización puede devenir graciosa. Y, finalmente, con respecto a la tercera, creo que él ve, analiza y expone la realidad a través del absurdo.

El presente trabajo lo redacto con el objetivo de desentrañar y entender el funcionamiento del humor involuntario ibargüengoitiano. En mi opinión, este está constituido por la manera específica del autor para plantear y retratar la realidad, que por efecto natural de la ironía, a sus lectores nos causa gracia. Exponer este fenómeno y los recursos que lo constituyen será mi objetivo principal. El objetivo específico será analizar ciertos temas de su obra para identificar, desglosar y explicar dichos recursos.

En esta tesis, antes que nada hago un recuento de lo que se dijo en su momento y lo que se ha dicho en general sobre Ibarra hasta la fecha, y contrasto la opinión de la crítica con la opinión que él mismo tenía sobre su obra, todo para contar con un referente sobre las distintas visiones que existen sobre su ironía. Después, para asentar las bases de lo que puede constituir o no su estilo, analizo distintos recursos humorísticos de la Literatura que me parecen pertinentes; esto incluye definir el chiste y la ironía y aclarar la diferencia entre los dos, así como establecer la relación que, no siendo lo mismo que el chiste, tiene la ironía con el humor. A partir de esas bases expondré el estilo irónico particular de Ibar-

güengoitia, analizando fragmentos de su obra; en su momento me enfocaré en dos temas particulares que trata con frecuencia (la “mexicanidad” y la Ciudad de México). Finalmente, el último capítulo consiste en una reflexión sobre la visión que este autor tenía de México y de la realidad, y la manera como esta visión se traduce en un estilo que a los lectores nos parece humorístico.

Para establecer claramente los conceptos de chiste, ironía y cinismo dentro de la literatura me basaré en definiciones de Sigmund Freud, André Comte-Sponville, Wayne C, Booth, Elizabeth Sánchez Garay, Víctor Bravo, Carlos García Gual, José Alberto Cuesta y Peter Sloterdijk; estudio ironía y cinismo también como categorías filosóficas y la manera por medio de la cual se traducen en recursos literarios. Para la siguiente parte de la tesis seleccionaré fragmentos de escritos de Ibarregüengoitia que ejemplifican su tipo de expresión irónica y la forma en que él aplica esta expresión a determinados temas; los utilizaré además para demostrar que su misma personalidad obedece a los principios de ironía y cinismo. En el último capítulo, para ejemplificar su visión de la mexicanidad, contrasto las ideas que expone en sus artículos con las visiones de Samuel Ramos, Octavio Paz y Roger Bartra.

Aunque en un momento dado utilizaré ejemplos tomados de su obra en general, mi corpus principal lo constituyen sus artículos periodísticos. La primera y más importante razón para ello es que esta faceta de su obra, pese a tener mucho éxito entre los lectores¹, es la menos estudiada:

El trabajo periodístico suele ser visto como algo accesorio y complementario al autor. Esto explica que en el caso de los narradores o creadores, su trabajo periodístico no sea

¹ Se han editado varias colecciones que se siguen reimprimiendo.

estudiado [...] Lo “periodístico” desde el punto de vista discursivo posee una serie de atributos que afinan los rasgos y los juicios que pueden hacerse sobre el narrador².

En mi opinión, el artículo periodístico sigue siendo un acto de producción literaria y funciona de igual manera para estudiar el estilo y la visión de un escritor.

Otra razón, quizás un poco menos contundente, para escoger la obra periodística es la naturaleza del artículo. Los artículos de Ibargüengoitia, según las definiciones establecidas por Vicente Leñero y Carlos Marín en su *Manual de periodismo*, corresponden al subgénero “artículo de fondo”, en el cual, según estos autores, el articulista se dedica, con completa subjetividad (pues se trata de interpretaciones) y desde una perspectiva totalmente personal, a plantearle al público sus opiniones sobre diversos temas, que pueden ser o no de actualidad inmediata, de gran trascendencia o de naturaleza informativa, y manejándose con un lenguaje más cotidiano y cercano que en otros géneros periodísticos. De lo anterior se deduce que este tipo de artículo es una producción netamente individual y que refleja con fidelidad textual las percepciones de su autor.

El artículo, con su gran personalismo e inmediatez, y siendo en su concepción más espontáneo que la novela o el cuento, constituye un reflejo muy claro de la visión en general del autor, lo cual es clave en este trabajo; sumando además el hecho de que en su conjunto los artículos resultan proliferantes en temas, y el que siendo individualmente más breves, son en su totalidad más numerosos. Es decir, como ejemplos de estilo y de visión, resultan altamente productivos. En el caso de Jorge Ibargüengoitia, pueden ser muestras de ironía y de crítica tan buenos como los de su narrativa.

² Tanius Karam, “Un ejercicio de lectura comparada en la obra periodística de Jorge Ibargüengoitia y Carlos Monsiváis”, en *Homenaje y diálogo: Primer coloquio nacional de literatura Jorge Ibargüengoitia*, Universidad de Guanajuato, Guanajuato, 2005, pp. 128-129.

Para estudiar a un ironista de fondo, como lo es Ibargüengoitia, me parece necesario entender en su totalidad el concepto de la ironía, y no solo como el recurso verbal al que estamos acostumbrados. La ironía tiene un origen, una visión y una personalidad que la caracterizan; por lo tanto aplicar estos aspectos al estudio nos ayuda a entender mejor no sólo la ironía en sí misma sino también al ironista, que es lo más importante en este trabajo. Al mismo tiempo, creo que considerar a Ibargüengoitia también como cínico, desde la perspectiva filosófica, claro está, amplía nuestra percepción y comprensión de su obra.

Este trabajo es la consolidación de mis ideas sobre un escritor que, considero, ha sido en general muy subestimado. Consiste en una indagación en lo que yo llamo el “humor serio”, de Jorge Ibargüengoitia, esquivando los prejuicios que puedan surgir con la palabra “humor”, para desentrañar su naturaleza y su consecuencia, de dónde viene y a dónde va. Es un intento de aproximación a este autor a partir de la concientización de que el humor no es necesariamente solo la característica del risueño. Busco exponer aquí una explicación lo más completa posible de su estilo, que añada algunas cosas nuevas, no consideradas hasta ahora, a lo ya existente.

Por último, quisiera decir que el hecho de que esta tesis haya sido terminada el año del aniversario noventa de Ibargüengoitia es mera coincidencia.

Capítulo I

Jorge Ibargüengoitia y la crítica

*Quien creyó que todo lo que dije fue en serio,
es un cándido, y quien creyó que todo fue en
broma, es un imbécil.*
Jorge Ibargüengoitia

Jorge Ibargüengoitia es un escritor muy diferente a la mayoría de los personajes que conforman el panteón literario mexicano, al grado de que encontrarle un lugar definido en el gremio resulta difícil. Su mayor característica, la risa que provoca, ha provocado que su interpretación y catalogación se preste a equívocos o, cuando menos, a problemas que él mismo no estaba seguro de cómo resolver. Muchas de las ideas en torno a su obra lo molestaban y otras lo desconcertaban. A continuación realizo un breve examen de lo que se ha dicho sobre él y de su relación con la crítica, para ilustrar cómo ha sido visto y porqué.

Trayectoria Literaria

Jorge Ibargüengoitia (nacido en Guanajuato el 22 de enero de 1928) de niño escribió algo que parecía un “periódico” y algunas obras inconclusas³, pero al momento de escoger su carrera tuvo como primera supuesta vocación la ingeniería, a la que dedicó cuatro semestres⁴ de estudio, hasta que un viaje a Europa a los diecinueve años lo hizo dejarla por la agricultura, que practicó en el rancho familiar. Por fin, en 1951, a los veintitrés años, vino la revelación: conoció en casa de su madre a Salvador Novo y asistió a la puesta en escena

³ *cfr.*, Jorge Ibargüengoitia, “Las dos y cuarto (Un recuerdo)”, en *Sálvese quien pueda*, Planeta, México, 2017, p. 37.

⁴ *cfr.*, Jorge Ibargüengoitia, “¿De qué viven los escritores?”, en *Revista de la Universidad de México*, diciembre de 1962, Vol. XVII N° 4, p. 12.

que este había ido a dirigir a Guanajuato (*Rosalba y los llaveros* de Emilio Carballido). Fue así como se inició oficialmente en el mundo de las letras. Ese mismo año ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en aquellos tiempos en Mascarones, para llevar la única clase práctica que se daba entonces⁵: la de “Teoría y composición dramática” impartida por Rodolfo Usigli, de quien Ibargüengoitia fue “discípulo dilecto”⁶. Se graduó en 1953 escribiendo la obra *Susana y los jóvenes*, de la cual Usigli empezó a organizar una puesta en escena que se llevó a cabo unos meses después.

En el periodo de 1954 a 1962, en el que vivió principalmente de becas y de dar clases, Ibargüengoitia escribió doce obras teatrales que han sido rescatadas: *Clotilde en su casa* (1955), *La lucha con el ángel* (1955), *Llegó Margó* (1956), *Ante varias esfinges* (1956), *El loco amor viene*, *El tesoro perdido*, *Dos crímenes* (1957)⁷, *El viaje superficial* (1959), *Pájaro en mano* (1959), *Los buenos manejos* (1960), *La conspiración vendida* (1960) y *El atentado* (1962). De estas, aunque varias resultaron premiadas, solo *Clotilde en su casa* fue estrenada en su momento; *El atentado* fue representada hasta 1975 (por problemas con la censura) y *Ante varias esfinges* en 1966 (aunque fue transmitida antes por Radio Universidad); cinco obras fueron únicamente publicadas en revistas y compendios, y las cuatro restantes (*La lucha con el ángel*, *Llegó Margó*, *Dos crímenes* y *Los buenos manejos*) solo se publicaron póstumamente⁸. Esta falta de éxito como dramaturgo lo hizo abandonar la composición teatral después de *El atentado*.

De 1962 a 1964 escribió crítica teatral en la *Revista de la Universidad de México*, con un estilo de opinión destructivo. Esto duró hasta que su espíritu iconoclasta lo llevó a

⁵ *cfr.*, Jorge Ibargüengoitia, citado por Aurelio Asiain y Juan García Oteyza, “Entrevista con Jorge Ibargüengoitia”, en *Vuelta*, Vol. VIII N° 100, p. 48.

⁶ Vicente Leñero, *Los pasos de Jorge*, Seix Barral, México, 2015, p. 32.

⁷ Estos tres unificados bajo el título *Tres piezas en un acto*.

⁸ *cfr.*, Ignacio Trejo Fuentes, *Lágrimas y risas*, CONACULTA, México, 2005, pp. 28-29.

meterse con la memoria del mismísimo Alfonso Reyes, al hacer la reseña de una puesta en escena de Juan José Gurrola en la Casa del Lago de dos obras de don Alfonso. Fue tan demolidora su crítica que en el mismo número de la *Revista* se publicó una contracrítica de Carlos Monsiváis para paliar el escándalo que iba a causar. Después de eso Ibargüengoitia decidió renunciar a la publicación, escribiendo sólo un artículo más como despedida.

Desde ese año de 1964 se dedicó a la narrativa. Comenzó con la novela *Los relámpagos de agosto*, compuesta con la información de la investigación que realizó para *El atentado*; en 1967 publicó *La ley de Herodes*, un libro de cuentos que había ido escribiendo a lo largo de los años, y otra novela, *Maten al León*, también basada en *El atentado*; le siguieron *Estas ruinas que ves* (1974), *Las muertas* (1977), *Dos crímenes* (1979) y *Los pasos de López* (1981)⁹. Durante ese mismo periodo ejerció como periodista, primero semanalmente en *Excélsior*, de 1968 a 1976 (año en que, al igual que muchos, salió del periódico junto con Julio Scherer), y después en *Vuelta*, de 1977 a 1983; también colaboró esporádicamente en la revista *Proceso*. Publicó dos compendios de artículos suyos: *Viajes en la América ignota* (1972) y *Sálvese quien pueda* (1975); posteriormente se han publicado otras colecciones de artículos: *Autopsias rápidas* (1988), *Instrucciones para vivir en México* (1990), *La casa de usted y otros viajes* (1991)¹⁰, *Ideas en venta*, *Misterios de la vida diaria*, *¿Olvida usted su equipaje?* (1997), *El libro de oro del teatro mexicano*¹¹ (1999) y *Recuerdos de hace un cuarto de hora* (2013); también se ha publicado un volumen de textos titulado *Piezas y cuentos para niños* (1989).

⁹ Tres de sus novelas fueron llevadas al cine: *Maten al León* en 1975, *Estas ruinas que ves* en 1978, y *Dos crímenes* en 1994.

¹⁰ Estas tres son selecciones hechas por Guillermo Sheridan.

¹¹ Selección de los artículos de la *Revista de la Universidad de México* hecha por Luis Mario Moncada.

Perspectivas aplicadas a su obra

Hay una peculiaridad innegable en la obra de Ibargüengoitia: da risa. Eso fue lo que definió su relación con los lectores. Cristina Pacheco se lo hizo ver en una ocasión: “La gente se encanta con tus cosas, se ríen cuando las leen”¹²; y en efecto, Ibargüengoitia gozó en su momento de fama y aceptación entre el público común y corriente... no necesariamente entre la crítica.

Esta misma particularidad de “dar risa”, en su momento, le ganó tanto aliados como enemigos, pues unos la vieron como virtud, como motivo de elogio o como vehículo de la sinceridad, y los otros como defecto, como motivo de rechazo o como vehículo del reaccionarismo¹³. Se granjeó la simpatía de algunos, el desprecio de otros y la indiferencia de muchos que lo desdeñaron por “simple humorista”.

Con respecto a la visión más negativa de su ingenio es muy ilustrativa la mencionada contracritica de Carlos Monsiváis en la *Revista de la Universidad de México*. En ella dice lo siguiente (aíslo las frases condenatorias):

Porque es muy peligroso que lo pintoresco haga las veces de razonamiento y que se pueda, en nombre del sentido del humor, legalizar la arbitrariedad. Desde luego, fundándose en impresiones –muy eficaces algunas–, en honestidad implacable y en chistes de la mejor ley, se pueden obtener notas convincentes y divertidas [...] Se puede [...] resolver problemas de análisis de una obra con un chiste [...] o evitar la indignación formal con la ironía, el sarcasmo o la cuchufleta [...] juzgarla [la obra] como un todo y no como una serie de oportunidades para la “puntada” [...] el choteo tiene sus desventajas: una de ellas es que se decide ignorar la lucidez en beneficio de la agilidad circense [...] cayó en la trampa de su facilidad humorística: es muy gracioso, pero apartado de un análisis coherente [...] con chistes se puede alejar al lector del desarrollo lógico de un punto de vista¹⁴.

Llama la atención, por cierto, que sea justamente otro ironista antiolemne, o quien más tarde se convertiría en tal, quien haya atacado a Ibargüengoitia (en defensa de lo estableci-

¹² Cristina Pacheco, “Jorge Ibargüengoitia: “No sé por qué les da Tanta Risa””, en *El Día*, 7/8/77, p. 9.

¹³ *cfr.*, Eugenia Revueltas, “Los peligros del humor”, en “El Búho”, *Excélsior*, 6/10/85, pp. 1,4.

¹⁴ Carlos Monsiváis, “Landrú o crítica de la crítica humorística o cómo iniciar una polémica sin previo aviso”, en *Revista de la Universidad de México*, junio de 1964, Vol. XVIII, N° 10, pp. 28-29.

do, con mérito o no, como canónico) esgrimiendo semejantes argumentos. Para empezar, lo acusa de arbitrario, lo cual yo traduzco como “impone opiniones sin verdadero fundamento”, y añade “en nombre del sentido del humor”: está insinuando que Ibargüengoitia aprovecha su ingenio para justificar en él su arbitrariedad. Al mismo tiempo, afirma que no analiza, sino simplemente se burla, y al hablar de “oportunidades para la puntada” dice que no solo no está haciendo un análisis serio de lo que critica, sino que lo usa de excusa para hacer chistes. En resumen, lo que el artículo expresa es que Ibargüengoitia está sacrificando la “coherencia” y la “lucidez”, que como crítico le debe a su audiencia, en virtud de hacer reír al lector, y que pretende usar esa risa como fundamento de una opinión “errónea”. Aquí Monsiváis parece establecer que el humor no es una manera particular de expresión sino la finalidad última de la reseña.

Ibargüengoitia, según esto, se dedica abiertamente a hacer reír. Esta es una sentencia bastante despectiva que, lamentablemente, fue muy común entre quienes juzgaron y en ocasiones condenaron el estilo de Jorge Ibargüengoitia.

Ha sido con el paso del tiempo que se le ha dado una lectura más profunda y comprensiva. Estudiosos como Ana Rosa Domenella (por mencionar solo a la más asidua) han analizado el contenido de sus obras más allá del simple aparente humor o viéndolo como algo más que sólo hacer reír porque sí. Al respecto del humor, por ejemplo, se dice lo siguiente: “en el campo genérico de lo cómico [...] hay una amplia gama de matices y diferencias. Jorge Ibargüengoitia, más que la facilidad del chiste o la risueña simpatía del humor, elige el camino reticente, intelectual y cómplice de la ironía”¹⁵. Aquí se establece que Ibargüengoitia es en efecto un ironista y, más importante, que la comicidad que puede haber en la ironía es muy distinta a la del chiste. Hay una diferencia entre el humor irónico y

¹⁵ Ana Rosa Domenella, *Jorge Ibargüengoitia: La transgresión por la ironía*, UAM, México, 1989, p. 14.

el humor a secas (idea que retomaremos más tarde). Una visión más empática hacia el estilo de nuestro autor.

Otro hecho que ha señalado la crítica reciente, con mucho acierto a mi parecer, es su antiolempnidad. Ignacio Trejo Fuentes dice: “a pesar de que México es un país de humoristas [...] sus escritores son de lo más solemne que pueda haber”¹⁶, ante lo cual se reconoce: “Ibargüengoitia era, entonces, uno de los pocos escritores mexicanos antiolempnes”¹⁷. Hago hincapié en esto porque, como se verá en otro capítulo, la antiolempnidad es una parte importante del tipo de ironista que es Jorge Ibargüengoitia.

Jorge Ibargüengoitia *contra* la crítica

La primera vez que Ibargüengoitia se enfrentó en su madurez al público fue en el estreno de *Susana y los Jóvenes*. Al respecto, le escribió una carta a Usigli contándole la experiencia, en la que menciona lo siguiente: “Cuando menos me lo esperaba, el público soltó una carcajada, a los tres minutos la segunda y luego siguieron riéndose de la manera más indisciplinada [...] cuando salí a dar las gracias estaba odiando al público”¹⁸. Esta es una revelación interesante: desde el principio él tuvo que lidiar con el hecho de que su trabajo, a pesar suyo, era “gracioso”. Fue una pauta que marcó para siempre su obra.

Por esta razón se le catalogó siempre como “humorista”, clasificación que no le agradaba, por lo menos en una de sus acepciones: la de “comediante”. Es por esto que se sintió algo incomprendido, como víctima de un equívoco que debía resolver. Él siempre declaró categórico que no pretendía hacer reír. En cada entrevista lo dijo. Por ejemplo:

¹⁶ Ignacio Trejo Fuentes, *op. cit.*, p. 39.

¹⁷ Ana Rosa Domenella, *op. cit.*, p. 9.

¹⁸ Jorge Ibargüengoitia, citado por Vicente Leñero, *op. cit.*, p. 41.

La idea española de lo que es el humor, o el humorismo, es la de un señor que tiene que hacer reír a la gente [...] La idea de que soy un humorista, en ese sentido, es falsa. Es diferente tener sentido del humor y usarlo al escribir o ver las cosas de manera que causan risa [...] me interesa [...] presentar un aparato que en la novela tenga relación con la realidad, según yo la veo. Y necesito un lenguaje. Si ese lenguaje hace reír a la gente, allá ellos¹⁹.

En otra entrevista, dijo:

El humor es algo que yo, francamente, no sé qué es [...] Un señor que hace chistes no me interesa. Sé que ciertas cosas son chistosas, y puedo hacer chistes, pero no me parece que la risa tenga ninguna virtud ni que sea una ventaja. Lo que a mí me interesa es pintar la realidad y si la presentación puede ser chistosa está muy bien²⁰.

Es decir, no está seguro de a qué se refieren cuando lo llaman “humorista”, y reconoce que su estilo pueda divertir, pero rechaza rotundamente una definición según la cual él quiere hacer reír (aunque confesó en una ocasión que, aunque podía no comprender la risa de sus lectores, esta “no le molestaba”²¹). De hecho, no cree que tener la risa como meta sea algo bueno.

En el artículo en el que Ibargüengoitia le contestó a Monsiváis, replica:

Los artículos que escribí, buenos o malos, son los únicos que puedo escribir. Si son ingeniosos [...] es porque tengo ingenio, si son arbitrarios es porque soy arbitrario, y si son humorísticos es porque así veo las cosas, que esto no es virtud, ni defecto, sino peculiaridad. Ni modo²².

Esto, unido a lo dicho más arriba sobre “el lenguaje”, demuestra que lo que Monsiváis no vio (como muchos de sus contemporáneos) es que el llamado humor de Ibargüengoitia no era la finalidad, sino el vehículo de la expresión. Uno que a nuestro autor, aparentemente, le era inevitable tomar: ese era su estilo. En este sentido, incluso decir que Ibargüengoitia parodia o ridiculiza es erróneo: el ridículo ya está allí, él solo se dedica a exponerlo.

¹⁹ Jorge Ibargüengoitia, citado por Margarita García Flores, “Jorge Ibargüengoitia: ¡Yo no soy humorista!”, en *Cartas Marcadas*, UNAM, México, 1979, pp. 190-191.

²⁰ Jorge Ibargüengoitia, citado por Aurelio Asiain y Juan García Oteyza, *art. cit.*, p. 49.

²¹ *cfr.*, Jorge Ibargüengoitia, citado por Cristina Pacheco, *art. cit.*, p. 9.

²² Jorge Ibargüengoitia, “Oración fúnebre en honor de Jorge Ibargüengoitia”, en *Revista de la Universidad de México*, julio de 1964, Vol. XVIII N° 11, p. 29.

Su relación con la crítica, ya no la desfavorable sino la favorable, también estaba cargada de escepticismo, como queda de manifiesto en el siguiente fragmento de un artículo:

Unos se dan de santos conque en un país tan solemne como éste exista alguien capaz de escribir algo que haga reír a la gente.

Los agujeros que tiene este razonamiento están a la vista. En primer lugar, el país no es solemne [...] los solemnes son los personajes públicos que lo adornan. En segundo lugar, en el supuesto de que sea benéfico que la gente se ría, se puede lograr el mismo efecto con sólo hacerse cosquillas unos a otros, sin que yo tenga que molestarme escribiendo.

La otra tendencia de los críticos consiste en decirme que, francamente, les estoy fallando [...] La labor del humorista –eso soy yo, según parece–, me dicen, es como la de la avispa –siendo el público vaca– y consiste en agujonear al público y provocarle una indignación, hasta que se vea obligado a salir de la pasividad en que vive y exigir sus derechos. La perspectiva de escribir cosas venenosas que sirvan de aguijón para lograr cambios sociales es halagadora, pero presenta serias dificultades²³.

Entonces, quienes sienten afinidad con él llegan a ver su sentido del humor como un remedio contra la excesiva seriedad del país o como un potencial instigador al cambio social. Ambas perspectivas le provocan desconfianza, ya que se basan en la premisa, totalmente falsa para él, de que su “hacer reír” es voluntario, cuando él declara que es una consecuencia involuntaria de su estilo (lo interesante aquí es que esa consecuencia involuntaria se vuelve definitoria). Así como no quiere hacer reír, tampoco pretende cumplir con su humor con propósitos más elevados o más benéficos. Su único objetivo, dice él, es “retratar la realidad”; no cree que *haya* que causar risa ni ve al público como una vaca que para agujonear²⁴. De esta manera se ubica al margen de toda crítica.

Respecto a su antioleminidad, la reconoce abiertamente: “me interesa presentar la realidad como yo la veo [...] de una manera que no es solemne, que no es trágica”²⁵. También, en un tema parecido, o que puede ser parecido en tanto lo ve como característico de

²³ Jorge Ibarguengoitia, “Humorista: Agítese antes de usarse”, en *Autopsias rápidas*, Vuelta, México, 1990, p. 124.

²⁴ *cfr.*, *ibid.*, p. 125.

²⁵ Jorge Ibarguengoitia, citado por Margarita García Flores, *op. cit.*, p. 191.

quienes lo rodean, está lo “cursi”: “es una disposición patética: querer ser elegante o apasionado y no poder serlo”²⁶. Esto es lo que Iburgüengoitia ve a su alrededor, esto es lo que le parece ridículo, y esto es sobre lo que escribe. Y, mediante su estilo de ironía, lo ataca. De hecho, desprecia la solemnidad abiertamente y en todo momento. El siguiente párrafo (está hablando de un pastelillo llamado “napoleón”) es un ejemplo pequeño y disperso pero ilustrativo: “El napoleón es un monumento más interesante en muchos aspectos que el de la Plaza Vendôme: se puede llevar a todos lados, es barato, menos solemne y más sabroso”²⁷. Lo solemne, para él, no solo no es preferible sino que es un defecto.

Lo que podemos concluir es lo siguiente: Jorge Iburgüengoitia tiene un estilo que provoca la risa del lector, en ese sentido su literatura es “humorística”; al mismo tiempo, él *no* quiere hacer reír a la gente, en ese sentido no lo es. Escribe con seriedad en tanto que pretende reproducir la realidad de la manera que él cree exacta, y solo se puede decir que escribe con humor en tanto que su visión y su estilo dan risa. Lo que él siempre se esforzó por aclarar es que dicha risa era incidental y, en lo que a él respectaba, irrelevante.

¿Cómo era Jorge Iburgüengoitia? ¿Qué características de su personalidad son compatibles con su obra? Los que lo conocieron afirman que a primera vista era un personaje serio, ceñudo, algo tosco en su trato (Leñero incluso lo tacha de “amargado”), pero en el fondo dotado de un gran sentido del humor. Puestas juntas, las dos cosas suenan un poco a contradicción. Tal vez lo que a Leñero le parece amargura solo era un carácter escéptico, crítico de la realidad, más pesimista que optimista; y a lo que sus amigos se referían como buen humor no era sino la consecuencia (irónica) de ese pesimismo, que consistía en poder retratar lo que veía ridículo en toda su ridiculez.

²⁶ *ibid.*, p. 200.

²⁷ Jorge Iburgüengoitia, “Platillos gloriosos”, en *Viajes en la América ignota*, Joaquín Mortiz, México, 2009, p. 192.

Pero antes de continuar, es necesario profundizar en los conceptos de “ironía”, “chiste” y “humor”. Y otro más cuya utilidad se verá más adelante.

Capítulo II

El humor literario

En la risa está prefigurada toda teoría.
Peter Sloterdijk

Para realizar el presente análisis, hay algunas preguntas que es necesario contestar: ¿Qué es la ironía? ¿En qué se relaciona con el humor? ¿En qué se diferencia del chiste? ¿Hay otras formas de humor que debemos tomar en cuenta? El humor es un concepto muy amplio en el que pueden encontrarse varios recursos diferentes. Para estudiar a nuestro autor hay tres que me parecen relevantes: el chiste, la ironía y el cinismo.

El chiste

El chiste es, en principio, fácil de definir: es una frase o una anécdota corta que tiene como propósito provocar la risa de quien la oye. Caracterizar el chiste es algo más difícil.

Lo gracioso parece nacer del absurdo: “Una persona se ríe para superar una situación ilógica; otra nos hace reír creando una situación ilógica que sólo podemos superar riendo”²⁸. Lo risible es en verdad lo ridículo. En el caso de los chistes se formulan situaciones exageradas u oraciones insinuantes para despertar en nosotros el sentimiento del ridículo. Por otra parte, Freud (el principal estudioso del chiste) establece que el humor (el humor en general) es un mecanismo de defensa psíquica²⁹; esto encaja en cierta forma con la definición anterior: la risa como forma de superación, en este caso de algo que no es en sí pla-

²⁸ José María Perceval, *El humor y sus límites*, Cátedra, Madrid, 2015, p. 30.

²⁹ *cfr.*, Sigmund Freud, *El chiste y su relación con lo inconsciente*, Alianza, Madrid, 2012, p. 292.

centero pero que se puede volver placentero. Pero el chiste en específico tiene otras propiedades.

Tras establecer las distintas categorías del chiste (chiste verbal e intelectual, inocente y tendencioso³⁰) y analizar sus verdaderos mecanismos (“condensación con forma de sustitutivos [...] desplazamiento, errores intelectuales, contrasentido, representación indirecta y representación antinómica”³¹), Freud sigue sin poder tener en claro qué hace de un chiste un chiste, hasta que empieza a estudiar a profundidad las causas y consecuencias que lo relacionan con el funcionamiento de nuestra mente. Sin querer pasar por todas sus reflexiones, que en su mayoría son innecesarias aquí, podemos resumir que sus tres objetos de estudio (el chiste, la comicidad y el humor) consisten en un “ahorro” de distintas actividades anímicas³²; y en efecto la base del chiste está en la brevedad o la economía³³, o el “ahorro de gasto mental”, como él lo llama.

Eric Bentley se hace la pregunta ideal:

¿Por qué los chistes nos hacen reír? La trama de un chiste puede ser explicada, pero la explicación no es graciosa. El contenido intelectual no es lo más importante. Lo esencial es la experiencia que solemos llamar “captar” el chiste o “descubrir la intención” [...] El placer de la risa no nace progresivamente del apacible entretenimiento que la precede. Un chiste es, en su mayor parte, una corriente rumorosa hasta que de pronto, desde alguna de sus hoyas, nace un verdadero géiser³⁴.

El chiste requiere del “remate” para hacer reír. Como se dice en la cita anterior, es cosa bien sabida que un chiste explicado pierde su gracia, y aquí entra Freud: lo gracioso está justamente en el vacío que se deja, mientras que la economía y la brevedad son parte esencial de un chiste.

³⁰ *cfr.*, *ibid.*, pp. 104-107.

³¹ *idem.*

³² *cfr.*, *ibid.*, p. 295.

³³ *cfr.*, *ibid.*, pp. 31-34, 95.

³⁴ Eric Bentley, *La vida del drama*, Paidós, México, 1985, p. 214.

Otro aspecto apuntado por Freud es que el chiste puede tener una función social específica:

Mas el chiste puede atacar igualmente a aquellas instituciones, personas representativas de las mismas, preceptos morales o religiosos e ideas que, por gozar de elevada consideración, sólo bajo la máscara del chiste, y precisamente de un chiste cubierto por su correspondiente fachada, nos atrevemos a arremeter contra ellas³⁵.

El chiste puede agredir a través del ridículo cuando barreras sociales nos impiden hacerlo directamente³⁶. Mijaíl Bajtín nos recuerda que el ridículo servía a este propósito al menos desde la Edad Media, cuando la risa conformaba un mundo alterno (el mundo del carnaval) frente a la cultura oficial, religiosa y jerárquica, a la cual parodiaba y desafiaba³⁷.

Para resumir lo dicho hasta ahora ampliamos nuestra definición: un chiste es una construcción *necesariamente breve* destinada a causar la risa del que la escucha y que normalmente se usa como una herramienta de ataque social indirecta.

La ironía

En el antiguo teatro griego había una pareja cómica: Eirón y Alazón. Alazón se distinguía por tener una actitud dominante y actuar como si fuera el más sabio y el más virtuoso, mientras que en realidad carecía de estas cualidades; Eirón fingía ser dócil e ingenuo pero en el fondo era el más inteligente de los dos. Del nombre “Eirón” nació la palabra *eironeia*, es decir “ironía”.

La ironía se convirtió en categoría filosófica y en actitud intelectual a partir de Sócrates, quien la usaba como instrumento en sus diálogos con los sabios a los que interrogaba; él fingía no tener conocimientos para indagar en el saber ajeno. Más tarde el Romanti-

³⁵ Sigmund Freud, *op. cit.*, p. 131.

³⁶ *cfr.*, *ibid.*, p. 123.

³⁷ *cfr.*, Mijaíl Bajtín, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, Alianza, Madrid, p. 10.

cismo recategorizó la ironía, fue un recurso utilizado para combatir la fe ciega en el conocimiento científico de la Ilustración. La ironía, como “la ruptura de la ilusión y el distanciamiento crítico”³⁸, permitía a filósofos y artistas “reconocer el carácter provisorio y relativo del conocimiento”³⁹ y “captar la naturaleza contradictoria de la realidad”⁴⁰. Y a partir de ese Romanticismo cuestionador, la Literatura se volcó hacia una vertiente más escéptica y más crítica, no solo frente al conocimiento científico sino a cuantas características de la sociedad (y de la realidad) resulten cuestionables:

La ironía como desenmascaramiento de las presuposiciones del mundo se despliega ante la estética (expresándose en el arte como la revelación estética de las incongruencias) y en la filosofía (y, podríamos decir, en todas las formas del saber) y se convierte de este modo en rasgo fundamental de la modernidad⁴¹.

Instalada en lo literario, la ironía se presenta como dos recursos distintos, a los que Wayne C. Booth, en su *Retórica de la ironía*, llama “ironía verbal” e “ironía del destino” (a esta última yo la llamaría, para contrastar mejor, “ironía situacional”). La primera, la más conocida, consiste en enunciar lo contrario a lo que se quiere decir realmente, y la segunda ocurre cuando en una situación esperada sucede algo inesperado, o cuando una acción tiene un resultado opuesto al que se espera. Estas dos versiones de la ironía no están peleadas: ambas tienen en común la convivencia de los contrarios y elementos que desencajan. Para tener una visión más amplia y conciliada, podemos establecer la siguiente definición: la ironía es la ruptura que se da entre un supuesto previamente establecido (Alazón, la sabiduría del sofista, la trama predecible, lo que se dice) y un elemento intruso que lo desmiente (Eirón, la actitud de Sócrates, el evento inesperado, lo que se quiere decir).

³⁸ Elizabeth Sánchez Garay, *Ironía: Arte y pensamiento*, Plaza y Valdés, México, 2010, p. 45.

³⁹ *ibid.*, p. 23.

⁴⁰ *ibid.*, p. 42.

⁴¹ Víctor Bravo, *Figuraciones del poder y la ironía*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1996, p. 11.

Para ajustar mejor la idea de la ironía, hay también que atender a otras definiciones.

André Comte-Sponville, en su *Diccionario filosófico*, dice lo siguiente con respecto a la ironía:

Es burlarse de los otros o (en la autoirrisión) de uno mismo como si fuera otro. La ironía distancia, aleja, rechaza, rebaja. Pretende [...] Menos divertir que desengañar. Esta es la actitud de Sócrates frente a todos los saberes, y al suyo propio [...] La ironía es lo contrario de un juego: depende menos del principio de placer, diría Freud, que del principio de realidad, menos del ocio que del trabajo, menos de la paz que del combate. Es útil: en eso reside su fuerza al mismo tiempo que su limitación. Es un arma, es un instrumento, y no es más que eso. Un medio, nunca un fin [...] es una risa que se toma en serio. ¿Cómo podría alcanzar lo esencial, puesto que nos separa de él?⁴²

El punto principal es hacer notar que la ironía no es una diversión, sino una herramienta intelectual para relacionarnos con la verdad perseguida, pero siempre reconociendo que dicha verdad no está necesariamente al alcance. Sirve para “desengañar”, justamente. Si “rechaza y rebaja” es porque mira con escepticismo los saberes ya establecidos, prefiere dejarlos de lado y empezar de cero.

Hay una frase que vale la pena recalcar: “burlarse de uno como si fuera otro”. Esto denota una de las características básicas de la ironía, sobre la cual todos los estudiosos coinciden: el “distanciamiento” de uno mismo, que culmina en esta “autoirrisión”. El ironista se sabe él mismo tan ridículo como todo cuanto describe, y se inserta en el funcionamiento contradictorio de las cosas. Dicho de otra manera, el buen ironista no se deja a salvo ni a sí mismo.

Milan Kundera, uno de los teóricos de la ironía en la Literatura, coincide en que esta es en cierto modo sintomática de la novela moderna, pero también apunta algo fundamental: afirma que la ironía es “discreta por definición”⁴³. El viejo concepto de la *eironeia* griega siempre estuvo ligado al de “disimulación”, y dicha relación se conserva en tanto el que

⁴² André Comte-Sponville, *Diccionario filosófico*, Paidós, Barcelona, 2005, p. 294.

⁴³ Milan Kundera, *Los testamentos traicionados*, Tusquets, Barcelona, 1994, p. 132.

enuncia la frase irónica “oculta su verdadera opinión para que el *receptor* la adivine”⁴⁴. La ironía pura requiere cierta sutileza para funcionar o se vuelve demasiado obvia, perdiendo la parte del “juego con el receptor”⁴⁵.

Al hablar de la ironía, es necesario tocar el tema del sarcasmo, para establecer su relación. El sarcasmo es una ironía verbal (dice lo contrario a lo que quiere dar a entender) pero en su función de *burla directa* necesita volverse obvio; el *Diccionario de retórica y poética* de Beristáin nos dice “Se llama *sarcasmo* al escarnio, la ironía cuando llega a ser cruel, brutal, insultante y abusiva”⁴⁶. El sarcasmo se diferencia de la ironía como tal en que pretende ser un ataque malintencionado, y para lograr este fin requiere que su naturaleza irónica sea captada inmediatamente; así pues, el sarcasmo carece de la discreción de la ironía pura. El sarcasmo es (irónicamente) directo.

Parte de lo que hace a la ironía tan compleja y, a ratos, escurridiza es que tiene contacto intrínseco con otros tipos de recursos literarios. Víctor Bravo los nombra:

La paradoja, como expresión estética que nombra lo real en el mismo instante de la imposibilidad de ese real; el absurdo, como revelación de lo discontinuo y el sinsentido en el seno mismo de la continuidad y el sentido; la parodia, como cuestionamiento de la topología de los valores y donde se produce un festivo proceso de degradación; lo grotesco, como refutación de la idealidad de la belleza y la perfección; la indeterminación, como infinita vertiente del lenguaje; el humor, como distancia festiva y reflexiva ante las discontinuidades del mundo [...]⁴⁷.

En estos elementos encontramos rasgos inherentes a toda la ironía: la coexistencia de los contrarios, la revelación de lo ridículo oculto, el descubrimiento de la relatividad de lo preestablecido. Pero, sobre todo, se nos da una explicación sobre dónde está la relación de la ironía con el humor: la ironía es la revelación y exposición de lo ridículo, que es lo risible. Esta es la vocación del ironista, encontrar el absurdo y delatarlo:

⁴⁴ Helena Beristáin, *Diccionario de retórica y poética*, México, 2013, Porrúa, p 278.

⁴⁵ *cfr.*, *idem*.

⁴⁶ *ibid.*, p 280.

⁴⁷ Víctor Bravo, *op. cit.*, p. 18.

Superando la persistente ceguera del discurrir cotidiano [...] La visión irónica pone en evidencia inesperados pliegues y vertientes donde no es la certeza sino la incertidumbre y la incongruencia, no el reconocimiento sino el sinsentido lo que quiere brotar como lo indomable⁴⁸.

El ironista es un desencantado y un escéptico de las cosas cotidianas; ve más allá de la superficie para descubrir lo contradictorio que yace en el fondo, y es una vista muy aguda la que tiene: “Para el ironista convencido, toda anomalía o incongruencia es irónica, y prácticamente todos los fenómenos tienen algún aspecto incongruente”⁴⁹. Es por eso que uno muy difícilmente puede convertirse en ironista a propósito: o se tiene la visión irónica o no se tiene. Y por eso también el ironista no tiene más opción que ser ironista.

La ironía, entonces, es en la literatura una “actitud intelectual” y no solamente un recurso retórico; nace del escepticismo hacia lo que está “dado por hecho” y se dedica a indagar en las contradicciones que hay en su fondo.

El cinismo

El cinismo es una escuela filosófica postsocrática de la Antigua Grecia. Sin embargo, al usar la palabra nos remitimos inevitablemente a su acepción más actual y coloquial, que refiere una determinada actitud de desvergüenza y desinterés moral especialmente por parte de los poderosos. Establecer la diferencia entre esta definición y la filosófica ha sido un punto básico para todo estudioso del cinismo. Peter Sloterdijk, en su *Crítica de la razón cínica*, las distingue llamando al cinismo filosófico “quinismo”. Lucio Bribiesca, retomando esta idea, llama al cinismo filosófico “cinismo” a secas y “cinismo vulgar” al otro. Yo prefiero usar la última nomenclatura ya que no es mi intención ahondar en el “cinismo vulgar” ni en la diferencia entre los dos.

⁴⁸ *ibid.*, p. 7.

⁴⁹ Wayne C. Booth, *Retórica de la ironía*, Taurus, Madrid, 1989, p. 299.

André Comte-Sponville dice lo siguiente en su entrada sobre el cinismo:

Es el rechazo de las convenciones, los grandes principios o los buenos sentimientos. Ser cínico, en sentido filosófico, consiste en rehusar confundir lo real y el bien, el ser y el valor, o dicho de otra manera, “lo que se hace”, como diría Maquiavelo, y “lo que se debería hacer” [...] consiste en aspirar tan sólo a la eficacia, sin atender a ninguna moral ni ideología. Normalmente, se ve en él una forma de impudicia, pero puede ser también una forma de lucidez: el rechazo a fingir o a contarse cuentos [...] Ninguna abstracción existe, ninguna ley vale, ninguna convención importa: sólo existen los individuos y los actos [...] ¿Por qué ocultar lo que no es un mal? ¿Por qué adorar lo que no es un bien?⁵⁰

Cinismo es, pues, rechazo y desafío de los valores prefigurados de la sociedad, pero, filosóficamente, busca otros valores más auténticos, que no sean hipócritas ni interesados. Sólo acepta las cosas que le parecen sostenidas en algo verdadero y no en la simple convención o en la aceptación popular. El cinismo busca más allá de lo consensuado y se rehúsa a conformarse con el “porque sí” en el que se basan la mayoría de las convenciones superficiales.

El máximo exponente de la escuela cínica fue Diógenes de Sínope, apodado “el perro” (“cinismo” viene de *cynos*, “perro”), filósofo mendigo famoso por vivir en un barril, buscar con su lámpara “un hombre verdadero”, masturbarse en público y haber desdeñado la gracia de Alejandro Magno. Diógenes abogaba por vivir con lo mínimo, al margen de reglas sociales sin sustento. Este nacimiento del cinismo ocurre en un contexto histórico muy específico, que fue el inicio del helenismo; para la otrora gloriosa Atenas era una época de gran malestar cultural y desencanto, ideal para el surgimiento de una filosofía rebelde: “En este contexto de repliegue de lo político, de pérdida de identidad del individuo respecto de su comunidad, de creciente sincretismo cultural, de crisis, vacío y cambio de valores, surgirá el cinismo”⁵¹.

Sin embargo, el cinismo puede modernizarse con cierta facilidad. La razón principal es que nuestra época presenta algunas semejanzas asombrosas con la sociedad de Diógenes:

⁵⁰ André Comte-Sponville, *op. cit.*, p. 103.

⁵¹ José Alberto Cuesta, *Ecocinismos*, Intervención, Madrid, 2011, p. 27.

si repasamos las palabras de la cita anterior, encontramos que las características por sí mismas son perfectamente compatibles con nuestra realidad actual. Dice Carlos García Gual:

Estos son buenos tiempos para el cinismo, inmejorables para el sarcasmo como forma crítica [...] “Transmutar los valores” fue el viejo lema del cínico Diógenes [...] Tal vez una característica del cinismo moderno sea la renuncia al escándalo con que el cinismo antiguo, con su personalidad agresiva, se enfrentaba, en solitario, a la sociedad de su entorno⁵².

Los tiempos actuales hacen surgir un cierto tipo de cinismo. Desafiar lo establecido, dejar de lado las convenciones, buscar nuevos valores más auténticos, redefinir la lógica de nuestra vida, son premisas que tienen sentido: “Quinismo [...] no es más que la filosofía de vida para los tiempos de crisis”⁵³.

La parte de “la renuncia al escándalo” es digna de remarcarse, pues apunta a la principal diferencia que hay entre el cinismo antiguo y cualquier intento de cinismo moderno. Los cínicos griegos predicaban escandalizando, pero hoy en día las actitudes cínicas serían vistas como meras extravagancias, pálidas frente a otras que ocurren realmente. El escándalo ya no es pues una herramienta tan efectiva:

Sin embargo, si el cinismo antiguo optó por el escándalo para ejercer una crítica demolidora de la sociedad de su tiempo, el cinismo moderno se caracteriza, en unas circunstancias análogas, por el desencanto y la asumida imposibilidad de escandalizar en nuestros días [...] asunción resignada del estado actual de las cosas.⁵⁴

El cinismo actual es más callado, y tal vez por ello más derrotista.

Así como hablamos de una “ironía verbal”, también podemos aventurar la definición de un “cinismo verbal”. Consistiría en decir las cosas de una manera cruda, que convencionalmente se consideraría descarada, sin atender a lo que “los grandes principios” o “los buenos sentimientos” nos censurarían normalmente. Decir lo que se piensa o lo que se

⁵² Carlos García Gual, *La secta del perro*, Alianza, Madrid, 2002, p. 9.

⁵³ Peter Sloterdijk, *Crítica de la razón cínica*, Siruela, Madrid, 2007, p. 209.

⁵⁴ José Alberto Cuesta, *op. cit.*, pp. 27-28.

ve sin preocuparse por cómo quedará uno frente a quien lo escucha, hablar como si nadie se fuera a ofender (¿Acaso porque no deberían de ofenderse?), rechazar las barreras que las convenciones nos pongan para expresarnos.

Consideremos, pues, que el cinismo, filosóficamente hablando, es una actitud de rechazo directo y absoluto a las convenciones y las ideas preestablecidas en favor de lo verdadero, que les es ajeno. Esta actitud puede confundirse con un mero descaro pero es en realidad una postura de confrontación frente a una cultura que se considera decadente.

Interrelaciones

Los tres conceptos analizados aquí (chiste, ironía, cinismo) no ameritan ser vistos solo aisladamente, pues existen una serie de hilos que los relacionan entre sí de manera íntima.

Contrario a lo que pudiera creerse en un principio, el cinismo está intrínsecamente ligado a la ironía. Basta decir que, aunque la lleva a un extremo más destructivo, la ironía es hasta cierto punto la base del cinismo:

[...] las ideas cínicas tienen su base en el socratismo, pero su diferencia específica (la radicalización de la ironía socrática) no es casual, dado que representa un esfuerzo auténticamente filosófico por llevar hasta sus últimas consecuencias una situación epistemológica de facto: la verdad⁵⁵.

De Diógenes se suele decir que era “un Sócrates enloquecido”, porque ironizaba las cosas hasta niveles casi caóticos. No se trata de ironía tal cual, pero sí de una herramienta fundamentalmente irónica: “El cinismo utiliza la ironía a fondo para atacar a la sociedad de su entorno y las opiniones vigentes en ella y late en el cinismo, desde luego, una cierta vena socrática. Pero los cínicos exageran y extreman la ironía”⁵⁶.

⁵⁵ Lucio Bribiesca, “La resistencia anticínica de Jorge Ibargüengoitia”, en *Homenaje y dialogo*, p 49.

⁵⁶ Carlos García Gual, “La ironía socrática”, en *La sonrisa irónica*, Eón, México, 2014, p 30.

Pero no es solo el cinismo el que tiene tintes irónicos: sino la ironía también puede, en un momento dado, adquirir tintes cínicos, pues filosóficamente consiste en “inquirir la verdad rechazando las convenciones previas”⁵⁷. La ironía cuestiona las cosas hasta su base misma, normalmente defendida por la moral imperante o por las instituciones. La ironía no puede dejar que lo establecido, solo por estar establecido, interfiera con la búsqueda de la verdad, ni tampoco acepta afirmaciones que no se sostengan en un fundamento capaz de pasar, por sí mismo, su prueba. El mismo gran ironista lo sabía:

Ciertamente, Sócrates nunca buscó el aplauso popular ni se sintió nunca condicionado por la opinión de la mayoría [...] No se debe vivir, pensaba Sócrates, atendiendo a la mera opinión, la doxa, por mayoritaria que sea, y el individuo no ha de temer situarse al margen y buscar la verdad⁵⁸.

El cinismo y la ironía son compatibles ¿Serían compatibles entonces la *visión* irónica y la cínica? Hay una liga que se puede rastrear si se analiza con cuidado:

[...] la idea romántica de la ironía como “conciencia y forma de la paradoja” [...] da cuenta de una de las características fundamentales del ironista, consiste en asumir una postura distanciada del mundo de los valores establecidos (y anquilosados) y de los sistemas conceptuales cerrados, ya que el autor irónico no establece dogmas ni afirmaciones incólumes⁵⁹.

La ironía pura no puede ser completamente cínica, pero tiene una vena cínica innegable: cuestiona lo preestablecido. Lo preestablecido, según la ironía, es estorboso, y según el cinismo, es decadente; ambos lo atraviesan para ver el fondo de las cosas: el fondo que, según la ironía, es paradójico.

Así, dejándose llevar por estos hilos comunicantes, la ironía y el cinismo pueden entretrejerse en una fusión, una “ironía cínica”, en la cual la agudeza para observar el absurdo se une a la osadía de plantearlo sin temor a herir susceptibilidades, y donde la revelación de lo contradictorio se da junto al rechazo por respetar su ocultamiento. Aquí la ironía que

⁵⁷ *ibid.*, p 26.

⁵⁸ *ibid.*, p. 33.

⁵⁹ Elizabeth Sánchez Garay, *op. cit.*, pp. 11-12.

descubre lo ridículo se vale del cinismo para romper las barreras que lo ocultan y también para delatarlo abiertamente. Además, el cinismo verbal se vuelve uno de los ingredientes de la ironía situacional: la expresión descarada es el elemento inesperado. Las dos herramientas se unen, y unidas destruyen las ilusiones que mantienen estabilizada “la persistente ceguera del discurrir cotidiano”.

Pero una fusión conlleva sacrificios: la ironía cínica no es una ironía pura, debe renunciar a algo de sí misma para que la unión funcione, y ese algo es la discreción antes mencionada. En el momento en que un autor decide decir lo que piensa sin tapujos renuncia por definición a la sutileza. Por ese motivo también la posibilidad de la ironía verbal queda cancelada en la ironía cínica, y a lo más a lo que se puede aspirar es al sarcasmo. Sin embargo, por sus motivos y por su funcionamiento, no podemos negar que se trata de una ironía de fondo.

Al mismo tiempo, tanto la ironía como el cinismo tienen arraigo en el concepto del humor, y a veces también con el chiste mismo. La ironía, por ejemplo, ya vimos que tiene un efecto cómico para nosotros:

El sinsentido de la paradoja puede derivar hacia esa forma de la reconstrucción que es el humor (por el humor vivimos lo incongruente, lo discontinuo, en un desencadenamiento que muchas veces se expresa en la explosión de la risa y que no es sino una estrategia psíquica para reconstruir tal discontinuidad)⁶⁰.

Atendiendo a nuestras primeras reflexiones, el humor suele nacer del absurdo y la ironía es la detección del absurdo.

¿Qué tiene que ver la ironía con el chiste o lo chistoso? El propio Freud toca el tema de la ironía y le atribuye a la ironía verbal características cómicas, pero diferenciada del

⁶⁰ Víctor Bravo, *op. cit.*, p. 97.

chiste⁶¹. La principal diferencia radica en que lo cómico de la ironía es más bien incidental. La ironía, como ya vimos, tiene otros propósitos (el desenmascaramiento, la revelación, la búsqueda), y “puede poseer un efecto humorístico; pero el humor no siempre implica a ésta [...] y puede actuar con independencia”⁶².

¿Qué podemos decir del cinismo? La actitud cínica puede parecer burlona, pero (como ya hemos visto) busca más el insulto o el escándalo, y la risa sólo surge en quien no se siente ofendido. Y sin embargo Sloterdijk asegura que el humor, acaso en la forma de la burla, está también relacionado con el cinismo: “la moderna crítica de la ideología se ha desprendido funestamente [...] de las poderosas tradiciones de la risa, del saber satírico que arraiga filosóficamente en el Antiguo quimismo”⁶³. Lo gracioso del cinismo está en su forma de ataque, utiliza “Muecas un tanto de payaso, oportunas e inteligentes para desenmascarar esa aparatosa seriedad de las ideas solemnes y las convenciones cívicas [...] También el humor es un arma dialéctica”⁶⁴.

Pero el cinismo no es sólo adepto del humor, sino del chiste también:

Puede decirse en voz alta lo que estos chistes se atreven sólo a murmurar; esto es, que los deseos y anhelos de los hombres tienen un derecho a hacerse oír al lado de las amplias y desconsideradas exigencias de la moral, y no ha faltado en nuestros días quien con acertada y firme frase ha dicho que nuestra moral es únicamente la egoísta prescripción de una minoría de ricos y poderosos que pueden satisfacer a toda hora, sin aplazamiento alguno, todos sus deseos [...] Sabemos, pues, ya como denominar los chistes del género últimamente analizado: son chistes *cínicos*. Lo que en ellos ocultan es un *cinismo*⁶⁵.

Y hemos dicho que la ironía no es un chiste... y, sin embargo, el siguiente fragmento de Freud nos pone a pensar:

⁶¹ *cfr.*, Sigmund Freud, *op. cit.*, p. 292.

⁶² Tanius Karam, *op. cit.*, p. 140.

⁶³ Peter Sloterdijk, *op. cit.*, p. 55.

⁶⁴ Carlos García Gual, *La secta del perro*, p. 13.

⁶⁵ Sigmund Freud, *op. cit.*, pp. 132-133.

¿Decimos la verdad cuando describimos las cosas [tal como son] sin ocuparnos de cómo el que nos oye interpretará nuestras palabras? ¿O es ésta tan sólo una verdad jesuítica y la legítima veracidad consistirá más bien en tener en cuenta al que nos escucha y procurarle un fiel retrato de su propio conocimiento? Los chistes de este género nos parecen suficientemente distintos de los demás para colocarlos en un lugar aparte. Aquello que atacan no es una persona ni una institución, sino la seguridad de nuestro conocimiento mismo, uno de nuestros bienes especulativos. Les corresponderá, por tanto, el nombre de chistes *escépticos*⁶⁶.

¿No es este precepto de los chistes escépticos compatible en su base con la ironía como herramienta filosófica? ¿No inicia la ironía con el escepticismo? ¿No delata la relatividad del conocimiento? Se ha dejado muy claro que la ironía verbal no es un chiste, pero resulta que existen chistes que esconden una visión irónica.

Así pues tenemos que la ironía, el cinismo y la ironía cínica pueden ser chistosas, y a la vez hay chistes cínicos y chistes de fondo irónico. La línea divisoria es clara: la consti- tuyen las intenciones del autor. Pero aquí surge un problema: ¿Cómo estar seguros de las intenciones? Afirmarlas con contundencia se presta a sospechas. Si hemos de poner a prue- ba los fragmentos o textos que causen risa, hay que basarse en algo concreto. Freud esta- blece las diferencias de la siguiente manera:

La fuente del placer del chiste tuvimos que situarla en lo inconsciente; en cambio, en la comicidad no encontramos motivo alguno para tal localización [...] El chiste y la co- micidad se diferencian, pues, ante todo en su localización psíquica, y el primero es, por decirlo así, la aportación que lo inconsciente procura a la comicidad⁶⁷,

Sin embargo, realizar un psicoanálisis de cada oración o texto gracioso resulta fuera de lu- gar, laborioso y (a menos que uno sea un experto) en exceso pretencioso. Es pues necesario dar un rodeo. Se puede atender por ejemplo a la siguiente idea: “Lo cómico no precisa sino de dos personas: una que lo descubre y otra en la que es descubierto [...] Por el contrario, el chiste precisa obligadamente de dicha tercera persona”⁶⁸. Para Freud el chiste necesita

⁶⁶ *ibid.*, p. 140.

⁶⁷ *ibid.*, p. 257.

⁶⁸ *ibid.*, pp. 220-221.

siempre de alguien que actúe como víctima y alguien que actúe como audiencia, al contrario de otras formas de lo cómico. Está otra prueba, más contundente, sobre el elemento ya mencionado como básico: la brevedad. El chiste está en su economía y en su ahorro. Un texto (cuento, novela, artículo, ensayo) puede contener muchos momentos irónicos, pero también puede consistir en su conjunto en una gran ironía. Un texto puede estar repleto de chistes pero difícilmente puede ser un gran chiste; un chiste largo es a lo mucho una sucesión de chistes breves relacionados entre sí. Así mismo, un momento irónico o cínico puede tener la duración que se quiera y utilizar cuantos recursos adicionales sean necesarios. Y no hay que olvidar la parte del “ahorro”: lo gracioso del chiste está en el vacío que deja.

Si ninguna de estas pruebas resulta relevante en un momento dado, siempre podemos creer en la palabra del autor.

Por el momento, habiendo establecido que el chiste no es todo lo humorístico y viceversa, es necesario, como nos recuerda Jaime Castañeda Iturbide⁶⁹, utilizar nomenclaturas distintas. A partir de ahora, me refiero a lo gracioso como “lo cómico” y a lo relacionado con el chiste como “lo chistoso”.

⁶⁹ *cfr.*, Jaime Castañeda Iturbide, *El humorismo desmitificador de Jorge Ibarguengoitia*, Gobierno del Estado de Guanajuato, Guanajuato, 1998, pp. 14-16.

Capítulo III

El humor de Jorge Ibarzüengoitia

Estamos hablando entonces de un escritor irónico pero la ironía siempre transmite una experiencia, una estética y una ideología. La suya es totalmente desinhibida y escéptica.

Álvaro Ruiz Abreu

He hablado ya de Ibarzüengoitia y del humor literario, ahora es momento de unir los conceptos. Lo que haré a continuación es, primero, atar la definición realizada de Ibarzüengoitia como ironista cínico; segundo, apuntar los recursos irónico-cínicos que utiliza (ejemplificar la forma de lo que dice); y finalmente, ampliar la visión de su obra tomando temas recurrentes en él (ejemplificar el contenido de lo que dice). Cabe mencionar que uno puede estar o no de acuerdo con sus afirmaciones, pero lo importante aquí no es su veracidad sino su estilo.

Lo que nos hace reír

¿Cómo es que alguien tan aparentemente “amargado” o declaradamente “serio” se vuelve uno de los “humoristas” más celebrados del país? Irónicamente (nótese) su dichoso humor empieza justamente con su seriedad: su escepticismo y su falta de festividad ante los fenómenos propios de nuestra cultura son lo que origina su estilo. Del fondo del desencanto nace un ironista que mediante una risa inintencionada denuncia el ridículo que lo rodea. Tal vez él mismo, menos simple que sus lectores, no se ríe de lo ridículo, pero lo ve y lo describe.

Pero la seriedad de Ibargüengoitia, hay que aclararlo, es una respuesta también a otro tipo de seriedad, la de “los solemnes”, por llamarlos de alguna manera. La solemnidad que él tanto desprecia es característica, como decíamos al principio, de una buena parte de la intelectualidad mexicana; eso es algo que Ibargüengoitia en cierto modo combate:

La labor y vocación literarias de Ibargüengoitia se inclinan siempre por desacralizar el uso literario “serio” del lenguaje, establecido por las burocracias culturales y académicas [...] Es una literatura que surge y se desarrolla debido a los límites de la seriedad y el aristocratismo intelectuales [...] verla más crítica y profundamente como un auténtico compromiso de la resistencia literaria del autor⁷⁰.

Dice Sloterdijk: “La tendencia burguesa a la seriedad ha echado a perder las posibilidades satíricas, poéticas e irónicas del irracionalismo. Quien ve “lo otro” debería decirlo también de otra manera”⁷¹. Ibargüengoitia cumple, como excepción a una regla, con este precepto de “decirlo de otra manera”. Como dije, el ironista no tiene más remedio que ser ironista.

También lo cínico filosófico de su ironía nace de enfrentarse a la sociedad en que vive, en la que impera el “cinismo vulgar”:

[...] Mientras que la *ironía del cinismo* es una de las armas que no puede ser confiscada por los *cínicos vulgares*, dado que ella representa su punto más débil [...] frente a esta posición ignorantemente ilustrada [el “cinismo vulgar”], la respuesta crítica proviene de la actitud desplegada por las víctimas de los *cínicos vulgares*, en la forma de la ironía, el sarcasmo, la paradoja, el humor y la “ocurrencia” [...] ⁷²

Esa es otra manera en la que su personalidad se opone a lo imperante, y de allí nace su desdoro, porque “el cínico denuncia, no con hermosos discursos, sino con zafios y agresivos ademanes, el pacto cívico con una comunidad que le parece inauténtica y perturbada”⁷³.

Ibargüengoitia se dedica a cuestionar todo hasta su base y, generalmente, denunciarlo, sin poner atención a “los grandes principios o los buenos sentimientos”. Mejor ejemplo que ninguno es el episodio de la reseña de las obras de Alfonso Reyes. En su contracrítica,

⁷⁰ Lucio Bribiesca, *op. cit.*, pp. 45-54.

⁷¹ Peter Sloterdijk, *op. cit.*, p. 154.

⁷² Lucio Bribiesca, *op. cit.*, pp. 50-51.

⁷³ Carlos García Gual, *La secta del perro*, p. 23.

Monsiváis dice que Reyes “por sí mismo establece su categoría”⁷⁴. Para Ibargüengoitia, como ironista cínico, semejante idea es impensable; él le responde a Monsiváis: “para mí, el respeto mismo debe de tener una base orgánica”⁷⁵. Ibargüengoitia indaga más allá de lo aparente y no respeta lo establecido.

Lo que pretendo demostrar con todo esto es que Jorge Ibargüengoitia era un ironista cínico como persona. Y, como veremos a continuación, también lo fue como escritor.

Decir que Ibargüengoitia es cómico pero no chistoso (basándonos en la nomenclatura que establecí antes) resulta consistente con lo dicho hasta ahora, incluyendo las palabras del propio autor. Demostrarlo a cada paso que doy resultaría repetitivo y extendería demasiado el análisis. Por lo tanto, prefiero exponer de antemano mis consideraciones al respecto para que se apliquen en lo sucesivo. Esto se refiere a los fragmentos que analizaremos. Al respecto hago cuatro aseveraciones: uno, aquí no existe el ahorro del que habla Freud, los fragmentos irónicos no dejan un vacío que llenar; dos, no hay brevedad, porque los fragmentos pueden ser cortos o largos, o esconder una ironía en su totalidad; tres, no hay “remate”, y si bien un fragmento irónico corto (una oración) puede parecer un “remate” dentro de su contexto, esto es una ilusión, ya que la frase es cómica por sí misma, el contexto está dado como antecedente y no constituye una unidad con esta; cuarto, tampoco está la “corriente rumorosa” de Bentley, pues los fragmentos más largos pueden hacer surgir la risa paulatinamente y no de súbito. Aclarado todo esto, procedemos a los fragmentos irónicos.

Ahora bien, Ibargüengoitia no es, en lo absoluto, ajeno a la ironía verbal, ni tampoco al sarcasmo. En un artículo titulado “La lucha contra el vicio: Cómo educar a los hijos”,

⁷⁴ Carlos Monsiváis, *art. cit.*, p. 28.

⁷⁵ Jorge Ibargüengoitia, “Oración fúnebre en honor de Jorge Ibargüengoitia”, en *Revista de la Universidad de México*, julio de 1964, p. 29.

habla de las preocupaciones de los padres respecto a la juventud en aquella época (1969) y sugiere, como solución, que los padres obliguen a los hijos a portarse “mal”, lo cual daría como resultado que estos se acaben portando “bien”; este es un texto irónico, que dentro de lo que dice en apariencia oculta un mensaje diferente (que los hijos jóvenes siempre se rebelarán contra lo que los “obliguen” a hacer), y esto la hace una ironía verbal por definición.

A continuación tenemos otro ejemplo, el inicio de un artículo:

La astrología es una de las ciencias más antiguas y útiles. Sirve para averiguar el carácter de las personas y para predecir su futuro. Por medio de cálculos astronómicos y de la interpretación correcta de los mismos, podemos determinar, por ejemplo, qué día se rompió una persona una pierna. Este es un conocimiento muy útil, sobre todo en caso de que nos interese que alguien se haya roto una pierna en determinada fecha y que no le tengamos confianza suficiente para preguntarle, a quemarropa, si se rompió una pierna y en qué fecha. O también en el caso de que ya se le haya olvidado la fecha en cuestión, o que no se haya dado cuenta de que se rompió una pierna⁷⁶.

Las ideas dichas se vuelven cada vez más absurdas, al punto que al final del párrafo ya no cabe duda de que está siendo irónico. Eso más el hecho de que sabemos que Iburgüengoitia no alabaría semejante cosa; a veces, es necesario conocer las opiniones del autor para asegurar la naturaleza irónica del texto⁷⁷.

En otro artículo propone nuevas carreras, más “actualizadas”, para la Universidad, y explica lo siguiente:

Dentro de las disciplinas humanísticas, propongo la carrera de *Alto Funcionario*. El plan de estudios deberá ser integrado partiendo de tres materias básicas: un curso de tres años de Optimismo, otro de Mutismo, dividido en tres etapas, Elemental, Medio y Superior, y otro, intensivo, que se impartirá en el último año, de Predicción de Ganadores. Alrededor de estos conocimientos fundamentales deberá formarse un currículum que incluya materias tales como las de Doctrinas Ambiguas, Peticiones Denegadas, Elección de Corbatas y un curso elemental de Gastronomía.

Dentro de la Humanística también, está la carrera de *Misanthropología Mexicana*, que incluye un curso de Historia de Nuestra Canción Vernácula, Historia del Poder Legislativo, tres cursos progresivos de Genios Mexicanos que se Malograron, una Historia

⁷⁶ Jorge Iburgüengoitia, “Predicciones astrológicas; La luna en viernes”, en *Misterios de la vida diaria*, Joaquín Mortiz, México, 2007, p. 23.

⁷⁷ *cfr.*, Wayne C. Booth, *op. cit.*, p. 95.

de las Relaciones Sexuales Mexiconorteamericanas, una investigación de campo sobre las Causas de Nuestro Subdesarrollo, que deberá incluir una visita a una tienda de refacciones de artículos fabricados en México, un curso de Falsos Valores y una Introducción a la Burocracia⁷⁸.

El resto del artículo es del mismo corte. Aquí ya estamos rayando en la ironía cínica: existe un mensaje distinto del texto literal, pero los recursos que lo ocultan lo hacen completamente evidente para el lector.

Pero si bien Ibargüengoitia suele recurrir a la ironía verbal, más característica le es, a mi parecer, la ironía situacional, la del evento inesperado o el resultado contradictorio, sobre todo en su narrativa. Aquí tenemos un fragmento del cuento “La mujer que no” que ilustra este tipo de ironía (está narrando una cita entre el protagonista y su exnovia, ahora mujer casada): “Cuando hubo terminado, se preparó para salir, mirándome en silencio; luego me tomó del brazo de una manera muy elocuente, bajamos una escalera y cuando estuvimos en la calle, nos encontramos frente a frente con su chingada madre”⁷⁹. Lo último que el lector espera (o que el protagonista quisiera) es encontrarse con la madre a mitad de esta situación. Otro ejemplo lo vemos más tarde en ese mismo cuento: en el momento culminante en que los personajes están a punto de cometer el acto sexual, el cierre del pantalón de él se atora, impidiéndoles hacer nada.

Como se dijo antes, en la ironía cínica el cinismo se vuelve el elemento inesperado, como ocurre en este fragmento de *Las muertas*:

- Simón – me dijo entonces Serafina –, mi hermana tiene una pena muy grande. Me explicó que una de las mujeres que trabajaban en el México Lindo, que se llamaba Ernestina, Helda o Elena, se había muerto la noche anterior y no sabían qué hacer con el cadáver.
- Háganle velorio y llévenla al panteón – aconsejé⁸⁰.

⁷⁸ Jorge Ibargüengoitia, “Nuevas carreras”, en *Viajes en la América ignota*, p. 30.

⁷⁹ Jorge Ibargüengoitia, “La mujer que no”, en *La ley de Herodes*, Joaquín Mortiz, México, 1979, p. 27.

⁸⁰ Jorge Ibargüengoitia, *Las muertas*, Joaquín Mortiz, México, 2009, p. 21.

Decir lo obvio (“entiérrenla”) es cínico en tanto resulta descarado, y es irónico en tanto nadie se espera que alguien responda lo más obvio en esta situación.

Tomemos por ejemplo el legendario inicio de *Dos crímenes*: “La historia que voy a contar empieza una noche en que la policía violó la Constitución”⁸¹. Esto es irónico y cómico no porque la policía viole la Constitución (lo cual ocurre todo el tiempo, y por lo tanto no tiene nada de extraordinario) ni porque la voz narradora diga a escondidas algo más, sino porque es inesperado que alguien empiece diciendo, como si tal cosa, que la policía violó la Constitución.

También podemos ver ironía situacional cínica en el siguiente texto: “Yo, que acababa de conseguir lo que ellos buscaban, había tenido que hablar con catorce choferes de taxis que iban ocupados, ofrecerles propinas y empujar a una señora embarazada que trató de adelantárseme”⁸². Empujar a una mujer embarazada en vez de cederle el taxi va en contra de las reglas de la caballerosidad, tan inculcadas en nuestra educación (y acaso tiene un dejo de humor negro); hacerlo, por lo tanto, es tanto inesperado como cínico.

En este otro fragmento vemos otra vez cómo el autor confiesa y expresa abiertamente su comportamiento sin pensar en cómo quedará frente a sus lectores o si ofenderá a alguien:

Otra cosa es cómo, sin nunca asistir a exposiciones, conferencias, recitales poéticos, exégesis de la obra de Machado, vinos de honor, etcétera, mi nombre y el de mi mujer han logrado meterse, cada cual por su lado, en las listas de todas las galerías, salas de conferencias, ateneos, etcétera. Recibimos invitación para todo, claro, muchas veces retrasada y por duplicado.

Tenemos, en la oficina de correos, un apartado. Un día mi mujer va al apartado, otro día voy yo. El día que va mi mujer, ella tira en el bote de la basura que hay en el correo las invitaciones que van dirigidas a ella, sin abrir, y me trae a casa las invitaciones que

⁸¹ Jorge Ibarguengoitia, *Dos crímenes*, Joaquín Mortiz, México, 2011, p. 7.

⁸² Jorge Ibarguengoitia, “Textos turísticos: El turismo del futuro”, en *Viajes en la América ignota*, p. 25.

vienen dirigidas a mí. Yo las tiro en el bote de la basura que tenemos en casa. El día que voy yo al correo, tiro allí las que van dirigidas a mí, y así sucesivamente.⁸³

Y añadido a esta misma crudeza cínica, se puede ilustrar la manera en que, como buen ironista, Iburgüengoitia está dispuesto a criticarse a sí mismo, como hace aquí cuando narra su tour en una fábrica de refrigeradores en La Habana:

En Cuba hay tantos visitantes y los tratan tan bien, que hay técnicos que se pasan buena parte de su tiempo respondiendo a preguntas idiotas o impertinentes, como las que Aghioun y yo hicimos aquella tarde, en que actuamos como si fuéramos a instalar una fábrica de refrigeradores al día siguiente⁸⁴.

Otra manera de ironizar muy propia de Iburgüengoitia es la unión de los contrarios, que es la base de la incongruencia que delata la ironía. En el siguiente fragmento está narrando un paseo por una playa en Inglaterra:

A lo lejos veo unos niños corriendo detrás de una pelota, una madre empuja un cochecito de bebé y se detiene a esperar a que sus hijas la alcancen, un hombre con un rastri- llo junta algas marinas y las pone en un costal –no sé si está muriéndose de hambre o si es un gourmet– [...] ⁸⁵

La oposición está en que solo alguien que no se está “muriendo de hambre” puede darse el lujo de ser un gourmet.

La convivencia de los contrarios es más cómica cuando se mezcla un elemento solemne con uno vulgar, pues “todo momento solemne tiene su remedo cómico”⁸⁶; y, como se estableció desde el principio, Iburgüengoitia es abiertamente antisolemne. He aquí un ilustrativo fragmento de “La ley de Herodes”, cuando el protagonista tiene que llevar sus muestras fecales a un examen médico: “Salí a la calle en la mañana húmeda y caminé sin atreverme a tomar un camión, apretando contra mi corazón, como San Tarsicio Moderno, no la

⁸³ Jorge Iburgüengoitia, “¿Quién defiende al correo?: Las cartas van por rutas de emoción”, en *Misterios de la vida diaria*, p. 29.

⁸⁴ Jorge Iburgüengoitia, “Revolución en el jardín”, en *Viajes en la América ignota*, p. 51.

⁸⁵ Jorge Iburgüengoitia, “En penzance: Paseos a la orilla del mar”, en *La casa de usted y otros viajes*, Planeta, México, 2016, p. 299.

⁸⁶ José María Perceval, *op., cit.*, p. 46.

Sagrada Eucaristía, sino mi propia mierda”⁸⁷. Otro momento de contradicción se da cuando describe su experiencia en el hotel de La Habana: “Cerca de la administración había muchos intelectuales latinoamericanos discutiendo el porvenir de la humanidad, tratando de decidir a qué cabaret iban, o esperando a una señora que había ido al baño”⁸⁸. El contraste entre las tres opciones inmediatamente yuxtapuestas (lo alto del porvenir de la humanidad, lo coloquial del cabaret y lo mundano de esperar a quien fue al baño) es completamente irónico.

Por último, quisiera señalar un recurso ibargüengoitiano normalmente difícil de detectar, pero que se ve muy bien en *Estas ruinas que ves*, empezando por este fragmento inicial:

[...] que se abrió lentamente para dejar al descubierto a un hombre muy guapo: joven, de veintitantos, de facciones muy finas, cejas espesas, de beduino romántico, con cascada de seda en el pescuezo, una camisa muy cara y pantalones que hacían juego con el saco que estaba en el perchero.
Un joven de porvenir, pensé⁸⁹.

Más adelante en la novela, el narrador se sigue refiriendo al personaje descrito como “el joven de porvenir”, aun después de conocer su nombre. Esta estrategia de colocar una frase hecha, en este caso usada a modo de epíteto (irónico, puesto que el joven de porvenir le desagrada al narrador) en un lugar específico o de repetirla reiteradamente es una manera, a mi parecer, de poner la frase en ridículo: expone la cursilería o el absurdo que puede existir en la misma.

Como se puede ver, nuestro autor echa mano de la ironía recurrentemente y en todas sus formas, mezclándola con el aparente descaro del cinismo, y este estilo irónico-cínico surge naturalmente por la mezcla de su desencanto con su agudeza y su carencia de respeto

⁸⁷ Jorge Ibarquingoitia, “La ley de Herodes”, en *La ley de Herodes*, p. 18.

⁸⁸ Jorge Ibarquingoitia, “Revolución en el jardín”, en *Viajes en la América ignota*, p. 36.

⁸⁹ Jorge Ibarquingoitia, *Estas ruinas que ves*, Joaquín Mortiz, México, 2005, p. 18.

hacia lo establecido. Y esta es su manera no solo de enfrentarse a los absurdos de la realidad, sino de criticarlos y denunciarlos. A continuación expondré el uso de estos mecanismos de ironía cínica aplicados a dos temas recurrentes en la obra periodística de Ibargüengoitia: lo mexicano y la Ciudad de México.

Ibargüengoitia y los vicios mexicanos

“La verdad es que entre más enojado estoy con este país y más lejos viajo, más mexicano me siento”⁹⁰. Así resumía Jorge Ibargüengoitia su relación con su patria natal. Un sentimiento más bien paradójico, como tantas cosas suyas. Él era, como veremos a continuación, un crítico fiero de lo que él consideraba que era “lo mexicano”, o más exactamente de las faltas que le veía, que no eran pocas. Dice que México “tiene defectos. El principal de ellos es el estar poblado por mexicanos, muchos de los cuales son acomplejados, metiches, avorazados, desconsiderados e intolerantes. Ah, y muy habladores”⁹¹. Él veía con gran escepticismo a sus compatriotas. Como ya hemos repetido, del escepticismo nace la ironía, y es por eso que uno de los temas más fuertes de la crítica irónica ibargüengoitiana es justamente la idiosincrasia nacional. Esta clase de críticas pesimistas son la razón, hasta donde he podido verificar, de que algunos lo tachan de “reaccionario” (esta sentencia, creo yo, se debe a una interpretación maniquea según la cual quien sólo ve defectos congénitos del país debe de estar en contra de toda la “personalidad nacional”, por así llamarla, y considerarla

⁹⁰ Jorge Ibargüengoitia, “Lista de composturas: Examen de conciencia patriótica”, en *Instrucciones para vivir en México*, Joaquín Mortiz, México, 1991, p. 59.

⁹¹ *idem*.

la causa de nuestro subdesarrollo)⁹². Ahora veremos cómo utiliza la ironía para revelar sus descontentos.

Hablando, por ejemplo, del país en general, se dedica a combatir la idea de que es “un paraíso”, que le parece completamente errada⁹³, echando mano de su estilo irónico:

[...] las estadísticas que se han formado de acuerdo con las investigaciones más recientes, demuestran que la amibiasis, la fiebre intestinal, un pleito con un policía de tránsito, o que se acabe el agua cuando está uno enjabonado, son recuerdos muchos más imperecederos que los que deja una visita a Xochimilco o a las Pirámides de Teotihuacán. Esto es muy triste, pero no hay que desesperar, porque en la misma enfermedad está el remedio [...] Se me ocurren varias ideas. Una es la de difundir la leyenda de que en nuestra cultura todavía se acostumbra hacer sacrificios humanos y explicar que esto se debe a la manera en que los mexicanos conducen sus vehículos. El turista regresará a su país, no sólo con la satisfacción de haber pasado una temporada de alegres vacaciones, sino con la de haber escapado por milagro de una muerte segura.

Otra idea es la de organizar concursos intitulados “no se deje estafar”. Al turista que al abandonar este país pueda comprobar que ha sido estafado menos de quinientos pesos, se le regalan los pasajes de otro viaje a México.

Inspirándome en los cruceros que se hacen en Acapulco en los yates públicos, se me ha ocurrido introducir las siguientes modificaciones. En vez de decir por el magnavoz:

–A nuestra izquierda podemos ver la casa de John Wayne...

que es algo que a nadie le importa, decir:

–En estos acantilados fueron encontrados los restos del acaudalado Mr. N y de la bella Miss R de quienes se dice que fueron sacrificados en una ceremonia secreta muy semejante a las que se llevan a cabo en la isla de Pascua.

O bien:

–En estas rocas se estrelló el gran clavadista Fulano, que se echó al mar después de una orgía...

No importa que sean mentiras. La cosa es darle emotividad al paisaje⁹⁴.

Desde el primer instante del fragmento anterior se puede apreciar una ligera ironía, al enumerar experiencias negativas que pueden parecer autóctonas. Pero en las sugerencias que se hacen después es donde realmente se puede apreciar su sarcasmo. Son en primer lugar críticas medianamente disfrazadas (a la cantidad de estafas que se dan en el país a los turistas y

⁹² Cabe mencionar que dicha sentencia se ha formulado especialmente con respecto a sus obras de contenido histórico, en las cuales parodia y desmitifica la “Historia oficial”, que casualmente, como señala Mónica Quijano en un artículo sobre *Los pasos de López*, había sido establecida por los distintos gobiernos liberales a modo de propaganda (el artículo, “La función de la Literatura en la conformación del pasado nacional”, está recopilado en el libro *Espacios históricos-espacios de rememoración*, UNAM/Bonilla Artigas/Düsseldorf University Press, México, 2014).

⁹³ *cfr.*, Jorge Ibarguengoitia, “Textos turísticos: El turismo del futuro”, en *Viajes en la América ignota*, pp. 24-27.

⁹⁴ *idem.*

a la manera de conducir de los mexicanos); en segundo lugar son una ironización de la idea de “disfrutar las vacaciones”: “si no se puede lograr que los turistas la pasen tan bien, asegúremonos de que crean que no la pasaron tan mal”, ese es un mensaje oculto de la ironía; otro mensaje complementario sería, justamente, la demostración burlona de que “ni [México] es paraíso, ni hay en el mundo dinero suficiente para transformarlo en semejante cosa”⁹⁵. Finalmente, en la última parte, añade un poco de humor negro.

Una característica interesante de Iburgüengoitia es que ve defectos hasta donde otros ven virtudes. Por ejemplo, en el caso de nuestra famosa cortesía:

[...] somos una raza de cortesés. Para mí, la imagen característica del mexicano es la de un señor, sentado en su comedor, diciéndole a la criada:

—Óigame, cuando tenga un ratito, me hace favor de traerme un salero, si no le es molesto.

Un español, en el mismo caso, diría: “¡Un salero!”. Un hombre sensato se levantaría de la mesa y traería él mismo el salero, lo que, a fin de cuentas resultaría mucho más cortés y mucho más rápido. El mexicano clásico, no, prefiere dar órdenes envueltas en paliativos.

¿Pero qué ocurre si la criada, a quien se ha invitado tan cortésmente a traer un salero contesta: “ahora no tengo tiempo”? Al señor le da un infarto.

Es lo malo de la cortesía mexicana, que es nomás de dientes para afuera⁹⁶.

Nuestra cultura se jacta de ser muy cortés, pero de pronto llega este escéptico a decirnos que es “nomás de dientes para afuera”. El ejemplo que pone es interesante: una persona en cierta posición de autoridad utiliza la cortesía con un subordinado, de manera que parece reducir dicha autoridad, pero en el fondo la sigue conservando intacta. Pero sólo a un ironista se le podría ocurrir plantear una situación de “descaro” tan inesperada. La cortesía, afirma aquí, es sólo un “paliativo”. Por otra parte, para afianzar su idea, en el camino menciona que sencillamente hacer las cosas uno mismo sería cortesía auténtica, y además un acto de sensatez. Y menciona esto mezclándolo con el caso opuesto: el de un español, que

⁹⁵ *idem*.

⁹⁶ Jorge Iburgüengoitia, “Cortesía mexicana: Lo cortés no quita lo valiente”, en *Misterios de la vida diaria*, pp. 163-164.

aparentemente ni siquiera es simuladamente cortés. Esto basta para la ironía. Pero el hecho de despreciar un motivo de orgullo nacional acusándolo de falso ya cae en el cinismo: desdice lo aceptado y habla sin temor a herir susceptibilidades.

Como adición a la cortesía, también habla críticamente de la hospitalidad:

La hospitalidad mexicana, en su sentido proverbial, es un invento del Departamento de Estado norteamericano. El único feliz, por cierto, aparte de la idea de visitar basílicas, que se le ha ocurrido a dicho Departamento con respecto a México. Desde el momento de su concepción (o confección), no ha habido visitante oficial extranjero que no haga alusión a la “proverbial hospitalidad mexicana” en su primer discurso y en el de despedida. Aquí cabe anotar que estos discursos tienen, aparte de dicha alusión, tres características comunes: la primera es que el que lo dice viene con gastos pagados, por el Gobierno mexicano o por el suyo propio; la segunda es que los que lo escuchan, muy sonrientes y orgullosos, no han gastado un quinto en atender al invitado; y la tercera es que los vinos que se consumen en el banquete en que se dice el discurso, están fuera del alcance de la masa popular y han sido, sin embargo, pagados por la misma.

Pero la hospitalidad mexicana real, la verdadera, que es parte de la cortesía mexicana, es algo muy distinto, que merece seria reflexión [...] nunca se ha sabido de un mexicano que ofrezca sus servicios a un extranjero sin esperanza de obtener algo a cambio⁹⁷.

Después continúa con la hospitalidad entre mexicanos, como algo que le trae al invitado ciertas obligaciones o que “puede acabar a balazos”. Aquí descarta de inicio la hospitalidad como virtud autóctona, la considera una leyenda urbana o una pantalla creada para los turistas y, para colmo, se la atribuye al gobierno de nuestro vecino incómodo. Esta última afirmación es quizá la parte más irónica de la primera oración, puesto que la ruptura con la creencia popular se vuelve extrema al darse en semejante contraste: no se trata de una virtud nacional sino de un invento político extranjero, y peor que eso, estadounidense; este último detalle aumenta el desdén cínico y la ofensa a la sensibilidad mexicana a niveles astronómicos. A continuación, expone argumentos, ocultos en las características enumeradas: ni el invitado oficial tiene razones para aplaudir la hospitalidad ni los que lo escuchan

⁹⁷ Jorge Iburgüengoitia, “Hospitalidad mexicana: La casa de usted”, en *Instrucciones para vivir en México*, p. 76.

las tienen para sentirse orgullosos, ya que este no fue atendido ni acogido por el pueblo llano. Este planteamiento es irónico porque revela una contradicción oculta.

En este discurso dado con respecto a la cortesía y a la hospitalidad se pone en acción la visión puntillosa del ironista, se emite una opinión que al romper con la creencia popular resulta inesperada, y que se vuelve cínica al atacar tan directamente el ego romántico de un pueblo que se presume distinguidamente hospitalario con los extranjeros.

Ibargüengoitia también se atreve a meterse con lo que él burlescamente considera un orgullo para la mayoría de los mexicanos: el famoso día de las madres:

Afortunadamente no me tocó ver gran parte de los preparativos: los niños con caras angelicales llegando a pedirle al papá dinero para comprarle un regalo a la madre, las maestras de escuela explicándoles a los alumnos la grandeza de la maternidad y el porqué el diez de mayo es uno de los días más solemnes del año; los preparativos en los salones de clase, los niños sentados frente al engrudo y las tijeras, los padres retirando dineros de la cuenta de ahorros, los maestros dando órdenes y diciéndoles a los niños dónde se deben parar el día de la ceremonia; en las trastiendas de los supermercados envolviendo en celofán, canastas con un melón y dos mangos, otros, escribiendo el precio (once cincuenta) y otros más, envolviendo la canasta envuelta en celofán, en papel de china con moños, etc., las horas extras, el embarque de juegos de recámaras estilo Luis XVI, las madres, limpiándose las lágrimas, conmovidas por el discurso de la directora, las madres comprando alcachofas para festejarse ellas mismas con un atracón, la llegada de los hijos ausentes después de un viaje de quince horas, etcétera. De todo esto me salvé.

Ya me imagino a algún lector pensando: “no sé por qué dice eso; ¡tan bonito que es festejar uno a su madre!” [...] Mi suerte y la de mi madre fueron muy diferentes, mis maestras estaban empeñadas en que fuera yo, realmente, quien hiciera los regalos de mi madre. Me daban papel cartoncillo, engrudo, etc. Todo lo que hice salió de mis manos, pasó por las de mi madre e inmediatamente fue a dar a la basura, con gran satisfacción de ambos⁹⁸.

Ibargüengoitia, según se deduce por su discurso en este y otros artículos, piensa en la celebración a la madre como un evento autóctono y de grandilocuencia... uno que él por su parte está dispuesto a rechazar. Todas las cosas que a otros les resultan conmovedoras del día parecen ser para él motivo de huida, en tanto se alegra de no presenciarlas. Aquí cabe recordar sus opiniones sobre la cursilería y la solemnidad: las desprecia enormemente. Y

⁹⁸ Jorge Ibargüengoitia, “Diez de mayo: El día más grande del año”, en *Instrucciones para vivir en México*, pp. 191-192.

este, según menciona, es “uno de los días más solemnes del año”. La posición, nuevamente contraria al pensamiento popular, resulta inesperada, y también cínica en cuanto constituye un desafío descarado hacia el común de la gente. El rechazo de la convención y los buenos sentimientos que rodean al día de las madres.

Estudiando a los mexicanos, en el caso siguiente, parte del uso que la gente hace del claxon, que él considera un verdadero vicio mexicano:

En efecto, lo primero que hace un niño mexicano al llegar a este mundo, es llorar para que se atienda a sus necesidades. Lo siguiente que aprende es a tocar el claxon del coche de su papá, con el mismo objeto. Y toca el claxon y toca más, y al cabo de cincuenta años sigue tocándolo con esperanzas de lograr con ello fines tan diversos como son: hacer que un coche descompuesto que obstruye la circulación se componga súbitamente y eche a andar, o bien, que se esfume con todo y ocupantes; avisar a los conductores de vehículos que viajan por las calles transversales que se les acerca un coche conducido por un individuo que está dispuesto antes a morir que a ceder el paso; avisar a unos niños que están desayunando que ya se hizo tarde para llegar a clases; avisarle a una criada reumática y atareada que ya llegó la patrona y que está afuera de la puerta, con el coche atravesado, entorpeciendo el tránsito y la llave de la puerta en la bolsa, pero sin ganas de bajarse a usarla, etcétera [...] Así como es más fácil dar un berrido que exponer un razonamiento, es mucho más fácil tocar el claxon que averiguar las razones que impulsan a uno a tocarlo y hacer una evaluación de las probabilidades de que el acto consiga el efecto deseado⁹⁹.

El uso del claxon le sirve aquí como un detalle que revela mucho más sobre la personalidad nacional. Utilizando una vez más la ironía como forma vedada de crítica ácida, demuestra mediante su queja del uso del claxon varios defectos: que el mexicano prefiere hacer un escándalo para lograr lo que quiere que buscar obtenerlo de forma civilizada, que tanto se acostumbra a eso que llega a sentir que todo obstáculo debe desaparecer en el proceso, que se enfurece cuando esto no pasa, o que ni siquiera se plantea la utilidad objetiva de su método... o incluso defectos más pequeños: que los conductores no quieren ceder el paso o que la dueña de la casa hace un numerito con tal de no bajarse del coche. La manera de plantear estas cualidades también es irónica-cínica, puesto que desenmascara un absurdo (el

⁹⁹ Jorge Ibarguengoitia, “El Arauca vibrador: Psicoanálisis del que abusa con el claxon”, en *Instrucciones para vivir en México*, pp. 88-89.

abuso del claxon) dándole explicaciones aún más absurdas (el conductor quiere que el auto de enfrente desaparezca por arte de magia) o tan explícitamente incisivas que corren el riesgo de ofender a quien se siente aludido (que alguien no está dispuesto a ceder el paso, que la señora prefiere estorbar a bajarse del coche). Es un grupo de críticas pequeñas, todas con tono irónico, reunidas en torno a una crítica principal: los mexicanos abusan del claxon. Peor aún, el verdadero mensaje es que los mexicanos, al abusar del claxon, están reduciéndose a la capacidad mental de un infante.

En el siguiente caso, Ibargüengoitia toca, otra vez irónicamente, un concepto universal según como, dice él, lo entendemos los mexicanos, el famoso “respeto al derecho ajeno”:

Cuando cruzo una calle, tengo especial cuidado en respetar el derecho de paso que, según una ley no escrita, pero por todos aceptada en nuestra sociedad, tienen la multitud de prognatas chimuelos que circulan a ochenta kilómetros por hora en cochecitos que están al borde de la descompostura. Llevan la siguiente frase en mente:

—¡Ábranse bueyes, que lleva bala!

Cuando subo en un camión, tengo especial cuidado en respetar el derecho que tiene un empulcado a encender un radio portátil a todo volumen y quedarse dormido inmediatamente. Esto lo hago, no porque exista una ley al respecto, ni escrita ni aceptada, sino porque no quiero entrar en una discusión en donde el enemigo va a esgrimir un argumento tan contundente como el derecho que el pobre tiene a divertirse. [...] Estos ejemplos los he puesto para fundamentar lo siguiente que voy a decir: no es por accidente que la frase célebre: “el respeto al derecho ajeno es la paz” haya sido inventada por un mexicano ilustre. Nuestra sociedad estaba destinada, desde tiempo inmemorial, a producir semejante joya del sentido común. No porque seamos un pueblo especialmente respetuoso del derecho ajeno, sino porque somos extraordinariamente conscientes del propio¹⁰⁰.

En el resto del artículo, da a entender que en realidad el “respeto al derecho ajeno” es teórico, ya en lo práctico los desaventajados son los que deben respetar los derechos de los aventajados (según cada situación), no porque así lo diga la ley sino porque los unos no están en posición de pelearse con los otros. En el fragmento anterior expone, principalmen-

¹⁰⁰ Jorge Ibargüengoitia, “Vamos respetándonos: El derecho ajeno”, en *Instrucciones para vivir en México*, p. 62.

te, que la imposición de un derecho (en nuestro país) no tiene nada que ver con la convivencia humana ni con el respeto de igual a igual, sino que depende de los intereses egoístas de los interesados, y da a entender que los mexicanos somos expertos en imponer nuestros “derechos” sobre otros siempre y cuando tengamos la ventaja, ya sea física o retórica. Aquí para empezar hay otra contradicción oculta que se revela mediante una enunciación irónica: “no porque seamos especialmente respetuosos del derecho ajeno, sino porque somos extraordinariamente conscientes del propio”; es decir, predicamos (aprovechando una frase célebre) que el respeto al derecho ajeno es la paz en tanto eso nos permita imponernos y los demás tengan que “aguantarse”. Digo que la enunciación es irónica, porque en la misma exposición del problema está expuesto el problema, así como es irónico afirmar que el derecho de paso lo tiene el del automóvil dando a entender que lo tiene porque está en posición de atropellar al que pasa.

A continuación, la exposición de otro vicio mexicano, el de “no pagar”:

En México sólo los imbéciles y los extranjeros creen que no pagar no es un arte. Pues sí, es un arte que todos conocemos por haber practicado o por haber sido víctimas de él más o menos sistemáticamente. Como todas las artes, su perfeccionamiento requiere empeño, dedicación y el respeto de ciertas reglas. El presente artículo lo escribo no con la intención de decir nada nuevo, sino con la de formular dichas reglas, no para el uso y la instrucción de los deudores reacios, sino en aras del conocimiento. Mis motivos son semejantes a los que impulsaron a Aristóteles a escribir su *Arte poética*¹⁰¹.

La primera gran ironía aquí es la típica ironía ibargüengoitiana, que consiste en que la crítica aparece bajo el disfraz de un lenguaje neutral o incluso de alabanza. Se nota en el momento en el que dice que no pagar es de hecho un arte en nuestro país, utilizando la palabra “arte” de una manera sarcástica (cínica-irónica en tanto que le otorga atribuciones tradicionalmente elevadas a algo “reprobable”), y queriendo decir en realidad que hemos convertido el acto de no pagar en una costumbre regularizada. Para terminar la burla, compara su

¹⁰¹ Jorge Ibarguengoitia, “¿Qué pasó con el dinero?: El arte de no pagar”, en *Misterios de la vida diaria*, p. 166.

estudio con la *Poética* de Aristóteles, declarando así que deja para la posteridad un registro de este “arte”, el cual merece ser estudiado y explicado, añade él que “en aras del conocimiento”. Esto también resulta una crítica, que usa la ironía (rebajando algo solemne) de una manera cínica (expresándolo crudamente).

En este otro fragmento habla sobre la mordida, mencionando que “según dicen, es un invento mexicano, una necesidad, una institución fundamental en nuestra sociedad y una bendición de Dios”¹⁰²:

Pero vamos a ver ¿Por qué muerde la gente y por qué acepta ser mordida? El que muerde lo hace porque tiene un sueldo ridículo. El que se deja morder lo hace porque no quiere meterse en líos. ¿Quiénes son los que determinan el sueldo del que muerde y los que inventaron el trámite difícil al que no quiere someterse el mordido? Las autoridades. Hemos llegado a la primera conclusión: las autoridades son las primeras y originales causantes de la mordida

Ahora vamos a ver las ventajas y desventajas de esta institución.

Supongamos que somos un motociclista de tránsito. Tenemos dos salarios y, por consiguiente, dos trabajos. Uno de los trabajos consiste en cuidar que se respeten las leyes de tránsito. El otro consiste en agarrar a los que las violan para morderlos. El salario del primer trabajo es fijo e insuficiente. El salario del segundo es ilimitado y está en razón directa del número de violaciones que se cometan. Para cumplir con nuestro primer trabajo nos basta con levantar tres o cuatro infracciones diarias para que nuestros superiores se den cuenta de que estamos cumpliendo con nuestro deber y no nos hemos ido a Acapulco. Para cumplir con nuestro segundo trabajo necesitamos morder al mayor número de infractores que sea posible. Por consiguiente, los dos trabajos tienden a lo mismo: hay que conseguir infractores. Hay que fomentar las infracciones. Es decir, que nuestra actividad consiste en hacer exactamente lo contrario de lo que se supone que es nuestro deber.

Aquí hemos llegado a la segunda conclusión: las autoridades encargadas de velar por el cumplimiento de las leyes están en realidad fomentando la violación de las mismas.

Ahora bien: supongamos que somos la autoridad y que queremos acabar con la mordida. ¿Qué hacemos? La hacemos innecesaria para el que muerde e incosteable para el mordido. Aumentamos el salario del primero y le facilitamos el trámite al segundo. Con el aumento de infracciones pagamos el aumento de salarios. Parece muy sencillo. Pero tiene un bemo: ¿qué aliciente tienen los representantes de la autoridad para levantar infracciones? Si tiene un salario asegurado que basta para satisfacer sus necesidades y la mordida es incosteable, lo más probable es que se queden dormidos en una esquina. Entonces nosotros, la autoridad, estamos en un aprieto, porque tenemos que seguir pagando salarios y no tenemos ingresos.

Hemos llegado a la tercera conclusión: la única solución de la mordida es cancelar las leyes y disolver las autoridades¹⁰³.

¹⁰² Jorge Ibargüengoitia, “¡Arriba las ruedas!: Reflexiones sobre la mordida”, en *Misterios de la vida diaria*, p. 177.

¹⁰³ *ibid.*, pp. 178-179.

Su primera acción en el artículo es nacionalizar la mordida, después de lo cual formula, con tono neutral, una explicación del porqué la mordida está (o estaba en aquella época) bien vista por la gente (esto no aparece en el fragmento). En este sentido, su segunda acción es declararla “una bendición”; esto ya resulta en la crítica irónica, escondida bajo el tono de explicación neutral, al declarar que los mexicanos se alegran de llevar a cabo un acto ilegal.

Pasemos a su explicación: primero que nada declara que la raíz de este acto de corrupción son las mismísimas autoridades. Esta es una contradicción de la realidad (según la ve el autor) delatada en el texto sin ningún pudor (ironía cínica). Luego declara que los vigilantes de la ley viven de fomentar las infracciones: otra contradicción expuesta impudicamente. Por último, ofrece una solución, pero la desacredita de inmediato con el argumento de que los vigilantes de la ley ya no tendrían aliciente para hacer su trabajo, porque no ganarían nada con ello: aquí está insinuando una tendencia mexicana a la vagancia y al egoísmo extremo. Su conclusión final también está enunciada de manera irónica y oculta el siguiente mensaje: la mordida no tiene solución en tanto seamos como somos.

Otro tema recurrente en Ibarguengoitia es el de la burocracia, que también considera un vicio mexicano, en el sentido de que, a su modo de ver, nuestro país es un caso especial y grave en cuanto a la misma. He aquí un fragmento en el que se queja de este mal:

Al cabo de una semana llamé por teléfono a mi amiga para ver si podía pasar a recoger mis honorarios.

–Ya está aprobado el recibo. Creo que de un momento a otro se hace el cheque –me contestó.

Una semana más tarde me dio la siguiente noticia:

–Ya se hizo el cheque. Supongo que en esta semana lo firmará el tesorero.

Y a la tercera:

–Ya firmó el tesorero, así que nomás falta la firma del director general.

A la cuarta semana me anunció que era inminente que el director general pusiera su nombre al pie de mi cheque. Al oír esto, yo, a mi vez, le anuncié a ella que la próxima vez que se comprometiera con el director general a entregarle una traducción el lunes al mediodía, mandara al motociclista a la casa de su abuela –de ella, del director gene-

ral o del motociclista– no a la mía. Al escuchar por teléfono esta grosería, la voz de mi amiga se congeló y me dio la siguiente explicación:

–Debes tener en cuenta que esta es una empresa descentralizada y que se trata de un trámite casi gubernamental.

Me imaginé a alguien –con sueldo del gobierno– componiendo fórmulas para hacer cheques: “...una vez escrito el cheque, se deja en el balcón hasta que le dé la luna llena”¹⁰⁴.

La “grosería” mencionada, aunque no forma parte de ninguna argumentación o descripción, cumple con nuestras definiciones de ironía cínica (comentario impúdico inesperado). La última parte es un añadido sarcástico, ya que la ironía se delata por su exageración, la cual, en este caso, rebaja a lo más ridículo la existencia de la burocracia. Esta no es más que una de muchas burlas y quejas referentes al sistema burocrático. Afirma por ejemplo, en lo referente a la burocracia legal, que “la ley es un misterio impenetrable y que los procedimientos judiciales no tienen nada que ver con la realidad”¹⁰⁵.

En el siguiente artículo, dice tratar de “establecer las reglas generales que [...] rigen, o deberían regir, el ejercicio de un arte menor y relativamente desconocido, pero respetable: el de hacer redadas”¹⁰⁶:

Fines que persigue la redada. Son de dos clases: aparentes y ocultos. Los aparentes son bien conocidos [...] Los motivos ocultos son, en muchos casos, más interesantes. En determinado momento, el bien del país puede requerir, por ejemplo, que el pueblo reciba pruebas palpables e irrefutables de que la justicia es para todos y de que no sólo las tamaleras van a la cárcel. Puede ocurrir también, en épocas de crisis, en las que los medios de difusión toman un tono fúnebre y soporífico y el pueblo empieza a sentirse afectado por males nacionales, que se haga necesario tomar una acción de efectos desagradables, pero que afecte a un pequeño grupo de personas. Esto siempre levanta la moral de los demás. Por último, puede haber fines ocultos francamente banales. Por ejemplo, que alguien se sienta aburrido y para distraerse salga con la “julía” a recoger vendedores ambulantes. [...] Fines que *no* persigue la redada. Contra lo que el vulgo opina, no hay redada que tenga por finalidad llenar la cárcel. Los enredados siempre acaban saliendo de ella, después de haber hecho el ridículo, pasado un mal rato y pagado la fianza. Si en algún caso no se cumple esta regla, no es por excepción a la misma,

¹⁰⁴ Jorge Ibarguengoitia, “Historia de un informe: El inventor de trámites”, en *Instrucciones para vivir en México*, pp. 178-179.

¹⁰⁵ Jorge Ibarguengoitia, “La justicia para los abogados: Los misterios de la ley”, en *Misterios de la vida diaria*, p. 183.

¹⁰⁶ Jorge Ibarguengoitia, “El arte de hacer redadas: Manual del enredador”, en *Misterios de la vida diaria*, p. 174.

sino porque la redada estuvo mal hecha o porque alguien, funcionario o enredado, se encaprichó.

Clasificación de las redadas. Por sus consecuencias sociales, por la manera de prepararlas y por los factores que intervienen en ellas, las redadas se dividen en rutinarias y rituales. Las primeras ocurren porque algún funcionario está de mal humor y decide que el peso de la ley caiga sobre los culpables, o porque a otro le dan ganas de comer quesadillas gratis [...] Las redadas rituales, en cambio, son operaciones mucho más complejas, que siempre se ejecutan con un ojo puesto en los medios de difusión.

Las redadas rituales, como la mayoría de los ritos, son parte sacrificio y parte teatro; su fin último es propiciar alguna deidad. Como, por ejemplo, el pueblo [...] Por último, antes de practicar la redada, conviene proveerse de los elementos que van a constituir las pruebas del delito, para colocarlos a su debido tiempo en el sitio del crimen. Esto es para evitar cierta clase de situaciones absurdas. Por ejemplo, si se va a irrumpir en una reunión en la que hay 147 drogadictos es ridículo encontrar una sola jeringa. Semejante promiscuidad no ocurre ni en el Hospital General¹⁰⁷.

Este es un ejemplo muy sustancioso. Se pueden ver una sucesión de comentarios irónicos que, si bien a veces mantienen algo de la sutileza propia de la ironía pura, en un momento dado llegan a ser tan ridículos que se nota en ellos el cinismo del descaro y lo inesperado de ese cinismo. Cada afirmación en el fragmento anterior consiste en una situación absurda que, sin embargo, corresponde a una realidad palpable según lo ve el autor; está todo dicho, además, en el mismo tono explicativo, irónicamente neutro, que le conocemos. Sin embargo, todas estas afirmaciones juntas forman parte de otra afirmación, vedada, que brilla por su ausencia: el mensaje oculto es “las redadas no tienen nunca la finalidad policial que se supone que tienen”. El texto dice que en el fondo se hacen como un espectáculo para complacer o mandarles un mensaje al pueblo, o que ocurren porque los encargados están aburridos, hambrientos o de malas... pero en ningún momento menciona que las redadas cumplan en serio alguna función de protección de la sociedad. El último comentario incluso insinúa que las causas de las redadas están inventadas (se planta la evidencia). Aquí vemos cumplirse una de las observaciones hechas previamente sobre la ironía: el texto puede estar

¹⁰⁷ *ibid.*, pp. 174-176.

compuesto de pequeñas frases irónicas, pero en su conjunto también consiste en una gran ironía.

En este otro artículo empezamos a ver una crítica ya no a las autoridades ni al sistema, sino al pueblo llano; peor, hacia la clase trabajadora:

Salir a la calle a las seis de la tarde y tratar de conseguir un taxi es como salir a seducir señoritas decentes: no sólo no logra uno su cometido, sino que está en peligro de que le digan “¡lépero!” ¡impertinente!” “¿cómo se atreve a pedirme que lo lleve al cine Paseo, si voy a la colonia Agrícola Oriental?”

Los taxistas no abofetean, pero pasan de largo, echan el coche encima del que trata de contratarlos, o si los agarra en alto, miran al frente, como si no oyeran las proposiciones que les están haciendo:

—Lléveme al cine Paseo, le doy quince pesos.

Este rasgo de los taxistas es una de las manifestaciones de la característica más admirable del trabajador mexicano: la tendencia a actuar cada vez que puede como *prima donna*¹⁰⁸.

Lo que vemos aquí es no sólo la queja de una situación cotidiana, sino una crítica directa a una clase social; una crítica que podría escandalizar a ciertas personas que idealizan a la clase trabajadora (cabe mencionar que en esa época estaba de moda el marxismo): en ese contexto, esto puede ser visto como una desacralización del proletariado. La ironía en realidad empieza con la comparación que hace, que de por sí resulta cómica, en la que expresa veladamente (y a la vez, directamente) que el trabajador se atribuye una dignidad que resulta en despreciar al cliente. Y además se añade la falta de filtros con lo que expresa la idea, y cómo esta va contra una concepción posiblemente popular, es decir el cinismo en la ironía.

A continuación otro fragmento en el que continúa hablando del pueblo llano:

Una de nuestras características más notables y la que nos hace distinguirnos del resto del mundo conocido es que, a pesar del aumento desorbitado de la población, de lo bajo de los salarios de la mayoría de los mexicanos, de lo atrasado de la agricultura, de la aridez del terreno, de lo raquítrico de la industria y de las inundaciones, nos arreglamos para vivir como reyes.

Digo, vivir como reyes, no en el sentido de pasarla estupendamente, sino en el de que cada hogar mexicano, por humilde que sea, cada oficina, por rascuache que nos parezca, cada organización, por mucho que carezca de importancia, tiene una constitución que es copia exacta de la corte de los faraones.

¹⁰⁸ Jorge Ibarguengoitia, “Prima donna: Trabajadores mexicanos”, en *Misterios de la vida diaria*, p. 189.

En cualquier organismo mexicano que examinemos, encontraremos una persona que funge como rey y que ejerce poder ilimitado (dentro de sus posibilidades) por derecho divino, un administrador incompetente y uno o muchos esclavos¹⁰⁹.

Después de decir esto ejemplifica su idea con experiencias personales. El texto continúa un poco con la idea del anterior, al menos en un punto: los mexicanos se dan aires a la menor oportunidad. Por lo demás, aquí encontramos un análisis nuevo de un nuevo fenómeno, el de las escaleras sociales que tienden a formarse entre nosotros, que es, según se deduce del texto, un síntoma de nuestra idiosincrasia. Y como siempre que critica nuestra idiosincrasia, utiliza su particular estilo de ironía. Poco importa, como ya dije, la exactitud de sus comentarios, lo principal es su manera de expresarlo: aquí empieza con unas comparaciones que son irónicas por su llamémoslo “extremismo” y en tanto delatan una contradicción de la vida (la prepotencia y la arbitrariedad a pesar de la miseria), y también cínicas dada su crudeza casi agresiva (es un poco atacante declarar que unos actúan como reyes con esclavos y otros son incompetentes).

Pero es posible que la verdadera crítica aquí esté dirigida, una vez más, al concepto de la solemnidad, o más bien a la solemnidad mexicana. El título del artículo es “Pobres pero solemnes”, es decir que hasta en la miseria sacamos a relucir nuestra tendencia a hacernos los solemnes; y la solemnidad, recordemos, es para el autor un gran defecto.

Ibargüengoitia, a lo largo de su obra, recurre a un tema bastante sobresaliente: la Historia y los héroes de México. Contradecir la solemnidad de la Historia oficial y criticar burlescamente lo que llama “el culto a los héroes” es lo que inspiró *El atentado*, *Los relámpagos de agosto*, *Los pasos de López* y, hasta cierto punto, *Maten al león*. En algunos de sus artículos también ha dejado ver estas características nacionales que tanto le desagradan:

¹⁰⁹ Jorge Ibargüengoitia, “Pobres pero solemnes: Lesa majestad”, en *Instrucciones para vivir en México*, p. 65.

Se me podrá acusar de tratar sólo con una minoría selecta, pero hasta la fecha no he conocido a ningún mexicano que tenga esperanza –y menos, que tenga ganas– de que sus huesos acaben en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Esta observación siempre me ha llenado de perplejidad, porque es evidente que el culto a los héroes, y la tendencia a construirles monumentos, son dos fenómenos que van en aumento, que están transformando nuestras ciudades, y que emanan, o cuando menos deberían emanar, de un sentimiento de emulación.

El hecho de que una de las principales industrias de un país en donde nadie quiere ser héroe, consista en hacer monumentos a los héroes, requiere un estudio más profundo, que no he tenido tiempo de llevar a cabo [...] ¹¹⁰

Aquí está, como buen ironista, desenmascarando una paradoja. Pero lo más importante aquí es que esa ironía revelada está siendo expuesta a raíz de que él la nota al mirar el fenómeno del culto a los héroes; es un fenómeno que, como quedará demostrado más adelante, le molesta, despierta su escepticismo y le parece en efecto un vicio nacional. Al estudiarlo se da cuenta de que nadie quiere ser héroe y le parece una incongruencia: allí nace el comentario irónico.

Como parte de su tendencia a la desacralización de la Historia, en este artículo expresa con total claridad su sentir al respecto:

La historia que nos han enseñado es francamente aburridísima. Está poblada de figuras monolíticas, que pasan una eternidad diciendo la misma frase: “la paz es el respeto al derecho ajeno”, “vamos a matar gachupines”, “¿crees tú acaso, que estoy en un lecho de rosas?”, etcétera.

Los héroes, en el momento de ser aprobados oficialmente como tales, se convierten en hombres modelo, adoptan una trayectoria que los lleva derecho al paredón, y adquieren un rasgo físico que hace inconfundible su figura: una calva, una levita, un paliacate, bigotes y sombrero ancho, un brazo de menos. Ya está el héroe, listo para subirse en el pedestal ¹¹¹.

Frase célebre, rasgo físico y carácter intachable: él héroe en su mínima expresión queda reducido aquí a una artesanía. En su manera de argumentar hay algo que pone en ridículo a los héroes, o más bien a su fabricación. Podría decirse que lo que hay aquí es una reducción al absurdo, pero viéndolo con más detenimiento se nota que es en realidad la delación del

¹¹⁰ Jorge Ibarguengoitia, “El lenguaje de las piedras”, en *Viajes en la América ignota*, p. 9.

¹¹¹ Jorge Ibarguengoitia, “Nuevas lecciones de historia: Revitalización de los héroes”, en *Instrucciones para vivir en México*, p. 34.

absurdo, porque sus comentarios no transforman nada sino que exponen. Es efectivamente una descripción de la formación de la figura monolítica; pero fijémonos en la manera en que lo hace: visto en conjunto, tal como él lo expone, la formación del héroe es absurda... y definitivamente aburrida. El toque irónico lo ayuda a criticar.

En textos como este es donde con más transparencia se ve su postura de inconformidad frente a la Historia oficial, pero sobre todo contra la solemnidad mexicana.

Otra parte de este “culto a los héroes” que le parece ridícula y digno blanco de su sarcasmo es la manera en la que se festejan:

Desgraciadamente, lo primero que se les ocurre a los comités encargados de formular el programa de festejos es hacer un monumento.

Es posible que haya división y que la mitad de los miembros propongan que se tumben unos árboles para erigir la estatua, mientras que la otra mitad propone que se arrase una colonia de pobres –foco de contaminación física y moral– y que se planten árboles para hacer un parque, en cuyo centro se erigirá la consabida estatua. Si el prócer está en el candelerero y la patria boyante, se hará parque, si no se tumbarán los árboles, pero, podemos estar seguros de que en ningún caso nos escapamos del monumento.

Este fenómeno demuestra que los caminos más trillados son los más equivocados. En efecto. Hay que admitir, que si de hacer festejos se trata, no hay ceremonia más aburrida que la de descubrir una estatua, aun en el caso óptimo de que se atore el cordón y sea necesario llamar a los bomberos para que desde la escalera jalen la manta, y le dé insolación a la nieta del prócer. Los monumentos, hay que admitir, son piedras que cuestan una fortuna y que se olvidarían si no fuera porque estorban el tránsito [...] Supongamos ahora que se trata de celebrar el nacimiento de un poeta. Se puede convocar, para celebrarlo, a un concurso de sonetos, que culmine en un encuentro “internacional” de poetas –con delegados de Nicaragua– que se reunirán bajo un árbol, a la sombra del cual, dicen las malas lenguas, el festejado tuvo amores desafortunados.

Otro procedimiento para conmemorar, que se aplica a cualquier clase de festejados, consiste en sacar los restos del cadáver de donde estén enterrados y hacerlos viajar. Si están en el lugar en el que el prócer murió, se llevan a donde nació, y si no, viceversa. Para esto, se colocan las cenizas en una urna y ésta se traslada con mucha solemnidad en el vehículo más antiguo y más incómodo de que se pueda echar mano –la cureña de un cañón de 75 mm o una carreta de bueyes son casos perfectos–, que recorre la distancia entre las dos localidades históricas con un séquito formado por los burócratas de la región afectada.

Una vez llegada a su destino, la urna se deposita en la capilla ardiente que se ha arreglado de antemano en el sótano de algún edificio público que resulte adecuado [...] en donde permanecerá frente a una lamparita económica que arderá constantemente.

Las ventajas de las capillas ardientes en lugares lóbregos sobre los monumentos son dos: son más económicas y se convierten en el lugar obligado al que se conduce con engaños a la presunta víctima de una broma pesada y se le deja allí encerrada [...] Si

por ejemplo, el prócer murió frente a un pelotón de soldados españoles, es evidente que la conmemoración más adecuada debería ser una matanza de españoles. Esto sería llevar las cosas demasiado lejos. Ningún trabajo cuesta dar a la celebración un sesgo salvador. Puede pensarse en hacer arcos de triunfo sobre todos los caminos que recorrió el fusilado, y adornar cada uno con un letrero que diga: “La ruta del paredón”¹¹².

Aquí, lo primero que hace es desquitarse de los monumentos, pero su crítica no empieza argumentando sino dando por hecho previamente que todos están de acuerdo en que los monumentos son una mala idea, lo cual tiene un ligero sesgo cínico en tanto que critica contundentemente algo que de alguna manera está aprobado por el oficialismo. También raya en la ironía cínica con sus sugerencias sobre la ceremonia del monumento, la de que el cordón se atore (situación irónica y antisoemne) y la de que le de insolación a la nieta del prócer (deseo cínico), que le parecen “lo óptimo”, o sea, lo mejor que podría pasar.

Después el artículo se torna en parodia de los festejos. Hay comentarios irónicos perfectamente visibles, puestos en un primer plano, como declarar una ventaja colocar un lugar que puede servir para hacer una broma pesada, proponer que lo adecuado sea matar españoles o sugerir el título de “la ruta del paredón”. Toda esta parte está llena de ironía, pero ahora lo que hace no es solo ironizar sobre los ejemplos específicos que propone, sino también sobre un tema que está oculto, no explícito (lo cual aumenta la ironía) en el texto: el foco verdadero de su ataque son las maneras con las que los mexicanos armamos nuestros ritos de celebración. Ese es el ridículo que delata aquí. Todas las sugerencias, hechas a modo de “estado de la cuestión”, están destinadas a burlarse del festejo, desde la mención de los delegados de Nicaragua hasta la de los burócratas que acompañan la procesión. .

Otra víctima de nuestro autor es la fabricación mexicana:

Los diseñadores mexicanos, a base de copiar diseños extranjeros, los han ido adaptando a nuestro medio y han logrado darle a los productos nacionales un toque inconfundible.

¹¹² Jorge Ibargüengoitia, “Programa de festejos: Aniversarios cívicos”, en *Instrucciones para vivir en México*, p. 25-27.

Tomemos, por ejemplo, el caso de los autobuses. Los más antiguos, llamados “camiones”, tenían una forma que hacía evidente el hecho de que nunca habían pasado por una mesa de dibujo y que habían sido contruidos por un señor con un martillo, mucha imaginación y gran habilidad manual. Ésta era la etapa artesanal [...] El siguiente paso en la fabricación de autobuses coincide con la entrada de México en la era industrial. Se copiaron autobuses alemanes [...] Lo único que le hacía a uno recordar que estaba en México al viajar en estos camiones era el público, los frenos, las imprecaciones del conductor y el balanceo.

Pero conforme ha pasado el tiempo, se ha producido en nuestra industria automotriz la adaptación al medio, y en la actualidad podemos disfrutar, o mejor dicho, experimentar, los resultados de su mexicanización (en el sentido cultural). Los diseñadores subieron a los camiones y estuvieron, durante años, estudiando la manera de ahorrarle a la empresa constructora un metro de tubo por aquí, un tornillo por allá, agregar un asiento más allá, etc. Esto, conviene agregar, es una actitud típicamente mexicana: el diseñador no está pensando en el usuario, que es el patrocinador indirecto, y que, a fin de cuentas, no tiene más remedio que subirse en lo que pase o irse a pie, sino en su patrón directo, que es el fabricante.

Los autobuses actuales están diseñados para ser usados por un pasajero ideal, que sentado mide cincuenta centímetros, porque de otra manera no le caben las rodillas, y que de pie mide dos metros, porque de otra manera no alcanza el tubo de la agarradera. Siguiendo esta tendencia hasta sus consecuencias lógicas podemos predecir que la próxima innovación consistirá en suprimir por completo las agarraderas. Esto sucederá en el momento en que a algún diseñador se le ocurra que no hay nada más fácil para un pasajero que va a pie, que viajar asido de la oreja del que va sentado.

Pero esta ansia de innovación de los diseñadores industriales mexicanos se nos manifiesta todos los días en mil formas diferentes. Todo lo que antes era de metal, ahora es de plástico, todo lo que antes se abría haciéndole un agujero en la parte superior, tiene ahora una rendija y un letrero que dice: “tire para abrir”, cuando en realidad debería decir: “tire hasta que se rompa y después ábralo con un desarmador; para tapanlo, use un olote o un rollito de papel periódico”¹¹³.

Aquí tenemos ejemplos tanto de ironía verbal como de ironía cínica, según se ha definido hasta ahora (cuando lo “directo” del argumento resulta inesperado). Ironía verbal podemos encontrar al principio del fragmento o en algunas partes posteriores, en las que usa un tono casi alabatorio para describir cosas que evidentemente le molestan (utiliza las palabras “artesanal”, “disfrutar”, y “fácil”). Pero en muchos casos prefiere usar su sarcasmo, como cuando contradice la etiqueta de “tire para abrir”, cuando describe al primer autobús o cuando define al “pasajero ideal”. Hay además críticas, en cierto modo evidentes pero ocultas en tanto no son los comentarios principales, a defectos mexicanos: la forma de manejar

¹¹³ Jorge Ibarguengoitia, “Diseños industriales mexicanos”, en *Viajes en la América ignota*, pp. 125-127.

de los choferes, el comportamiento del público, lo malo de las calles y lo absurdo del “ahorro” que buscan los diseñadores.

En el siguiente artículo continúa con este tema:

El resultado de mis paseos es el mismo que obtengo cada vez que me pongo a analizar este problema. ¿Que no hay tecnología autóctona? Mentira. ¿Que todo lo hacemos de acuerdo con patrones importados? Falso. ¿Que los mexicanos no hemos inventado nada en los últimos cuatrocientos años? Error craso [...] Detengámonos por ejemplo a examinar mi cama. En ella encontramos dos productos que son típicamente mexicanos y que no se encuentran en ninguna otra parte: la sábana que no llega al otro extremo de la cama y la cobija-chorizo que a lo largo le da vuelta y media a la misma, pero que es suficientemente estrecha para que el durmiente no pueda moverse sin descobijarse la espalda.

Pasemos al baño. Allí encontramos varios objetos que son mexicanos como el mole. Tenemos por ejemplo este aparatito que sirve para colocar los cepillos de dientes y el vaso. No es un diseño perfecto, pero ¡qué original! En primer lugar notemos que está hecho de un material tan resistente y está tan bien empotrado que es capaz de soportar el peso no sólo de un vaso de plástico y cuatro cepillos, sino del dueño de la casa en el caso de que se le ocurra ahorcarse colgándose del cepillero –y en el caso también de que sea enano, porque el cepillero está a un metro cuarenta del piso—. Pero observemos el hueco especial para colocar el vaso. Si ponemos el vaso boca arriba, se precipitan las sales carbonatadas que hay en los residuos y manchan el fondo del vaso; si lo ponemos boca abajo el agua sale y se queda estancada en la porcelana, que no tiene desagüe, formándose así un criadero artificial de paramecias, amibas y, en caso de descuido notorio, ajolotes [...] Pasemos ahora a la antecocina. Allí encontramos, en lugar prominente una batería de botellas de licores del país. Cada vez que quiero abrir una de ellas me salgo al patio de servicio con un desarmador, un picahielo y un martillo –herramientas a las que he agregado a últimas fechas un fórceps. Dígame alguien que esto no es típicamente nuestro¹¹⁴.

Lo que hay aquí es una ironía verbal por excelencia. El tono esta vez es inconfundiblemente alabatorio, usado para describir lo que en realidad está criticando. Dice estar dando alivio al escepticismo por la falta de tecnología mexicana, pero su verdadera intención es quejarse de la fabricación nacional. Utilizando la excusa del halago hace pedazos los productos mexicanos. El mismo subtítulo del artículo habla de ironía: “Nuestra tecnología existe y triunfará”.

¹¹⁴ Jorge Ibargüengoitia, “Palabras de aliento: Nuestra tecnología existe y triunfará”, en *Instrucciones para vivir en México*, pp. 71-72.

Finalmente, pongo un fragmento en el que, echando mano de todos sus recursos destructivamente cómicos, parodia el comportamiento de los mexicanos en el transporte público:

Para esperar un camión: hay que hacerlo rezando el rosario, pidiéndole a Dios que no venga muy lleno y que el conductor quiera pararse; al esperar un camión hay que correr constantemente de un lado a otro de la cuadra, tratando de leer los letreros de una hilera de camiones que están, cada uno, oculto por el de enfrente. Hay que observar también el semáforo que rige la circulación de la cuadra, avanzar hacia el centro cuando está en alto, y retroceder hacia la esquina cuando está en siga.

Para abordar el camión: hay que ser el primero en el abordaje, golpeando, si es necesario, a las mujeres reumáticas y a las madres de familia, con prole, que estorban el paso, sin hacer caso de los gritos de “¡ya no hay caballeros en México!”.

A bordo: hay que bloquear la entrada y pagar con un billete de veinte pesos, para obligar al conductor a arrancar antes de que acabe de subir todo el pasaje. Hay que recordar esta máxima: cada pasajero es un enemigo, mientras menos haya, mejor.

Si el camión va repleto, se abre uno paso a codazos, diciendo siempre “con permiso”, hasta llegar a los lugares transversales, en los que no se sabe si caben tres o cuatro. Una vez allí, dice uno “háganme un campito”, y sin esperar más, se sienta uno encima de dos pasajeros y se pone a leer el periódico. En la mayoría de los casos alguna de las dos víctimas se levantará furiosa y se irá. Entonces ya puede uno ocupar cómodamente el espacio libre.

Comportamiento hacia las mujeres: las mujeres en los camiones no tienen ninguna prioridad, ya bastante hemos hecho permitiéndoles votar y hacer ridiculeces en público. Si se acerca una anciana dando tumbos y le pregunta a uno: “Ay, señor, ¿no se compadece usted de mí?”. Hay que contestar: “No”.

Si el camión está vacío y somos jóvenes, muy jóvenes, estudiantes de preparatoria, por ejemplo, hay que subirse en bola y echando relajo. El momento de subirse en un camión representa una de las pocas oportunidades que tiene un joven de expresarse en público y dar a conocer su personalidad. Para lograr esto conviene hablar a voz en cuello y decir frases llenas de originalidad, como: “el de atrás paga, chofer”, correr hacia el extremo posterior del camión, metiéndoles zancadillas a los compañeros y sentarse en el último asiento, forcejeando.

Una vez sentado, si hay compañeros de uno en la calle, conviene gritarles algo ingenioso, como por ejemplo: “Ese Tiras, ¿dónde dejaste al Cejas?”. Si no los hay, conviene quitarle la pluma al más torpe de los compañeros y amenazar con arrojarla por la ventanilla. Esto provoca una gritería y un forcejeo que indefectiblemente producen muy buen efecto en los demás pasajeros. Les levantan el ánimo y les dan ganas de volver a ser jóvenes para echar relajo [...] Si bien hay que conservarlos a distancia, conviene ser amable con nuestros compañeros de viaje. Si uno de ellos ha venido escupiendo, por ejemplo, conviene que al levantarnos para bajar del camión le digamos, a guisa de despedida: “lo felicito. Ha escupido usted catorce veces. Es un récord”. Estas son cosas que levantan el ánimo. Si alguien va viajando en el estribo, en vez de decirle “quítate, estorbo”, conviene decirle: “allí va usted muy bien, no estorba nada” y darle un pisotón¹¹⁵.

¹¹⁵ Jorge Ibarguengoitia, “Artes menores: Viajar en camión”, en *La casa de usted y otros viajes*, pp. 119-121.

La ironía, y de hecho también el sarcasmo, están presentes en todo el texto. Disfrazada de instructivo, lo que tenemos es una descripción paródica y sarcástica de lo que el autor considera el típico comportamiento mexicano. La ironía aquí está usada en tres direcciones: la primera, solo utilizada brevemente en el primer párrafo, tiene como su objeto ciertas circunstancias incómodas; la segunda critica el comportamiento desconsiderado y egoísta de las personas dando indicaciones de portarse de esa misma manera; la tercera también critica el comportamiento de los pasajeros pero esta vez haciendo a los demás los perpetradores con un lenguaje de admiración. El cinismo también se da de dos maneras: en que tanto las propuestas que hace describen un comportamiento cínico y en tanto que su manera de ataque se vuelve tan sangrienta que coincide con lo que se ha definido en este trabajo como “ironía cínica”.

Con todo esto hemos visto cómo, mediante su escritura y su estilo, nuestro autor destruye todos los fenómenos a su parecer autóctonos que encuentra a su paso, ya sean vicios reconocidos u orgullos nacionales detrás de los cuales se esconden más defectos.

Ibargüengoitia y el D. F.

Ibargüengoitia era capaz de escribir en sus artículos igual sobre las cosas más triviales de las que a nadie se le ocurre hablar como sobre los temas nacionales e internacionales más trascendentes. Pero una de sus principales facetas periodísticas fue la de cronista de la Ciudad de México.

A pesar de ser guanajuatense de nacimiento (y la provincia está presente en algunas de sus novelas) en su juventud pasó muchas temporadas en la capital, hasta que al entrar en la Universidad se volvió decididamente ciudadano. En su madurez se instaló en Coyoacán y

permaneció allí casi todo el resto de su vida, excepto por los periodos en los que estaba viajando (huelga decir que en ninguno de esos periodos dejó de escribir sus artículos). Desde su particular punto de vista irónico, toma a la Ciudad, ese gigante “monstruo enfermo”, como lo llama, como uno de los blancos principales de su crítica:

Durante el tiempo que Jorge Ibargüengoitia vivió en la ciudad de México estableció una relación entrañable con ella. A lo largo de numerosas crónicas recreó a sus personajes, retrató sus costumbres y fue testigo atento de los cambios de la metrópoli. De este modo hizo de la ciudad no sólo escenario de fondo de sus narraciones sino de un espacio propicio para la ironía [...] Gracias a la perspectiva irónica la ciudad se vuelve asible en sus contradicciones, deja de ser sólo un espacio material donde la acción de diversos personajes se lleva a cabo, para convertirse en un horizonte de significados, un lugar simbólico donde es posible la existencia del humor como método para desolemnizar los discursos que constituyen lo público¹¹⁶.

De los detalles que observaba en la Ciudad, de los defectos que le encontraba, también desprendía, en su aguda vista, defectos nacionales, volviendo al Distrito Federal un escenario donde se manifiestan nuestras fallas, como la corrupción, la burocracia o la incapacidad. Y, como de costumbre llega a echar mano de su ironía cínica para apuñalar todo fracaso que encuentra. E incluso puede tratarse de un observador a la vieja usanza: “Ibargüengoitia es quizá el último *flaneur* urbano del Distrito Federal”¹¹⁷.

Su primer enfoque de escepticismo y de crítica es incluso histórico, pues considera la Ciudad desde que era la antigua Tenochtitlán, y afirma que “fue, desde el principio, un invento burocrático”¹¹⁸, por estar hecha para “servir de sede a los poderes”. Su segundo enfoque va hacia la “modernización” a la que es sometida la Ciudad, modernización que le parece caótica, ineptamente planeada, desigual y perjudicial para los implicados. En repetidas ocasiones compara la ciudad que conoció en los años 30 y 40 con la que estaba vivien-

¹¹⁶ Jezreel Salazar, “Ibargüengoitia y la ciudad de México: presagios del desastre”, en *Homenaje y Diálogo*, p. 180.

¹¹⁷ *ibid.*, p. 188.

¹¹⁸ Jorge Ibargüengoitia, “Esta ciudad: Llamen al médico”, en *La casa de usted y otros viajes*, p. 108.

do en los 60 y 70, no tanto en un tono de “todo tiempo pasado fue mejor” como de “casi todo tiempo pasado fue menos peor”. La suya es una nostalgia sin romanticismo.

En sus artículos sobre la Ciudad, Iburgüengoitia es, en general, más literal que cuando habla de cualquier otro tema. Sin embargo, se pueden recoger momentos irónicos, donde la ironía sirve para enfatizar su crítica.

Las frases burlonas de Iburgüengoitia a veces parecen ser lanzadas sin blanco específico. Tomemos el siguiente fragmento:

La primera impresión que tiene uno al llegar a la ciudad de México es que no existe. Quiero decir, que pasa un tiempo antes de que uno se dé cuenta de que lo que ha estado viendo a las orillas de la carretera son casas. Aunque el resultado es el mismo, la impresión varía según el punto cardinal por el que esté uno aproximándose a la ciudad. Si llega uno por el sur, parece que lo que está uno viendo son formaciones geológicas; si es por el poniente, parece que son objetos ornamentales, parecidos a unas casas, que han sido puestos allí con la intención de engañar a un posible invasor y hacerle creer que allí hay casas; por el norte, las casas parecen montones de salitre. Pero es una impresión momentánea. Al cabo de unos cuantos kilómetros, empiezan a aparecer las primeras loncherías, los puestos de tacos y las vulcanizadoras.; entonces comprende uno que ha llegado a la ciudad de México¹¹⁹.

La ironía cínica está presente por las comparaciones degradantes, en tanto desmiente orgullos preconcebidos sin preocuparse por ofender (a quien viva en los distintos puntos cardinales). Pero, más profundamente, dentro de esta observación está velada la concientización de que las periferias están mal construidas y le parecen inhabitables.

Continuando, en el mismo artículo, con esta descripción general de la Ciudad, pasa a la queja de las transformaciones históricas y dice lo siguiente:

Antiguamente, la claridad de la nomenclatura de nuestra ciudad era objeto de orgullo para algunos mexicanos [...] Pero pasó el tiempo, la ciudad fue creciendo y en su crecimiento se fue comiendo, como una amiba gigantesca, a los pueblos que la rodeaban. Y ocurrió que no había pueblo que no tuviera una avenida Juárez, una calle Reforma, y otra Hidalgo. En consecuencia, en la actualidad existen en la ciudad de México 44 calles, avenidas y callejones, sin relación entre sí, que se llaman Juárez. Esto, sin contar con la calle de “los” Juárez, que eran otros Juárez, los pintores, que está en Mixcoac.

¹¹⁹ Jorge Iburgüengoitia, “Esta ciudad: ¿En dónde estamos?”, en *La casa de usted y otros viajes*, p. 110.

Pero este no fue el único problema, porque la ciudad no sólo se comió a los pueblos, sino que también se fue por los llanos, y hubo que hacer nuevas calles y ponerles nombre.

Aquí hemos llegado a un punto que siempre me ha provocado gran curiosidad: ¿quién inventa los nombres de las calles y bautiza las colonias?

En algunos casos es más o menos sencillo saber quién inventó los nombres. Por ejemplo, supongamos que hay una colonia que se llama San Mateo Tepetlapa; es lógico suponer que había una comunidad que se llamaba Tepetlapa desde la Edad de Piedra, a la que llegó, recién pasada la conquista, un misionero español y dijo:

—¡Nada de Tepetlapa, se llama San Mateo!

Por eso se llama San Mateo Tepetlapa, para hacer gala de nuestra cultura mestiza, y nuestro talento para quedar bien con todos.

Pero hay otros casos más extraños. ¿Por qué, por ejemplo, en la colonia Lago, las calles no tienen nombres de lagos? Hay una avenida Lago, y paralelas a ella, una calle Don Juan y otra Don Luis. ¿Por qué no le ponen a la avenida Lago, Ciutti, y a la colonia Zorrilla?

A veces se me ocurre que los nombres de las calles los inventó la esposa cursi de algún contratista.

—¡Ay, y a otra ponle “Gladiolos”! Con lo que me gustan a mí los gladiolos. Y “Azucenas”, ¡tan lindas que son!

Otras calles, parece que fueron bautizadas por un bromista.

—Esta calle se va a llamar Modesto Sánchez Bergamota.

—¿Por qué?

—Porque me da la gana.

A veces la inspiración del padrino se seca a la mitad del trabajo, la colonia Minerva es un ejemplo: hay calle Agricultores, calle Mieses, calle Cereales, etc. y de repente, Sur 125, Sur 126, etc. Así no se llega a ninguna parte¹²⁰.

Aquí no hay realmente algo que pueda llamarse ataque, es sólo la descripción de una circunstancia que ha llegado a causar ciertas molestias al habitante. Lo interesante es que remata divagando con una especie de reflexión sobre los nombres de las calles: de nuevo, sus ideas resultan cómicas porque tienen un toque inesperado y un poco descarado. Al hablar de la “esposa cursi”, se burla de un cierto estereotipo sin importarle que alguna lectora se sienta aludida y ofendida; al mencionar la posibilidad de que un bromista bautice la calle “porque así le da la gana”, está diciendo algo inesperado, pero también en cierta forma agresivo. En realidad aquí se mete en un tema intrascendente, pero que le sirve muy bien para ejercitar su estilo irónico-cínico. Por último, vemos su supuesta nostalgia expuesta brevemente, en cuanto menciona la claridad con que se podía orientar uno en la antigua

¹²⁰ *ibid.*, pp. 111-112.

ciudad, más pequeña, mencionando que “era fuente de orgullo” (en otros artículos también menciona un antiguo orgullo, contrastándolo con las “pocas ganas” de seguir viviendo en la Ciudad que veía en su presente), y comparándola con una amiba (esta idea también la repite en otros artículos). Entre líneas, ve el crecimiento desmedido, y desde su punto de vista caótico, de la ciudad como algo negativo.

Uno de los problemas latentes de la Ciudad de México es el del aumento de la población y el problema de las viviendas. En el siguiente artículo dice:

Pero tampoco hay que ser tan derrotistas. Vamos a pensar en soluciones. Una de ellas sería prohibir la entrada a nuevos aspirantes a habitante de la Ciudad de México, o declarar esta condición fuera de la ley. Establecer un campo de concentración en el Lago de Texcoco, meter allí a todos los aspirantes y dejarlos que se mueran de sed. Ésta es la solución más barata. Pero es inhumana. No se puede poner en práctica.

Se me ocurre otra más positiva. El servicio social, que el arquitecto Torres Martínez propone para los estudiantes de arquitectura y de otras carreras, hacerlo extensivo a otros sectores de la población, como por ejemplo, a los banqueros, a los empresarios y a los propietarios de bienes raíces.

Este servicio social sería muy sencillo. Nada molesto. No tendrían que irse a trabajar a la Selva Lacandona, ni nada por el estilo. Consistiría en lo siguiente: así como los estudiantes dan un año de trabajo al hacer su servicio social, los banqueros y los empresarios destinarían un año de sus utilidades a la creación de un fondo para construir un Albergue Popular Provisional. Los propietarios de bienes raíces cederían parte de sus terrenos para la construcción de dicho Albergue.

Los aspirantes a habitante de la Ciudad de México llegarían con sus familias al Albergue y vivirían en él un año, que se consideraría como año de prueba. Los que al cabo de ese año no fueran capaces de establecerse en un trabajo y pagar una renta, se les dotaría de un pasaporte, con visa norteamericana (porque Estados Unidos también haría servicio social) y se les enviaría a vivir en Amarillo, Texas. Creo que de esta manera se resolvería el problema. Además, vivir en esta ciudad no sólo sería una necesidad, sino que tendría algo de meritorio¹²¹.

El artículo completo comienza hablando de los pronósticos, hechos cerca del momento en el que escribió esto, que había oído sobre el aumento de la población por migración hacia dentro de la ciudad y la falta de viviendas decentes en existencia para alojar a todos los recién llegados, además de mencionar la falta de viviendas para alojar a los que ya habían emigrado para ese entonces.

¹²¹ Jorge Ibarguengoitia, “Esta ciudad: Negro destino”, en *¿Olvida usted su equipaje?*, Planeta, México, 2016, pp. 11-12.

Para empezar vemos, una vez más, sugerencias irónicas: despectivas e “inhumanas”, que están puestas en modo burlón, y que en realidad se efectúan como una manera velada, indirecta, de exponer lo grave de la situación de las viviendas. En ese sentido el pasaje es irónico; es también irónico-cínico en el sentido de que, siendo inhumanas, son inesperadamente violentas contra lo que se debería de decir. Lo que dice a continuación parece un planteamiento posible, pero acaba mandando a los no aptos a Texas y exigiendo que los EEUU participen en solucionar el problema. Con esta última sugerencia irónica deja claro que no hay soluciones realistas a la vista, y, juntándolo con el resto del artículo, que las autoridades no saben qué hacer. Ante todo, hace gala de la mala voluntad que les tienen los capitalinos a los recién llegados, causen o no problemas, y entre los que él mismo se incluye.

Veamos ahora otro artículo, que consiste en la narración de una salida al cine con algunas reflexiones añadidas:

Íbamos caminando por Durango y yo le explicaba a mi mujer:

–Hubieras visto esta colonia hace veinte años. Era un lugar de primera, puras casas elegantes. En esa esquina, donde ahora es estacionamiento y rascacielos de consultorios, había una huerta.

El único vestigio que queda del pasado es un lugar que siempre me intrigó, que se llama “La Palma”, que tiene una palmera colgando de la fachada, que parece cabaret y es en realidad tintorería.

Pues allí, frente al hospital, cerca del Centro Social Vanguardias –que fue el imperio del padre Pérez del Valle– entre los camiones de regreso de Toluca, se exhibe *Contacto en Francia*, una película que parece hecha bajo los auspicios del Departamento del D. F., para levantarnos el ánimo a los habitantes de la ciudad de México.

En efecto, después de ver los habitantes de Brooklyn, los pasajeros de “Violeta” me hubieran parecido dioses griegos, y después de las calles que vi en la película, la de Durango me pareció en perfecto estado de conservación.

Pero, francamente, el saber que otras ciudades están en un estado de descomposición más avanzado que la nuestra es un consuelo muy ramplón.

El problema de México es muy serio y al mismo tiempo, de una simplicidad notable. Los que tienen medios se ven obligados a comprar coche: unos para no dar lástima y otros para no pasar tantas molestias –con coche se pasan molestias, pero son menos vejatorias–. Bueno, pues una vez que todos los que tienen modo compran coche, la ciudad se descompone, porque no fue proyectada para que cada habitante ocupe ocho metros cuadrados. Imaginemos, por ejemplo, lo que es proyectar un cine: por cada cinco butacas, hay que dejar espacio para estacionar un coche.

Pero volviendo atrás, ¿por qué compra coche la mayoría de la gente? La razón número uno es porque los servicios públicos son deficientes. Se sube usted en un camión, paga 50 centavos y le dan exactamente 50 centavos de servicio: es decir, lo llevan, pero como si fuera res al matadero¹²².

Primero hace algunas menciones al pasado, con ese tipo particular de nostalgia del que ya hablé. Como es su costumbre, y siendo ironista, no pierde oportunidad de mencionar algo que le parece inconsistente o incoincidente, como el hecho de que la tintorería le parezca cabaret. Esta observación también tiene algo de cínica, pues decir que parece cabaret puede parecer desconsiderado para las opiniones de los implicados.

Después de pasar ciertas aventuras (narradas en el resto del artículo) para llegar al cine, teniendo la mente en la calle y en los transportes públicos, le toca ver una película donde esos mismos elementos son aún peores de los que presencié en ese día. La idea de sentirse mejor en comparación con los que están peor que uno lleva directamente a la ironía para expresarse, haciendo de un halago (los dioses griegos y el perfecto estado de conservación) una crítica; la comparación en realidad produce un efecto contrario al que se supone, pues le ayuda a denunciar las cosas que no le parecen sin denunciarlas realmente. Eso acaba de aclararse cuando indica que esa “alza de ánimo” por comparación resulta “ramplona”. Para finalizar, ironiza sobre el transporte: la alegoría de los “50 centavos de servicio” y la comparación de “llevar la res al matadero” están hechas también para expresar sin decirlo literalmente una opinión negativa sobre los servicios públicos.

En este último fragmento menciona ya el asunto de los automóviles. Este es un tema recurrente en sus textos sobre la Ciudad de México. Hablando además siempre desde el punto de vista del peatón (dice “soy peatón no sólo irredento sino consumado”¹²³):

¹²² Jorge Ibarguengoitia, “¡Servicios!: La lucha contra el dragón”, en *La casa de usted y otros viajes*, pp. 126-127.

¹²³ Jorge Ibarguengoitia, “Los misterios del Distrito Federal: Sólo para no peatones”, en *La casa de usted y otros viajes*, p. 131.

[...] los automóviles son tan caros, tan útiles, y estorban tanto, que se han apoderado no sólo de la calle, sino del concepto de tránsito [...] Esta manera de pensar no es solamente errónea, sino antidemocrática. Los que van en coche son muchos, quizá demasiados, pero los que vamos a pie seguimos siendo muchos más¹²⁴.

Esta perspectiva hace aún más duras sus críticas al respecto. Eso se suma además a su nostalgia, pues ve, como veremos más adelante, que las remodelaciones de la ciudad están siempre enfocadas a hacer más espacio para los vehículos, lo cual va en detrimento del espacio para el peatón. Sus planteamientos generalmente van en contra de la modernización de la Ciudad de México, según él la ve: una modernización fallida, mal planeada y hasta contraproducente. No falta en ello un ligero toque de su cinismo, pues va en contra de la opinión oficializada y, es de suponer, para muchos aceptada de que la ciudad se mejora y el progreso va por buen camino. Más adelante nos toparemos con sus ideas sobre el concepto mexicano de “progreso”.

En el artículo recién revisado hace también un apunte breve pero interesante, que de hecho menciona en otros textos: afirma que mucha gente compra un coche no por necesidad sino para “no dar lástima”; lo que da a entender es que el automóvil es, además de todo, un símbolo de estatus social, y eso atrae a muchos más que su utilidad. Lo relaciona entonces con un complejo de la clase media.

En este siguiente artículo habla más sobre el problema:

El desgaste producido en las condiciones propias de la gran ciudad y por lo ilógico de la distribución de las habitaciones y trabajos, se eleva a la décima potencia, debido a la siguiente circunstancia: los conductores de vehículos de la ciudad de México son, todos sin excepción, homicidas. Los son en potencia o en acto; por imbecilidad, incapacidad, distracción, vocación, talento adquirido o necesidad.

Según los peritos, México es, con las posibles excepciones de Roma y Tokio, la ciudad del mundo donde peor se maneja.

Las causas de este fenómeno son de dos especies, unas impalpables, de las que sólo se puede hablar en términos hipotéticos, y otras perfectamente claras y evidentes.

¹²⁴ Jorge Ibarguengoitia, “Ir a pie: ¿Para qué sirven las banquetas?”, en *La casa de usted y otros viajes*, p. 135.

Los motivos desconocidos de por qué los mexicanos manejan tan mal tienen una manifestación que fue apuntada muy certeramente por uno de los más grandes antropólogos que han visitado nuestro país.

Se paró en una esquina a ver pasar vehículos, y me dijo:

—Oye ¿pero qué les pasa? Manejan unos contra otros.

Es un poco aterrador, pero es cierto: todos quieren pasar antes. O, mejor dicho, todos tratan de pasar antes, aunque no quieran. Y si no intentan pasar antes, se quedan parados en una esquina el resto de sus días.

¿Por qué esta lucha despiadada en un pueblo que es, de por sí, tan pacífico? Complejos sexuales, frustraciones, instintos atávicos... Vaya usted a saber. El caso es que un mexicano se sienta frente a un volante y cambia de personalidad [...] Pero hay otras causas de la mala circulación en nuestra ciudad que son perfectamente evidentes. Una de ellas, la más notoria, es que el Departamento de Tránsito no se ha dado cuenta de que existen peatones.

Hay la posibilidad, que de ser cierta sería todavía peor, de que el Departamento de Tránsito se haya dado cuenta de que existen peatones, pero los considere desechables, por pobres, o bien, estorbos a la circulación que deben ser eliminados, o bien, carne de cañón.

El caso es que, en lo que al Departamento de Tránsito respecta, el que cruza la calle, lo hace por su cuenta y riesgo, por donde Dios le dé a entender (siempre y cuando no pise el pasto del camellón), o, en el mejor de los casos, subiendo y bajando una escalera de seis metros de alto¹²⁵.

Aquí deja muy clara su opinión sobre el tránsito. Pero más que nada, su opinión sobre los conductores, o por lo menos sobre los conductores mexicanos. El problema del tránsito, para él, no son solo los coches sino que se extiende a quienes los manejan: ellos empeoran la situación.

La designación de “homicidas” para los conductores es de inicio irónica-cínica: cínica porque ataca sin pudor ni respeto, e irónica, porque es una frase que con su exageración expresa una verdad oculta: los conductores no son en principio literalmente homicidas, pero por como manejan pareciera que están dispuestos a atropellar a quien sea.

Después indica que una de las consecuencias problemáticas de esto es que todos los conductores tratan, violentamente, de “pasar primero” a costa de los demás. Pero dice otra cosa: lo hacen aunque no quieran, porque si no sencillamente no pasan, y antes añade que los conductores pueden ser homicidas por necesidad; y también esto tiene un mensaje entre

¹²⁵ Jorge Ibargüengoitia, “Esta ciudad: El coche de los asesinos”, en *La casa de usted y otros viajes*, pp. 114-115.

líneas: esta nefasta actitud al manejar se vuelve “necesaria” para alguien en el momento en que todos los demás la adquieren, ya que solo de esa forma se puede enfrentar a los otros. Es decir, el “cambio de personalidad” es consecuencia de la mezcla de la condición de conductor con algún factor misterioso de la mentalidad mexicana.

Finalmente, vuelve al problema de que los encargados de resolver la circulación no parecen pensar en los peatones. De nuevo elabora una lista de posibilidades irónicas-cínicas (son inesperadas, expresan algo distinto a lo que dicen literalmente y se muestran agresivas contra lo que se supone que debe ser), la cual tiene como función expresar veladamente que no hay una visión justa y realista del tránsito, puesto que no toma en cuenta al tránsito peatonal. Su última observación, “siempre y cuando no pise el pasto del camellón”, es una gran ironía, reveladora de la incongruencia: el Departamento no toma en cuenta a los peatones más que para prohibirles algo.

En suma, está denunciando a través de la exageración irónica una actitud de “todos contra todos” que se da en las calles vehiculares de la Ciudad de México, entre el comportamiento que tiene el mexicano al volante y una visión de la autoridad que toma en cuenta exclusivamente al automovilista.

El tema de la circulación aparece nuevamente en el siguiente artículo, donde añade el problema de la contaminación:

Supongamos que los martes se prohíbe el tránsito de vehículos cuya placa termina en 3 o en 5 –o suma 14, o contiene la letra Q–. Va a ser necesario, como apuntó el mismo funcionario, crear un nuevo cuerpo de policía para vigilar la aplicación de esta medida. Ya tenemos un rayito de esperanza: ¡cuántas personas que actualmente no dan golpe, a quienes sus familias tildan de buenos para nada, son, sin embargo, capaces de distinguir el 3 del 4, de sumar hasta catorce y de tocar un silbato! Para éstos se abre una nueva vida más digna y más creativa que la que han llevado hasta la fecha.

Pero supongamos que un clamor público de que vamos derecho a un estado policial impida la aplicación de esta regla tal como la he descrito, y que se decida, en vez de crear un nuevo cuerpo de policía, “organizar al pueblo a nivel cuadra”. Se harán juntas de vecinos y se procederá a elegir, por votación democrática, un jefe de manzana, quien será el encargado de determinar –de acuerdo con las necesidades de los vecinos–

cuáles coches se quedan parados qué días, y cuáles están de guardia al servicio del vecino que los necesite. ¿No es esto el umbral de una nueva hermandad?, ¿de una nueva autoridad?, ¿de una nueva vida?

Ahora bien. Supongamos que en vez del estado policial o la organización a nivel de cuadra, se opta –como en los países adelantados– por declarar un alto total en el D. F. durante sábados y domingos.

La solución está a la vista y es muy agradable. Todos los que tienen coche se van el viernes en la tarde a Cuernavaca, pasan el fin de semana haciendo carreras de coches y no vuelven a la ciudad hasta el lunes en la mañana, según sus urgencias. Los que no tienen coche pasarán sábado y domingo jugando a la pelota en la avenida Juárez.

¿Se puede pensar en fines de semana más creativos?

Pero aunque cada una de estas alternativas ofrece grandes ventajas y magníficas oportunidades a millones de personas, hay que reconocer otro lado.

Si de lo que se trata es ahorrar combustible, es más sencillo, creo yo, vender, en vez de gasolina, algo que huela a gasolina, que cueste lo mismo que la gasolina, pero que sea en realidad otro compuesto: cera de Campeche adulterada, por ejemplo. De esta manera se producirá la descompostura del coche, o bien en el conductor, el aborrecimiento de la locomoción motorizada. De esta manera todos llegaremos, por un camino más directo –aunque a pie– a una nueva vida¹²⁶.

Las posibilidades que ofrece son, según dice al inicio del artículo, para combatir el pesimismo que surge al pensar en la contaminación del aire y el ahorro de combustible. El contraste se da en sugerir que todas las soluciones posibles al problema traen consigo oportunidades para mejorar. En este fragmento va de lo irónico a lo irónico-cínico, ya que llega un punto en que la intención irónica se vuelve obvia. El uso del tono esperanzado y optimista, tan infrecuente en él, nos lleva a deducir el sarcasmo detrás de sus palabras.

Pero la ironía máxima de este texto está al final, cuando sugiere vender cera de Campeche adulterada. Esta propuesta de acabar con los automóviles o con las ganas de ser automovilista es una manera de decir dos cosas: una, que el problema no tiene una solución completa, y dos, que al fin y al cabo lo mejor que se puede hacer para “iniciar una nueva vida” es deshacerse de los coches, que son (para él) el verdadero problema. La ironía aquí está en el ocultamiento detrás de la sugerencia exagerada o cómica.

¹²⁶ Jorge Ibargüengoitia, “Humor negro del 74: Preludio de una nueva vida”, en *La casa de usted y otros viajes*, pp. 117-118.

En su calidad de peatón, piensa también en la circulación peatonal; eso trata en el siguiente artículo, que sigue la misma línea que los anteriores:

De las [banquetas] que veo más seguido, por mi casa, puedo decir lo siguiente: no sé de qué ancho eran las de la calle Centenario, en Coyoacán, cuando ésta fue inaugurada por Porfirio Díaz, pero ahora se ven los truenos que se plantaron en esa ocasión a medio metro de la guarnición de la banqueta actual. Lo cual quiere decir que con la compostura que le dio a esta zona el licenciado Uruchurtu les quitaron a los peatones un trecho para cedérselo a los coches y dejó la calle que nos ocupa de la siguiente manera: una banqueta de ochenta centímetros, una hilera de truenos clavada en el asfalto, la parte de la calle por donde pasan los coches y otra acera de ochenta centímetros.

Para lo que había de gente por estos rumbos hace quince años, esta disposición no era del todo mala. Por la banqueta podía circular, tranquilamente una mujer gorda con una canasta, aunque hay que admitir que si se encontraba a alguien en su camino, el segundo transeúnte se veía obligado a meterse en un zaguán de las casas vecinas o bien salir de la banqueta y quedarse entre los árboles.

Lo malo es que el estrechamiento de las banquetas llegó acompañado de otros acontecimientos inherentes al progreso, tal y como se entiende este concepto en nuestro país.

El primero de estos acontecimientos fue el alumbrado ultramoderno, que fue una de las obsesiones del licenciado Uruchurtu y lo que le valió que en un discurso que me tocó oír por necesidad, alguien comparara la ciudad, tal y como la había dejado ese regente, con la Vía Láctea.

El caso es que con el alumbrado ultramoderno se abrió un boquete cada cincuenta metros de la banqueta de la calle de Centenario, y allí se colocó una pirámide de fierro que es la base de un farol muy alto, que tiene en la punta una lucecita que brilla como luciérnaga y parece que nos quiere decir: “Aquí estoy, aquí estoy”.

A partir de ese momento, la mujer gorda que antes caminaba tranquilamente por la calle de Centenario con su canasta, tuvo que hacerlo en zigzag: a ratos con los dos pies en la banqueta y a ratos, con uno en la banqueta y otro en el asfalto, y a ratos con uno en la banqueta y otro en el zaguán.

Pero esto no fue más que el principio. El progreso siguió y actualmente, en la calle que nos ocupa, se han colocado, en la banqueta, una hilera de postes de madera, que llevan los cables de trolebús, otra hilera de postes, que no lleva nada, pero que en sus tiempos llevaron otros cables de trolebús, otra hilera de postes que lleva corriente eléctrica a las casas particulares. Afortunadamente, la mujer gorda de la canasta ya no pasa por allí: fue atropellada por un camión en uno de sus zigzags.

Por alguna razón muy extraña, al hacer la compostura, las banquetas que Uruchurtu le rebajó a Centenario se las agregó a la primera cuadra de Francisco Sosa, que es otra calle de por aquí.

Esta cuadra, recién arreglada, quedó tan elegante que por su banqueta podían transitar con amplitud catorce niñas cogidas de la mano, una familia mexicana típica, con toda su impedimenta o, en su defecto, una partida de borrachos.

Esto fue antes de que los que habitan en esa calle descubrieran que una banqueta ancha es un estacionamiento tan bueno como cualquier otro. Antes, también, de que otro

regente decidiera plantar árboles en esta zona, mandara abrir hoyos, y después cambiara de opinión¹²⁷.

Ya había mencionado en otra parte lo injusto que le parece que los encargados reconstruyan la ciudad pensando sólo en los conductores y no en los peatones. En este caso expone cómo afectan las actualizaciones de la ciudad (no solo en materia de vialidad) a los últimos. A eso se agrega su humor negro al inventar una mujer gorda con una canasta para definir el ancho de la banqueta y luego decidir atropellarla.

Sin embargo, lo más sustancial de este fragmento es su mención de “progreso”: dice “tal como se entiende ese concepto en nuestro país” y luego enlista las obras de adelanto que se realizaron sobre la banqueta, que siempre fueron en detrimento de las personas que circulaban por allí. Todo esto es muy revelador: él ve el avance y la modernización como una modernización “a la mexicana”, que le parece hecha de un modo caótico (errático, aglutinado y desconsiderado), desigual (beneficia a unos y afecta a otros) e inepto (solo una mala planeación puede dar semejantes resultados). Todo esto queda expuesto de manera irónica al decir que “el progreso, tal como se entiende en nuestro país, continúa”.

En cuestiones de infraestructura en general, Ibargüengoitia no perdona los errores que constantemente se cometen. Estos errores parecen darse por torpeza y mala planeación o también por la tendencia a desatender a las clases más perjudicadas, y no solo en el caso del transporte individual. Habla de eso en muchos artículos, reflexionando en cómo la gente se ve obligada a transportarse colectivamente, como lo hace en este fragmento en que habla del metro:

Los defectos que tiene el Metro son los mismos que tiene el sistema político mexicano. Es mitad servicio público y mitad monumento al regente que lo mandó hacer. A esta segunda característica se debe que se haya quedado, no a medias, sino en el esqueleto. Los sucesores no podían terminar el monumento a otra persona. Han dicho, por un lado

¹²⁷ Jorge Ibargüengoitia, “Calles del Distrito Federal: Pásenle a la banqueta”, en *¿Olvida usted su equipaje?*, pp. 34-35.

que es incosteable, y por otro que no pueden aumentar los pasajes, porque con eso se perjudica a mucha gente pobre. Yo creo que el peor perjuicio que se le puede hacer a la gente pobre es mandarla al trabajo en un camión que tarda veinte minutos en pasar, va repleto, y tarda hora y media en llegar a su destino. Eso en día que no hay embotellamiento¹²⁸.

El comentario irónico-cínico consiste en declarar que los servicios públicos son en parte monumentos a los políticos, lo cual es inesperado e inesperadamente abrupto; es una crítica osada, antioficialista, alejada de toda censura.

Quedan mencionadas aquí, ocultamente, tendencias a la megalomanía, el egocentrismo y la falta de cooperación y continuidad que se da entre los gobernantes. Otra vez, una crítica a la manera de evolucionar de la ciudad. También menciona, de nuevo, las consecuencias desiguales de dicha evolución.

En este otro artículo, habla de unas obras de “embellecimiento” que estaban a punto de realizarse en Coyoacán en aquel momento:

Mi primera reacción fue, que si van a embellecer Coyoacán, no va a costarles ningún trabajo, porque está horrible. La segunda es de sorpresa, la que me da que las autoridades del D.F. hayan tardado el mismo tiempo en decidir que era necesario embellecer Coyoacán, que yo en descubrir que lo que hacía falta era más bien afearlo.

Pero vamos a ver antecedentes. Cuando compré terreno en Coyoacán una de las virtudes que le encontraba al lugar es que parecía pueblo fantasma. Era de difícil acceso, estaba vacío, y era suficientemente feo para que a nadie se le ocurriera convertirlo en una meca turística. La iglesia ya la habían echado a perder, el palacio de Cortés ni fue de Cortés ni tuvo nunca ningún chiste, había una nevería, cuatro boticas, una taquería, un tranvía –que según los habitantes de la región “hacía un ruido infernal”–, las calles eran lodazales y en las noches estaban como boca de lobo. Una vaca se comía, con regularidad, el acanto del portal de mi casa. Un lugar ideal para vivir.

Conviene subrayar que el esperado embellecimiento será el quinto que se opera en esta hermosa zona colonial en dieciséis años y que los efectos obtenidos con las cuatro anteriores son tan extraños que nadie, ni un genio, hubiera sido capaz de preverlos. En primer lugar, se convirtió esto en una región superpoblada con todos los agravantes del caso: conflictos de tránsito, en las calles por donde no pasan camiones enormes hay niños jugando fútbol –que además, corren tras la pelota gritando como *El Mago Septién*– en las gradas de la iglesia hay una costra de cochambre inerradicable, rastro de las fritangas que se come la gente que viene a orar, cada vez que sale uno a la calle se encuentra uno un nuevo puesto de tacos al pastor, etcétera.

¹²⁸ Jorge Ibargüengoitia, “Memoria de tres regentes: Para que se acuerden de mí”, en *La casa de usted y otros viajes*, p. 167.

Esta sobrepoblación de Coyoacán no es sólo natural de una región que crece, sino que tiene dos causas completamente artificiales: una es que gracias a los anteriores embellecimientos, la gente que no tiene nada que hacer en otros lados viene aquí a comer tacos –y manchar las banquetas– y a tomar nieve –y manchar las banquetas– porque Coyoacán “está muy bonito” y “es típico”. Es el San Ángel de los pobres. La otra causa es que por defectos del transporte urbano, o por incompetencia del Departamento de Tránsito, hay gente que ni vive aquí, ni trabaja aquí, ni tiene ganas de venir aquí y, sin embargo, tiene que pasar por Coyoacán y cambiar de camión en Coyoacán para ir y venir de su trabajo.

Por todo lo expuesto, había yo llegado a la conclusión de que lo que necesita Coyoacán realmente es cerrar el mayor número posible de entradas y poner, en el mero centro, en donde antes era el cine Centenario, unos chiqueros que apesten la región y ahuyenten a los paseantes y a los taqueros y a los neveros, etcétera¹²⁹.

Ante todo, aquí está poniendo a la vista su opinión, que inesperadamente va en contra de la opinión popular. Es decir, se da una ironía cínica. Lo primero que hace es declarar que Coyoacán “está horrible”; esto contrasta completamente con lo que, según se dice más abajo, piensa el resto de la gente, que va a Coyoacán precisamente porque “es muy bonito”. Una opinión contraria a las convenciones que está expresada sin tapujos.

En el siguiente párrafo, describiendo Coyoacán tal como era cuando se mudó allí, continúa haciendo lo mismo: expone su visión de “un lugar ideal para vivir” que resulta contraria a las expectativas convencionales: prefiere un lugar feo, vacío, casi incomunicado y que no es muy ciudadano (hay lodazales y vacas), todo ello con tal de no tener que lidiar con multitudes y turistas. Y su explicación es cruda e inesperada.

Pero aparentemente el sitio se convirtió, a fuerza de las obras de supuesto embellecimiento, justamente en lo que él quería evitar: una “meca turística”. Gracias a esto, según nos sigue relatando, el lugar se superpobló creando inconvenientes y desilusiones, echando a perder el efecto anterior. Aquí se lanza en contra de los visitantes de la iglesia, los niños que juegan fútbol y los que van a comer tacos. En resumen, contra casi todos sus vecinos. Pero también se lanza contra los turistas, y se queja, como de hecho ya había hecho antes,

¹²⁹ Jorge Ibarguengoitia, “Los misterios del Distrito Federal: Cirugía plástica para Coyoacán”, en *¿Olvida usted su equipaje?*, pp. 55-56.

de los puestos de tacos y neverías, que surgen como consecuencia de los paseantes. El siguiente problema son las multitudes que tienen que transbordar en la zona, y se lo adjudica al Departamento del D. F., a los que, nuevamente, no pierde ocasión de delatar en el absurdo que resulta de sus acciones.

Su principal queja es con los que van a pasear a Coyoacán, a quienes desde un principio tacha de ociosos (“la gente que no tiene nada que hacer en otros lados”). Pero, principalmente, ataca las razones por las que van: porque “está muy bonito y es típico”; al expresarlo de esta manera, incluso con el uso de las comillas, está prácticamente llamando a los paseantes cursis. En este párrafo vemos de nuevo la ironía, en tanto manera de expresar algo veladamente, usada para criticar; y la acompaña el cinismo de declararse abiertamente y sin paliativos en contra de la opinión popular, incluso atacándola directamente.

Teniendo una visión tan pesimista de la Ciudad (como de todo) llama la atención que no sugiera mudarse. Al respecto dice:

En este punto del razonamiento alguien me dirá, con toda razón, si sabremos que habrá que arrasar la ciudad, ¿por qué no la arrasamos de una buena vez y nos vamos a vivir a otra parte?

La respuesta es muy sencilla: por inercia. No nos hagamos ilusiones, dentro de diez años vamos a estar aquí todos metidos, pero repelando¹³⁰.

Ibargüengoitia, dentro de su gran escepticismo, apoya la idea de que el hombre es un animal de costumbres, pero sobre todo sabe poner los pies sobre la tierra cuando tiene que hacerlo, incluyendo cuando tiene que contestar una pregunta tan imprudente como “¿Por qué no te vas?”. En el siguiente artículo, después de hacer una descripción de cómo sería la vida en otras ciudades, tomando París como ejemplo, y de contrastarla con las opciones que ofrece México (hace mención, entre otras cosas, de la cartelera de espectáculos y la película *Las momias de Guanajuato*), concluye esto:

¹³⁰ Jorge Ibargüengoitia, “¿Trece millones?: La ciudad del mañana”, en *¿Olvida usted su equipaje?*, p. 37.

Pero supongamos que decidimos emigrar a París. Hay que instalarse. Hace falta un departamento. Lo mejor será comprar un condominio de los que están construyéndose para estrenarlo y no tener que vivir entre mugre de extranjeros. Vamos a ver. Abrimos la página “Le Monde Immobilier”. Aquí hay algo que parece muy interesante. El condominio se llama “Las Terrazas de Chaillot”. La estación Trocadero del Metro queda cerca. Perfecto. Vamos a ver: 6,200 francos, que son 15,500 pesos aproximadamente. ¿Qué será esto? ¿El precio del departamento? Imposible, sería muy barato. ¿El enganche? No. ¡Es el precio de cada metro cuadrado! Podemos escoger desde un estudio, hasta tres piezas. Nos prestan hasta el setenta por ciento del valor y nos dan quince años para pagar. Podemos comprar una recamarita mínima de tres por treinta... Nos costará aproximadamente ciento cincuenta mil pesos. Ah, y un closet... otros 15 mil. Ah, se nos olvidaba, un baño minúsculo: de dos por uno: otros treinta y un mil pesos. ¿Cuánto llevamos? Ciento noventa y... ¿En qué cine daban *Las momias de Guanajuato*?¹³¹

Es una manera irónica (un final inesperado que oculta su mensaje en otras palabras) de decir: nos quejamos, pero nunca vamos a irnos. Es mejor resignarse, o por lo menos eso preferimos (lo curioso del caso es que Ibarguengoitia sí emigró a París, por lo menos una vez en su vida).

Todo lo dicho y expuesto hasta ahora no solo exhibe el estilo del autor, sino que demuestra las características de su personalidad mencionadas al principio, y de las cuales nace dicho estilo. También se ha ejemplificado, una y otra vez, cómo usa su ironía cínica para criticar al país, a su sociedad y a la forma de ser de la gente.

¹³¹ Jorge Ibarguengoitia, “Una ciudad para vivir: ¿Y si estuviéramos en París?”, en *La casa de usted y otros viajes*, p. 194.

Capítulo IV

El fondo del humor

Ibargüengoitia busca desacralizar todo orgullo nacional, patriotero u oficialista, denunciando el falso o ingenuo optimismo propio del subdesarrollo cultural.

Jezreel Salazar

Habiendo mostrado ya el funcionamiento del estilo irónico-cínico en Ibargüengoitia, todavía quedan pendientes algunas cuestiones de fondo sobre las que conviene reflexionar.

Por un lado, llama la atención la inmediatez de los temas abordados: los vicios mexicanos y la Ciudad de México. Otros temas recurrentes en él son la intelectualidad (mexicana) y el análisis de minucias cotidianas (en su mayoría mexicanas), como la decoración de interiores, los insultos o las puertas de las casas; fuera de eso tenemos los artículos autobiográficos, los que escribió estando de viaje y los dedicados a opinar sobre las noticias internacionales. Es un autor que se concentra en cuanto tiene a la mano, solo ambiciona hablar de lo que ve a su alrededor. Decía que escribía sobre México porque era lo que conocía. En ese sentido no sorprende que se concentre sobre todo en temas mexicanos. Eso nos da material para tratar de conjugar su visión propia de lo que constituye “lo mexicano”.

La mexicanidad

La ironía, dijimos, es la revelación de lo contradictorio. Ibargüengoitia y su ironía cínica retratan a un mexicano contradictorio... y ridículo. Ridículo por contradictorio. O más bien, por la manera específica de su contradicción. La única pretensión de nuestro autor es presentar la realidad de una manera a su juicio adecuada: el mexicano ridículo y un poco inde-

seable que Iburgüengoitia describe es el mexicano que él percibe “real”. A través de sus artículos y su narrativa, de manera directa o indirecta, pero siempre esporádica, a cachos, nos pone sobre la mesa una imagen de nosotros mismos, de la cual nos reímos por su presentación.

¿Qué se puede resumir que implica, según todo lo expuesto hasta ahora, decir que Iburgüengoitia es un ironista cínico? Significa, primero que nada, que tiene una cierta visión que desemboca en un cierto estilo, y ese estilo le es inevitable; significa que tiene una vista aguda que penetra las cosas más allá de su superficie, defendida por supuestos preestablecidos, y saca a la luz su fondo, que es incongruente, contradictorio, y muchas veces absurdo; significa que no respeta las convenciones, ni para indagar la realidad ni para exponer sus descubrimientos; significa que se enfrenta a lo aceptado como válido usando su estilo como arma. Iburgüengoitia hace lo único que puede hacer ante las incoherencias de la realidad, y específicamente de la realidad mexicana, que es identificarlas y delatarlas. Lo que lo impulsa es su propio escepticismo y un deseo de comunicarlo.

Con respecto al tema de lo mexicano, hay que decir que es imposible establecer un punto de comparación entre el autor aquí tratado y los grandes pensadores que se han dedicado a estudiar y dilucidar la “mexicanidad”. Iburgüengoitia nunca se las dio de gran intelectual (de hecho la palabra le provocaba escozor) ni tuvo pretensiones de hacer descubrimientos trascendentes sobre el carácter nacional. Sin embargo, como ya se vio, eso no le impide atreverse a mirar y a declarar lo que él percibía como propio del mexicano. A partir de las consecuencias, de las actitudes, de las manifestaciones, Iburgüengoitia llega a sus propias conclusiones independientemente de su posición en la escala de la erudición mexicana.

Principales dilucidadores de la “mexicanidad” fueron, por ejemplo, Samuel Ramos y Octavio Paz. Las ideas generales de estos dos autores, expuestas sobre todo en los libros *El perfil del hombre y la cultura en México* y *El laberinto de la soledad*, pueden resumirse así: el mexicano padece de un complejo de inferioridad, provocado por las comparaciones miméticas con Europa y Estados Unidos; este complejo lo hace receloso, desconfiado, machista y hermético hasta la agresión; también lo hace esconderse detrás de “máscaras formales”; Rodolfo Usigli, coincidiendo con esta idea de Paz de las máscaras, llegó a decir que nos escondemos tras una identidad racial idealista que no corresponde con la realidad: “La tragedia de México, hasta ahora, y por ello la tragedia del mexicano, reside por igual en todo lo que oculta, porque (eso) lo exhibe, y en todo lo que exhibe porque (eso) lo oculta”¹³².

Roger Bartra, en su antología *Anatomía del mexicano*, reúne una colección de textos de distintos autores, y a través de esta vemos que desde el siglo XIX los intelectuales han tratado de descubrir “lo mexicano”, infructuosamente, pues según dice el propio Bartra en otro libro: “la definición del carácter nacional obedece más que nada a razones políticas, y se puede comprender mejor si buscamos su raíz, no en la población, sino en las clases hegemónicas”¹³³.

En conjunto, el mexicano “es incapaz de objetivarse sinceramente”¹³⁴ y por lo tanto es “un hombre que huye de sí mismo para refugiarse en un mundo distinto”¹³⁵. Es prover-

¹³² Rodolfo Usigli, “Las máscaras de la hipocresía”, en *Anatomía del mexicano*, Debolsillo, México, 2014, p. 137.

¹³³ Roger Bartra, *La jaula de la melancolía*, Grijalbo, México, 1996, p. 148.

¹³⁴ Rodolfo Usigli, *op. cit.*, p. 132.

¹³⁵ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, UNAM, México, 1963, p. 86.

bial, según estos autores, que “la psicología del mexicano es resultante de las reacciones para ocultar un sentimiento de inferioridad”¹³⁶. Ramos también dice:

Debe suponerse la existencia de un complejo de inferioridad en todos los individuos que manifiesten una exagerada preocupación por afirmar su personalidad, que se interesan vivamente por todas las cosas o situaciones que significan poder, y que tienen un afán inmoderado de predominar, de ser en todo los primeros¹³⁷.

Todo esto desemboca en la creación de imágenes míticas de sí mismo, propagadas en parte por los poderes políticos.

¿Qué papel juega Ibargüengoitia en todo esto? Lo primero que lo distingue es el método de lo ridículo. Defendiendo la validez de este método para buscar también la esencia de “lo mexicano”, César Garizurieta (otro ironista, anterior a Ibargüengoitia) dice:

Usando de lo cómico, facultad de la inteligencia y atributo de la cultura, procuraré aproximarme a la verdad. Lo cómico debería ser fuente y medio de investigación; la filosofía, demasiado académica y apretada, lo ha olvidado por ser poco serio; debería darle credencial de ciudadanía a pesar de todo. No lo hace porque lo cómico es y no es al mismo tiempo el sujeto, pero posee todas sus cualidades y todas las esencias que lo articulan y definen¹³⁸.

Esto nos recuerda a la idea de Sloterdijk: “quien ve “lo otro” debería decirlo también de otra manera”. Así es como analiza Ibargüengoitia. Contrastando con el estilo ceremonioso y casi científico de Ramos o de Paz, la ironía cínica de Ibargüengoitia rompe con cualquier aspiración de profundidad filosófica para explicar con desfachatez sus conclusiones, quizá menos complejas y más mundanas que las de los anteriores, pero no por eso indignas de atención. Donde los ensayistas “serios” se desenvuelven con tacto y dignidad, nuestro ironista aplica un estilo distinto.

¿Qué hemos visto hasta ahora que dice Jorge Ibargüengoitia? Que México es un país desastroso, que la cortesía es falsa, que los servicios públicos son ridículos, como ridí-

¹³⁶ *ibid.*, p. 72.

¹³⁷ *ibid.*, p. 70.

¹³⁸ César Garizurieta, “Catarsis del mexicano”, en *Anatomía del mexicano*, p. 123.

culas son nuestras ideas de “modernización” y de “progreso”, que el “culto a los héroes” y la “Historia oficial” son absurdos, que nos gusta imponernos al prójimo, que el mexicano es berrinchudo, desconsiderado, solemne, cursi y tiende a la corrupción... a través de su observación aguda de ironista y su tono delator, logró hacer poco a poco su propia disección de la personalidad nacional. Habrá que ver si es compatible con lo que otros han dicho. En un artículo, ya citado anteriormente, Jorge Ibargüengoitia hace su propio “psicoanálisis del mexicano”:

A la mayor parte de estas características, que son responsables, en parte, de que este-mos como estamos, yo no les veo compostura ni a corto ni a mediano plazo.

El mexicano es acomplejado. Este rasgo no tiene nada de inexplicable. Raro sería que no lo fuera. Una buena parte de los mexicanos vive del favor gubernamental, que es como vivir en el seno materno, que no es lugar propicio para desarrollarse cuando tiene uno cuarenta años. Otro grupo, más numeroso, está frustrado por su ocupación: el que aprendió a hacer mecate de lechuguilla tiene que hacerla de peón de albañil, el que era bueno para la yunta, vende chiles, el que sabe hacer campechanas, maneja un taxi, y todos, absolutamente todos, saben que el único que prospera es el que tiene dinero, que es algo de lo que ellos carecen, y que por consiguiente están condenados a pasar la vida nadando y estirando el pescuezo para no ahogarse.

Por si fuera poco, el mexicano es por lo común, chaparrito, gordo y prieto, o en su defecto, chaparrita, gorda y prieta y se pasa la vida entre anuncios en los que aparecen rubios, blancos y largos, que corren por la playa, manejan coches deportivos y beben cerveza. ¿No es para sentirse acomplejado?

El mexicano, como todos los pueblos educados en una ética rigurosa –hoy caída en desuso– está convencido de que el mundo está lleno de buenos y malos. Los buenos somos nosotros y los malos los demás. El siguiente paso del razonamiento consiste en suponer que todo lo que viene de fuera puede infectarnos, o, lo que es más serio en términos mexicanos, denigrarnos. Así han nacido varios instrumentos legales profilácticos, de censura, cuya función puede ser anticonstitucional, pero brota de lo más profundo del alma mexicana, que de por sí quiere meterse en lo que no le importa y borrar lo que le molesta.

El mexicano es avorazado. ¿Por qué? Probablemente por hambre atrasada. La mayoría de los mexicanos han visto tiempos peores, y la mayoría, también, espera ver tiempos todavía peores que los pasados. Esto hace que un policía parado en una esquina jugosa sea detestado por todos los automovilistas que pasan, y al mismo tiempo, envidiado por muchos.

Además de hambre atrasada, el mexicano tiene muchas burlas auestas. Sabe que vive en un mundo infantil, en el que el que no llora no mama. Esto lo hace forzar la entrada en la vida. Avorazado no sólo de dinero, sino de posición, finge que no ve la cola y se mete directo a la taquilla, da la vuelta donde le conviene y causa un conflicto de tránsito; si es político, da un golpe cada vez que puede, en venganza de todas las vejaciones que le hicieron antes y en preparación de los desastres que puedan venir.

Avorazados son todos, no nomás los comerciantes que suben los precios por si suben los sueldos. Si es pesero, se empeña en cargar siete pasajeros, y si es peatón se empeña en subirse en un camión en el que no cabe –por si ya no pasa otro nunca jamás.

Además de avorazados los mexicanos son quejumbrosos, y peor, están satisfechos. “Ni modo”, dicen, “así nacimos”. Lo cual es mentira. Todos los defectos que he señalado podrían corregirse si no hubiera aquí “fuerzas oscuras” tratando de fomentarlos¹³⁹.

Por desgracia, allí acaba el artículo, sin que aclare cuáles son esas “fuerzas oscuras”. Sin embargo, basándonos en lo que dice aquí, más otros comentarios que hace en la obra ya citada, se puede construir una idea en torno a “lo mexicano”.

Para empezar, considero que se puede ligar la idea de que la identidad nacional, la única que se conoce, es un constructo de las fuerzas políticas, como dijimos que establecía Bartra, con las percepciones de Ibargüengoitia sobre la cultura oficial y la Historia de México: cuestiones falsificadas, míticas, acartonadas, románticas... ¿Máscaras quizá?

Continuemos. Ibargüengoitia habla aquí de un mexicano acomplejado, lo cual nos remite a la idea del complejo de inferioridad; sin embargo, Ramos y Paz atribuyen dicho complejo al trauma de la conquista y a la historia de una constante comparación, que deviene imitación, con los países “adelantados”; mientras que Ibargüengoitia, según dice aquí, ve las causas del acomplejamiento en las condiciones socioeconómicas del país y en la mercadotecnia estadounidense. La idea de Samuel Ramos es que durante el final del siglo XIX México, en sus ansias de añadirse al mundo moderno, procedió a copiar las maneras de Europa, en especial de Francia: se trató de adoptar la cultura francesa, que representaba la modernidad y la democracia, desde todos los ángulos, se quiso instaurar el pensamiento moderno en América¹⁴⁰; eventualmente la imitación de Europa se cambió por la imitación de la idea moderna estadounidense¹⁴¹. Debo señalar que este razonamiento me provoca algo de sospecha, pues la imitación por causas culturales de ese tipo es algo intelectualmente

¹³⁹ Jorge Ibargüengoitia, “Lista de composturas: Examen de conciencia patriótica”, pp. 59-61.

¹⁴⁰ *cfr.*, Samuel Ramos, *op. cit.*, pp. 158-190.

¹⁴¹ *cfr.*, *ibid.*, pp. 117-120.

demasiado elevado para que lo sienta el mexicano promedio, en cuyo caso la población normal solo podía ser partícipe de esta transculturación de manera pasiva e impuesta. Dado que la nuestra es una cultura primordialmente analfabeta, es posible que en la actualidad la idea de Ibargüengoitia de la mercadotecnia y los medios masivos de comunicación sea un poco más cercana a la realidad.

El concepto del mexicano como censor de lo extranjero también se acerca a las circunstancias históricas dilucidadas por Samuel Ramos; este último, pasando de la época mexicana prerrevolucionaria a la postrevolucionaria, afirma que la imitación de lo extranjero se cambió por un “mexicanismo” que niega y rechaza lo de fuera en favor de una idea parcializada de lo autóctono¹⁴². Pero Ibargüengoitia va más allá: insinúa que el mexicano es, intrínsecamente, censor y represor de lo que no le parece. Ya habíamos dicho antes que nuestro autor considera que a los mexicanos les gusta imponerse unos sobre otros: característica, según Samuel Ramos, de nuestro complejo de inferioridad. Otra idea presente en ese párrafo es el recelo del mexicano: “los buenos somos nosotros y los malos los demás”. Esto coincide con lo que dice Octavio Paz sobre el hermetismo agresivo, la cerrazón, del mexicano: desconfiamos, según Paz, de todos los que nos rodean, nos cerramos y buscamos “abrir”, o sea dominar, a los demás.

A continuación Ibargüengoitia habla de lo “avorazados” que somos, y aquí toca un tema del cual no habla directamente ninguno de los autores antes citados, pero que a mí siempre me ha parecido central con respecto al carácter nacional: el gandallismo. Y tengo una ligera preferencia por la palabra “gandalla” sobre la palabra “avorazado”: sobre todo porque esta última se da, en su sentido literal, en el contexto de la alimentación; en cambio la primera es más específica, acaso más actual, y tan nuestra como el concepto mismo.

¹⁴² *cfr.*, *ibid.*, pp. 125-127.

Ibargüengoitia habla del gandallismo como una característica producida por un pasado de abusos y la previsión de un futuro similar. De esto se desprende que el mexicano está encerrado en un círculo vicioso originado por las circunstancias de injusticia y de atropellamiento mutuo en las que siempre hemos vivido: abusa porque abusan de él. Si pensamos en lo que dicen los otros podemos encontrar en el gandallismo pruebas del trauma, de la desconfianza y de la necesidad de dominio. Ibargüengoitia nos da una explicación verosímil para un fenómeno que otros no estudian como tal, pero que es compatible con las interpretaciones previas.

Sin embargo, también encontramos serias disonancias con las ideas canonizadas de este tipo de autores. Eso pasa en el siguiente artículo de Ibargüengoitia (el cual, me atrevo a deducir, Octavio Paz seguramente nunca leyó):

[...] cuando leí el jueves pasado el encabezado del texto de la entrevista que Eduardo Deschamps le hizo a Susan Sontag, “No entiendo a México, dice S. Sontag”, pensé: –Ya llegó otra norteamericana, con *El laberinto de la soledad* en la mano, a explicarnos que la razón por la que estamos y por la que nunca progresamos es que nuestro padre violó a nuestra madre en el siglo XVI.

La frase “no entiendo a México” a la cabeza de una plana (aunque sea la 10) da la impresión de insolencia. Claro que no lo entiende, si se acaba de bajar del avión.

Pero al leer el texto de la entrevista se da uno cuenta de que esta impresión es falsa, que no hay tal insolencia, y que la señora Sontag, que es una mujer inteligente, estaba queriendo decir lo que siente: no entiende a México porque es complicado y porque no hay datos fácilmente accesibles, no porque le parezca absurdo, que es lo que podría uno haber supuesto al leer el encabezado.

Fue Deschamps quien traía “El laberinto” en la mano. Al expresar ella la extrañeza que le produce que la matanza de Tlatelolco y la del 10 de junio no hayan producido ningún cambio –es decir, que no haya caído el gobierno el entrevistante escribe:

“Se recordó a Susan Sontag una particular explicación de Octavio Paz sobre la constitución del gobierno en México y su relación con el pasado histórico de México y resto definitivo al (sic) “gran tlatoani”.

Perfecto. Ya todo queda claro como el agua. Estamos viendo algo que por fuera tiene apariencia democrática y moderna, pero que por dentro es nada menos que el imperio azteca. Estamos ante los sumos sacerdotes, nomás que sin plumas y con trajes de alpaca.

Yo quisiera que la señora Sontag y las personas que están de acuerdo con esta explicación consultaran la primera plana de *Excélsior* del sábado 12.

En la parte superior, a cuatro columnas, hay una foto en la que aparecen el secretario de Educación, el regente de la ciudad y otros funcionarios, rodeados de niños en el Centro de Convivencia Infantil Benito Juárez. El pie de grabado nos informa que poco

después de tomada la foto los personajes que aparecen en ella “saltaron una cerca de troncos para acariciar a los cachorros que (allí) se exhiben...” Los cachorros, que aparecen en otra parte del periódico, son de elefante.

Ahora yo pido que tratemos de imaginar a un sacerdote azteca codeándose con niños, saltando cercas, y acariciando cachorros. La sola idea le hubiera provocado un infarto.

Hago esta relación porque me parece que la tendencia a explicar los problemas políticos y sociales de México actual refiriéndonos al pasado prehispánico es, además de una actividad bastante estéril –se llega a la conclusión de que siempre hemos estado en las mismas y que por consiguiente no es probable que podamos cambiar–, una fuente de símiles bastante inexactos.

Las actividades de los funcionarios públicos tienen más que ver con la mercadotecnia y con Walt Disney que con el imperio azteca¹⁴³.

Esta es una clara y sarcástica respuesta a los ensayos “Los hijos de la malinche” y “Crítica de la pirámide”. Es de notarse que constituye una prueba más de la completa irreverencia de Ibargüengoitia, quien no tiene reparos en meterse con las vacas sagradas de la cultura mexicana cuando le parece que viene al caso, lo que a su vez demuestra otra razón por la cual es mal visto por el oficialismo literario. Por cierto que, al despreciar cómo se recurre a los antecedentes prehispánicos como explicación de la cultura actual, no es sólo a Paz a quien contradice, sino a muchos otros, ya que es una tendencia generalizada entre la intelectualidad nacional.

Naturalmente, cualquier pacista podría refutar lo que dice aquí Ibargüengoitia, pero pensemos un momento en el fondo de sus argumentos. El gobierno, que él llama “absolutismo paternalista” (lo cual sí coincide un poco con la idea que Paz transmite en “Crítica de la pirámide”), parece sustentarse en la violencia y la verticalidad (como dice este último), pero también (es lo que añade Ibargüengoitia) en una especie de complacencia aparente hacia el pueblo, una fachada de “unión” cercana y humana con los gobernados, que nunca se hubiera visto en el régimen de los tlatoanis. Esto es lo que ejemplifica la escena de los niños y los cachorros de elefante; y si a esas vamos, en los gobiernos posteriores a 1972

¹⁴³ Jorge Ibargüengoitia, “Con el laberinto en la mano: Lo que cambió Tlatelolco”, en *La casa de usted y otros viajes*, pp. 355-357.

(año en que se escribió el artículo en cuestión) se han repetido situaciones parecidas con frecuencia. En resumen, sí se puede argüir, en defensa de Ibargüengoitia, que en las estrategias de legitimación del gobierno se añade un elemento de “mercadotecnia”, de falsa publicidad de cercanía, tal vez algo de alegría fantasiosa a lo Walt Disney.

Esta última es una digresión fuerte, pero que bien mirada puede resultar complementaria. En todo caso, está visto que la versión pesimista de Jorge Ibargüengoitia sobre el mexicano tiene ciertas conexiones con las ideas de los mayores intelectuales que han tratado de buscar la esencia de “lo mexicano”.

Lo humorístico

Como se puede constatar, Jorge Ibargüengoitia es un crítico ácido de lo que él considera “lo mexicano”. Y sin embargo dice: “entre más enojado estoy con este país y más lejos viajo, más mexicano me siento”. La segunda premisa de esta frase es compartida y explicada por su maestro Usigli: “mientras más lejos estamos de México, más mexicanos somos”¹⁴⁴, porque nos reafirmamos frente a los otros. Pero la verdadera paradoja está en la primera: “entre más enojado estoy...”. Tal parece que frustrarse con el país confirma nuestra pertenencia. La frustración implica que las cosas no van como nos gustaría que fueran; vivir pensando que México podría estar mejor es vivir reafirmando nuestra conexión con él. Y aquí llegamos a un punto importante: Ibargüengoitia sí cree que México es capaz de mejorar, con algo de esfuerzo: él dice “a estas características yo no les veo compostura ni a corto ni a mediano plazo”, pero también “podrían corregirse”; y cuando opina que ciertos análisis del mexicano son estériles porque “llegan a la conclusión de que no es probable que poda-

¹⁴⁴ Rodolfo Usigli, *op. cit.*, p. 142.

mos cambiar”, pareciera insinuar que sí podemos cambiar. A pesar de todo lo dicho, a pesar de su pesimismo, Ibargüengoitia no es fatalista hasta el final: cree que tenemos remedio, al menos en teoría. No lo frustra que no podamos cambiar, sino que podemos cambiar y no lo hacemos. Tal vez hablar en su caso de “esperanza” sería demasiado, pero por lo menos existe la concientización de que se podrían superar nuestros problemas.

Entonces ¿Es Ibargüengoitia alguien que pretende esta resolución? ¿Es el tipo de humorista-avispa del que le hablan sus amigos? ¿Quiere combatir los problemas? La respuesta, en realidad, es no. No llega a tanto. En efecto, “Ibargüengoitia no suponía que podría con su escritura incidir en transformar el mundo”¹⁴⁵. Su ironía está puesta en la descripción, en la delación, pero no en el cambio. Podría argüirse entonces que es un acomodaticio que se queja de los problemas y no hace nada al respecto, pero esto no sería exacto: si no pretende cambiar las cosas no es por flojera sino porque está convencido de que él no puede, es demasiado pesimista para creerlo.

Jorge Ibargüengoitia es ironista porque no tiene otro remedio, no porque crea que así logrará un cambio. Pero, de hecho, hay algo más:

Por último, hay quien afirma, y yo estoy de acuerdo, que el sentido del humor es como una concha, una defensa que nos permite percibir ciertas cosas horribles que no podemos remediar, sin necesidad de deformarlas ni de morirnos de rabia impotente.

Esta característica del humor como sedante es la ruina del autor como agujijón. Por esto creo que, si no voy a conmovier a las masas ni a obrar maravillas, me conviene bajar un escalón y pensar que, si no voy a cambiar al mundo, cuando menos puedo demostrar que no todo aquí es drama¹⁴⁶.

Parece ser que, después de todo, está dispuesto a aceptar que los suyos es sentido del humor.

Pero más importante: piensa en él como “sedante”. Sedante, primeramente, para él mismo.

Ya con Freud habíamos hablado de la risa como mecanismo de defensa. La visión irónica,

¹⁴⁵ Jezreel Salazar, *op. cit.*, p. 190.

¹⁴⁶ Jorge Ibargüengoitia, “Humorista: Agítese antes de usarse”, pp. 124-125.

mezcla de agudeza y escepticismo, se traduce en humor irónico como respuesta del desencantado ante la impotencia.

El ironista piensa: la realidad es incongruente, hay que delatar la incongruencia. Ibargüengoitia da un paso más hacia lo cómico: él piensa “todo esto es ridículo”; él expone lo ridículo; y como lo ridículo es en verdad lo risible, nosotros, sus lectores, nos reímos. Puede que él no pretenda la risa, pero al fin y al cabo esa es su visión, y es lo que deja. También dice “demostrar que no todo aquí es drama”; drama refiriéndose, creo yo, a la cursilería dignificante con que la mayoría de los mexicanos afrontan sus problemas.

En este último fragmento, Ibargüengoitia, ya en el supuesto de que en efecto lo que hay en su literatura puede llamarse humor, se defiende diciendo que *su* humor es un mecanismo de defensa, un filtro para ver la realidad no de manera engañosa sino realista, pero a la vez con un enfoque distinto. Es de notar que Ibargüengoitia nunca escribe en tono didáctico, ni mucho menos de sermón: como ya hemos visto, no aspira a cambiar las cosas con su escritura, su función es la mera exposición de los defectos descarnados. Al mismo tiempo, y como se ve, creo yo, en buena parte de la tradición cronística de México, cuando se trata de criticar, la ironía y el sarcasmo pueden ser más efectivos que el tono didáctico, ya que la crítica burlona hiere más, y por lo tanto llega más hondo. Esto último no cambia el hecho de que la transformación no es el propósito visible de Ibargüengoitia; su único propósito visible es el de plasmar y transmitir su visión de la realidad, que es una visión irónica (con todas las implicaciones ya detalladas). Así, se concluye que la ironía cínica de nuestro autor es una oposición a las dos características que desde el principio vimos que le desagradan de los mexicanos: la solemnidad y la cursilería. Y eso, a su vez, es una parte significativa de la crítica en general a la que se dedica. Esto es lo que lo distingue.

Conclusiones

Jorge Ibarzüengoitia es conocido por la risa que provoca en sus lectores; sin embargo, su virtud para causar gracia es completamente involuntaria. Su designación como “humorista” sólo puede validarse en cuanto a los resultados, no en cuanto a las intenciones. A pesar de todo, este estigma definió su relación con la crítica, trayéndole muchas veces malinterpretaciones y desdén, lo cual sólo ha podido cambiarse con el paso de los años.

En la Literatura los recursos humorísticos, cómicos, son de diversa índole, y no se limitan al chiste, que es una construcción de características muy específicas y que está conscientemente encaminada a provocar la risa de la audiencia; la ironía y el cinismo, aunque no son deliberadamente chistosos, pueden tener también un efecto cómico. La ironía es el cuestionamiento hasta la base de algo que ya está dado por hecho; literariamente es la ruptura que se da entre un presupuesto establecido y un elemento que lo desmiente; nace del escepticismo ante el conocimiento asentado y se dedica a identificar y exponer las contradicciones (y, por extensión, los absurdos) que yacen en el fondo de dicho conocimiento; la ironía es originada por una visión irónica, que es la que hace al ironista. El cinismo, filosóficamente hablando, es el desprecio de las convenciones y la búsqueda impúdica de la verdad a costa de las mismas, y verbalmente se traduce en decir lo que se piensa crudamente, sin censurarse. La ironía y el cinismo se pueden unir en una ironía cínica, en la que la expresión descarada del cinismo se vuelve el elemento intruso de la ironía.

Jorge Ibarzüengoitia es un ironista cínico. Es cómico pero no chistoso, ya que el funcionamiento de sus textos no corresponde al funcionamiento del chiste. Es un ironista cínico desde el fondo: es una persona a la vez escéptica e irrespetuosa hacia lo establecido, que indaga más allá de las apariencias y exhibe sus descubrimientos con desfachatez. Es

también un ironista cínico en su forma literaria, pues su ironía, ya sea verbal o situacional, tiene la doble cualidad de delatora y de descarada. En eso consiste su estilo.

Echando mano de este estilo irónico-cínico, Ibargüengoitia construye su literatura, con una parte principal narrativa pero también con una periodística. En sus artículos, Ibargüengoitia trata desde las más cotidianas pequeñeces hasta temas de la mayor relevancia; sus temas principales, sin embargo, tienden a ser sobre su realidad inmediata. En sus artículos estudia al mexicano a través del ridículo, como sabe hacerlo, llegando a conclusiones dignas de mención; en este campo su ironía cínica marca un drástico contraste con el tono “serio” que ocupa la mayoría de los grandes eruditos mexicanos que han buscado desentrañar lo nacional; la visión de Ibargüengoitia de “lo mexicano” se traduce en la detección de actitudes ridículas, resultados deplorables y contradicciones frustrantes, expresadas a través de lo risible.

Nuestro autor usa pues el método del ridículo para estudiar al mundo en general y al mexicano en particular; pero ridículo el mundo ya es, él sólo lo delata para nuestro deleite, retratándonos y analizándonos a través de su visión irónica para mostrar nuestros defectos en toda su risibilidad. No lo hace en tono de regaño, ni como tormento resignado (piensa que en teoría las cosas se pueden remediar) ni como aliciente violento (no cree que con su literatura pueda contribuir a ese remedio), sino simplemente en tono de descripción. Pinta lo que ve tal cual lo ve.

El estilo y la visión irónica-cínica se contraponen con la solemnidad y la cursilería de la mayoría de los mexicanos, características que Ibargüengoitia desprecia abiertamente. Estos recursos son usados por el mexicano promedio para enfrentar sus problemas; el estilo de nuestro autor es una respuesta hacia los mismos.

Esta tesis empieza como un intento de poner sobre la mesa el funcionamiento del “humor serio” de Jorge Ibarguengoitia. El primer descubrimiento importante, siento yo, fue el del hecho que su llamado humor de se origina en su seriedad. Retomemos lo que se dijo al principio: se trata de un hombre notoriamente ceñudo, escéptico, desencantado, pesimista, y a la vez irreverente, antisolemne y descarado. Le toca vivir una cultura triste y festiva, sacralizadora, relajenta, infantil, llena de defectos que se podrían solucionar si la gente pusiera su cabeza en ello; una cultura, en fin, un poco frustrante, y que, desde cierta perspectiva, puede resultar risible. Una personalidad que genera la visión irónica-cínica ante una realidad contradictoria y absurda; así, el hombre dotado para ver lo risible llega y deja al desnudo toda nuestra ridiculez, para gran jolgorio de los espectadores. Lo pinta todo ridículo porque todo lo ve ridículo.

El tema más presente desde el inicio de un análisis del humor de nuestro autor es el de la oposición entre la risa voluntaria y la involuntaria: él siempre declaró, constante y enfáticamente, que la risa que él provocaba era involuntaria, y la incomprensión de este detalle fue una barrera entre él y muchos lectores. Por ello fue de alta importancia desde un principio dividir los conceptos de lo chistoso y lo cómico. El chiste es un recurso que Ibarguengoitia nunca utiliza, mientras que la ironía y el cinismo son la base de todo su estilo. Lo más notable es que él mismo no se ríe mucho ante lo ridículo, pero su exposición de la realidad causa gracia a quien no se ha llegado a plantear las cosas de la misma manera, o incluso a quien se las plantea de la misma manera, pero nunca se le ocurrió enunciarlas con la misma agudeza verbal que este escritor.

Pero, en el contexto de provocar risa, surge un enfrentamiento con la opinión popular. Es de suponerse que ante la reiterada declaración “eres humorista”, don Jorge se plante frente al espejo y se pregunte “¿Soy humorista?”: he allí lo que con tanto ahínco procura

aclarar en cada entrevista. Y lo más confuso es que, justamente, la palabra “humor” tiene un significado muy vago. Así, dice “yo no intento hacer reír a la gente”, eso le queda muy claro a él mismo, “lo que pasa es que así veo yo las cosas”. También aclara “el humor es algo que yo no sé qué es”, que puede interpretarse como “¿A qué se refieren con “humorista”, en todo caso?”. Y, finalmente, admite “estoy de acuerdo con la idea de que el humor es una especie de concha, que nos permite percibir lo que no podemos remediar”. Entonces, está diciendo que es posible, al fin y al cabo, que tengan razón en que su estilo nace de su humor, un humor a través del cual se filtran los problemas de la realidad para ser mejor digeridos. Y este filtro de humor es lo que se traduce en su literatura como lo “humorístico”.

Considero pues que el estilo de Jorge Ibargüengoitia en general está constituido por esta mezcla de ironía y cinismo, que sin quererlo causan un efecto cómico en el lector. En su obra narrativa se da más o menos el mismo fenómeno, por supuesto con todas las diferencias que se pueden dar al cambiar del tono de un género al del otro. En sus novelas y cuentos es más común la ironía situacional que la verbal, a la vez que el cinismo es menos evidente: este no se da por sí solo sino como el elemento adyacente de la ironía, o bien, siendo un cinismo contra las convenciones sociales aparece ligeramente oculto (aunque no invisible) dentro de la misma narración; lo cual, a fin de cuentas, también es irónico. Aplicar el análisis que establezco aquí al resto de su obra es un trabajo más amplio y más complejo que llevar a cabo.

Aquí he trabajado con los recursos de la ironía y el cinismo, que son los que yo intuí en un primer momento y me pareció necesitaban una base y una demostración. Por otro lado, el estilo de Jorge Ibargüengoitia puede incluir otros elementos, menos perceptibles, cuyo análisis, cuando y si se realiza, resulte en una revelación más profunda. Mi propio

análisis, hasta ahora, se ha basado en la comprobación de impresiones más o menos inmediatas.

La cantidad de lecturas hechas sobre Ibargüengoitia, la demanda de su obra y las pláticas que se le han dedicado recientemente revelan que sigue teniendo vigencia. Creo que esto se debe a que su crítica del mundo y de la mexicanidad sigue siendo una representación que validamos; nos hace sabernos, décadas después, igual de ridículos que antes. Su ironía sigue siendo efectiva. Y, ante todo, sigue dando risa: si el atractivo principal de Ibargüengoitia, muy a su pesar, siempre ha sido el efecto cómico de su visión irónica, la continuación de esa risa es clave en su vigencia tanto como la agudeza y exactitud que la originan. Como la ridiculez que describió sigue presente, la descripción sigue causando risa, y por lo tanto continúa la afición por él. Pero reducir su éxito nada más al efecto cómico sería traicionar al autor y sus propósitos; sería convertirlo en un mero comediante, que es lo que nunca fue. Yo digo que no es sólo la risa, sino la puntería y la inteligencia con que supo aplicar ese “humor serio” a la realidad que lo rodeaba, con lo que dicho humor todavía tiene efecto en nosotros; su risa es una risa que nos habla, y que a estas alturas todavía lo hace. Puede que los lectores no siempre lo analicen conscientemente de esa forma, pero quiero creer que, por el hecho de sobrevivir los efectos, trascienden también los orígenes.

Otra característica, más general, se suma a las anteriores, que son particulares del autor: la ironía tiende a sobrevivir. Esa es otra diferencia con el chiste: un chiste contado mil veces pierde la gracia en quien lo escucha, pero una ironía cómica normalmente nunca pierde su efecto. Por eso podemos leer innumerables veces la misma novela de Ibargüengoitia y seguiremos cayendo en la comicidad involuntaria.

¿Se aplicará esto también a su obra periodística? En los casos en que trata de la mexicanidad o de la vida cotidiana, seguramente; estos temas no han cambiado de rumbo y,

como ya dije, todavía nos llega la agudeza con la que Ibargüengoitia las trataba. Y los relatos de sus viajes no han dejado de ser fascinantes. Pero ¿Qué hay de otros temas? ¿Por qué leer crónicas de la Ciudad de México en los años 70 si esta ha seguido evolucionando desde entonces? ¿U opiniones de sucesos que tuvieron lugar en esa época y ahora han perdido actualidad? En mi caso, existe un interés de corte histórico, que aumenta con el hecho de que lo narrado en sus artículos a veces también es una descripción histórica con la que se pueden comparar tres épocas distintas: la de su juventud, la de su madurez y la actual. Pero sobre todo creo que sigue resultando interesante ver las cosas desde su punto de vista, porque muchos de sus temas han cambiado en apariencia pero en el fondo siguen teniendo los mismos problemas. En el caso de sus crónicas capitalinas, por ejemplo, aunque la Ciudad ahora sea completamente diferente, la ineptitud y la inconsistencia de las que él se queja no parecen haber cambiado tanto. Además, ya que en sus artículos sigue imperando la ironía como método de crítica a la realidad, se aplican un poco las mismas razones antes mencionadas. En resumen, puede que algunos de los temas hayan envejecido, pero la visión irónica y la crítica no. Por ello es que, a mi parecer, incluso la obra periodística de Ibargüengoitia permanece vigente.

Bibliografía

- BAJTÍN, Mijaíl, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento: El contexto de Francois Rabelais*, Trad. de Julio Forcat y César Conroy, Alianza, Madrid, 2002.
- BARTRA, Roger, *La jaula de la melancolía*, Grijalbo, México, 1996.
- (Comp.), *Anatomía del mexicano*, Debolsillo, México, 2014.
- BENTLEY, Eric, *La vida del drama*, Trad. de Alberto Vanasco, Paidós, México, 1985.
- BERISTÁIN, Helena, *Diccionario de retórica y poética*, Porrúa, México, 2013.
- BOOTH, Wayne C., *Retórica de la ironía*, Trad. de Jesús Fernández Zulaca y Aurelio Martínez Benito, Taurus, Madrid, 1989.
- BRAVO, Víctor, *Figuraciones del poder y la ironía: Esbozo para un mapa de la modernidad literaria*, Monte Ávila, Caracas, 1997.
- CASTAÑEDA ITURBIDE, Jaime, *El humorismo desmitificador de Jorge Ibargüengoitia*, Gobierno del Estado de Guanajuato, Guanajuato, 1988.
- COMTE-SPONVILLE, André, *Diccionario filosófico*, Trad. de Jordi Terré, Paidós, Barcelona, 2005.
- CUESTA, José Alberto, *Ecocinismos: La crisis ecológica desde la perspectiva de la filosofía cínica*, Intervención, Madrid, 2011.
- CUEVAS, Norma Angélica, RODRÍGUEZ, Ismael M. y SÁNCHEZ ROLÓN, Elba M. (Comp.), *Homenaje y diálogo: Primer Coloquio Nacional de Literatura Jorge Ibargüengoitia: Memoria*, Universidad de Guanajuato, Guanajuato, 2005.
- DOMENELLA, Ana Rosa, *Jorge Ibargüengoitia: la transgresión por la ironía*, UAM, México, 1989.
- , *Jorge Ibargüengoitia: ironía, humor y grotesco: "Los relámpagos desmitificadores" y otros ensayos críticos*, El Colegio de México, México, 2011.
- FREUD, Sigmund, *El chiste y su relación con lo inconsciente*, Trad. de Luis López Ballesteros y de Torres, Alianza, Madrid, 2012.
- GARCÍA FLORES, Margarita, *Cartas marcadas*, UNAM, México, 1979.
- GARCÍA GUAL, Carlos, *La secta del perro*, Alianza, Madrid, 2002.
- IBARGÜENGOITIA, Jorge, *La ley de Herodes*, Joaquín Mortiz, México, 1979.
- , *Autopsias rápidas*, Vuelta, México, 1990.

- , *Instrucciones para vivir en México*, Joaquín Mortiz, México, 1991.
- , *Estas ruinas que ves*, Joaquín Mortiz, México, 2005.
- , *Misterios de la vida diaria*, Joaquín Mortiz, México, 2007.
- , *Viajes en la América ignota*, Joaquín Mortiz, México, 2009.
- , *Las muertas*, Joaquín Mortiz, México, 2009.
- , *Dos crímenes*, Joaquín Mortiz, México, 2011.
- , *La casa de usted y otros viajes*, Planeta, México, 2016.
- , *¿Olvida usted su equipaje?*, Planeta, México, 2016.
- , *Sálvese quien pueda*, Planeta, México, 2017.
- KUNDERA, Milan, *Los testamentos traicionados*, Trad. de Beatriz de Moura, Tusquets, Barcelona, 1994.
- LEÑERO, Vicente, *Los pasos de Jorge*, Seix Barral, México, 2015.
- , y MARÍN, Carlos, *Manual de periodismo*, Grijalbo, México, 1986.
- PAZ, Octavio, *El laberinto de la soledad*, FCE, México, 1973.
- PERCEVAL, José María, *El humor y sus límites: ¿De qué se ha reído la humanidad?*, Cátedra, Madrid, 2015.
- RAMOS, Samuel, *El perfil del hombre y la cultura en México*, UNAM, México, 1963.
- SÁNCHEZ GARAY, Elizabeth, *Ironía: arte y pensamiento*, Plaza y Valdés, México, 2010.
- (Coord.), *La sonrisa irónica: Ensayos de literatura y cine*, Eón, México, 2014.
- SLOTEDIJK, Peter, *Crítica de la razón cínica*, Trad. de Miguel Ángel Vega, Siruela, Madrid, 2007.
- TREJO FUENTES, Ignacio, *Lágrimas y risas: La narrativa de Jorge Ibargüengoitia*, CONACULTA, México, 2005.

Hemerografía

ASSAIN, Aurelio, y GARCÍA OTEYZA, Juan, “Entrevista con Jorge Ibargüengoitia”, en *Vuelta*, Vol. VIII N° 100, Marzo de 1985, pp. 48-50.

HERNÁNDEZ GALVÁN, Kutzi, “Miserias del periodismo”, en *Etcétera*, N° 181, diciembre de 2015, pp. 5-10.

IBARGÜENGOITIA, Jorge, “¿De qué viven los escritores?”, en *Revista de la Universidad de México*, Vol. XVII N° 4, diciembre de 1962, pp. 12-13.

-----, “Oración fúnebre en honor de Jorge Ibargüengoitia”, en *Revista de la Universidad de México*, Vol. XVIII N° 11, julio de 1964, p. 29.

MONSIVÁIS, Carlos, “Landrú o crítica de una crítica humorística o cómo iniciar una polémica sin previo aviso”, en *Revista de la Universidad de México*, Vol. XVIII N° 10, junio de 1964, pp. 28-29.

PACHECO, Cristina, “Jorge Ibargüengoitia: “No sé por qué les da Tanta Risa...””, en *El día*, Año 16 N° 5521, 7 de agosto de 1977, p. 9.

REVUELTAS, Eugenia, “Los peligros del humor”, en *El Búho*, suplemento de *Excelsior*, Año 1 N° 5, 6 de octubre de 1985, pp. 1. 4.